

**ÓSCAR CÓRDOBA**



12

**PASOS  
PARA  
ATRAPAR LA  
FELICIDAD**

PRÓLOGO **CHRISTIAN PRADA**

PAIDÓS EMPRESA

**ÓSCAR CÓRDOBA**

**12**

**PASOS**

**— PARA —**

**ATRAPAR LA**

**FELICIDAD**

**PAIDÓS EMPRESA**

Primera edición, junio de 2019

© Óscar Córdoba, 2019

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2019

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

© Foto de cubierta: Diana Hernández

© Diseño de imagen de cubierta: Gabriel Henao  
Departamento de Diseño, Editorial Planeta Colombiana

ISBN 13: 978-958-42-7838-8

ISBN 10: 958-42-7860-6

Impreso por: xxxxxxxxxxx xxxxxxxxxxx

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

# PRÓLOGO

El fútbol entró en mi vida de manera dolorosa una tarde, en un pueblito llamado Albán, en Cundinamarca. Ese día los amigos de la cuadra me invitaron a jugar fútbol en un potrero del tamaño del Maracaná y con dos ladrillos como porterías. Se presentó una falta dentro del área. Penalti. Yo dije, asumiendo mi posición de liderazgo y capitán: “lo cobro, yo lo cobro”. Mis amigos se rieron como si hubiera contado un buen chiste. No entendía el porqué de su risa. Caminé hacia el punto de penal para cobrarlo. El balón típico de pasta, hueco, estaba ya en posición. Tomé impulso, alentado por la risa de felicidad de los asistentes, y con toda la fuerza de las piernas de un niño de siete años pateé, como dicen los que saben, para volarle la cabeza al arquero.

Ese día entendí lo que significa el dolor de cobrar un penalti. Miré a los lados y mis “amigos” estaban tirados en el piso retorciéndose de risa al ver que su capitán había caído en la broma del ladrillo metido dentro del balón hueco. Creo que me partí el dedo gordo del pie derecho. Aún hoy me duele cuando intento patear un balón y creo que ahí terminó para mí.

Practicué otros deportes porque la situación económica no ayudaba mucho en mi casa, así que estos podrían ser una opción para lograr un grado profesional, aunque estoy seguro de que mi madre habría hecho lo que fuera con tal de vernos graduar de la universidad. Cuando tenía 15 años, unos amigos me invitaron a jugar un torneo de voleibol en un parque del sur de Bogotá. Esperaban que mi estatura y buenas condiciones para saltar les sirvieran a su equipo. Yo no tenía idea de voleibol, pero sí era coordinado y tenía cualidades atléticas. Jugué y creo que muy bien porque al final de ese partido se acercó un señor con un gran bigote y me dijo: “¿Chino, de qué año es usted? ¿Le gustaría practicar en la Liga de Voleibol de Bogotá?”. Creo que lo que sentí debió ser parecido a lo que sintió Óscar cuando lo llamaron a alguna selección nacional. Esa invitación y entrar a la Selección Bogotá de Voleibol fueron las que me dieron la beca para ingresar a la Universidad Central, en Bogotá, a estudiar Publicidad y luego Administración de Empresas.

En mis primeros años de universidad y estando metido de lleno en el tema del deporte tuve las primeras referencias de Óscar Córdoba, un arquero de más de 1,85 metros, trigueño, atlético, muy veloz. En general nos parecíamos. Un día me fui a cortar el pelo, llevé una foto recortada del periódico y le dije al peluquero: “Quiero el corte de este arquero”. La vida y Dios harían que nuestros caminos se cruzaran más adelante. Como muchas de las personas que están leyendo, fui un gran admirador suyo, reconocía su gran habilidad en el arco, su liderazgo y me llenaba ver su alegría fúrica al celebrar que las cosas se hicieran bien, así como su ira y autoevaluación cuando algo no salía como esperaba.

Hice mi carrera como publicista en una de las agencias más grandes del país y un día se me dio la oportunidad de llegar al canal Fox Sports en el área de ventas, luego estuve en Televisa y posteriormente salté a MTV, Nickelodeon y VH1. En la etapa final de MTV me llamó un primero de enero Maura, una gran amiga, y me dijo que si quería celebrar mi cumpleaños en casa de su mejor amiga, Mónica, que era la esposa de un futbolista con el que seguro me gustaría departir.

Quienes cumplimos la primera semana de enero sabemos que no tenemos muchas opciones de celebrar en esos días, así que sin pensarlo le dije que listo, no sin antes indagar por el nombre del jugador. ¿Lo conozco?, le pregunté. “Es Óscar Córdoba”, me respondió. Lo que sentí nunca se lo he contado a ellos, ahora les digo que fue la oportunidad de ver si me habían hecho bien su corte, estar al lado de esa persona que admiras, respetas y, me atrevería a decir, que ya quería mucho por lo que nos había hecho sentir.

Llegó el día, lo conocí y lo primero que me dijo fue: “Hola, ¿cómo estás, Chuleta?”. No sabía si me había dicho así por gordo, por moreno, por frito de estar trabajando en MTV; lo asimilé y hasta el día de hoy me sigue diciendo Chuleta. Fue un cumpleaños diferente, creo que ni Óscar ni yo nos imaginamos que íbamos a recorrer tanto camino juntos. Él iba a retirarse del fútbol y a mí me atraía la idea de ser independiente de una vez por todas. Recuerdo su frase: “Tú te vas de MTV y yo me voy del fútbol”. Los dos salimos de nuestras zonas de confort y pasé de ser su admirador a su mánager, socio y amigo.

Firmamos autógrafos en un buen número de centros comerciales y eventos, jugamos al fútbol-tenis para varias marcas, fuimos imagen de Colombia con esa bonita campaña de “Colombia es pasión”, abrimos una peluquería, armamos canchas, viajamos e hicimos cuanto reto nos ponía el mercado, pero siempre enfocados en qué queríamos entregarles a las marcas y a la gente.

Con esto en mente, qué debíamos entregarles a las personas, e inspirados en lo que hacía Jorge Valdano, pionero de las charlas deportivas, escribimos nuestra propia charla. Un gran amigo nos impulsó diciéndonos que si era una buena conferencia sería la primera de su empresa. Con este reto y la responsabilidad que implicaban, nos sentamos y escribimos “Ser grandes, marcar historia”, que hemos presentado a más de 10.000 personas hasta el momento.

Pero siempre seguimos explorando cómo reinventarnos, buscando qué más hacer para dejar el legado no solo dentro de la cancha sino fuera de ella y fue entonces cuando apareció la oportunidad de escribir un libro. Para nosotros fue como graduarnos en esta nueva etapa de la vida. Nos sentamos y leímos muchos libros más y dijimos “vamos a ser lo más auténticos, no nos vamos a quedar con nada”.

Desde mis estudios de máster en *Coaching* aprendí a preguntar antes que a contestar. Así que le pregunté a Óscar: ¿qué debería decir un libro tuyo? ¿Qué crees que podría ser un ejemplo tuyo para las personas? ¡No les vamos a enseñar a tapar! ¿Será que hablamos de tus treinta años de casado? Ven, ¿y si hablamos de viajes? ¿De qué debe hablar un arquero que le pueda quedar a la gente no una historia sino una idea?

Él me respondió que las personas ven en un deportista que ha tenido un buen desempeño profesional que es feliz, que se pensiona joven, que está tapado en dinero, pero esos son mitos. “Soy feliz con lo que Dios me permitió lograr”, me dijo. Y ahí encontramos el tema del libro: el arquero es un experto en frustraciones porque es al único al que le hacen goles, nunca se culpa a la defensa sino al boludo debajo de los tres palos. Y si Óscar lleva veinte años manejando esa cantidad de frustraciones y treinta años de casado podía contar cómo ha hecho para ser feliz. Y así se armó este libro, que resume con sus anécdotas los 12 pasos que él considera lo llevaron a atrapar su felicidad, sumadas a algunos conceptos que desde el *coaching* apoyan sus teorías. Creemos que logramos entregarles, desde nuestro corazón, lo mejor de Óscar Córdoba. Y no se lo dije antes, pero al conocerlo descubrí que el peluqueado sí había quedado bien, pero que yo me veía mucho mejor.

Como dicen algunos futbolistas y es totalmente cierto, primero gracias a Dios, que es quien de verdad nos da lo que somos y tenemos; al profe, que nos dio las indicaciones, y más en serio a Óscar Córdoba, por abrirme un día las puertas de su casa y de su familia; gracias a mi bella madre Lucy, a mi hermana Taryn, a mi amada esposa Sarita y a mi alma entera que son mis hijos, Ari y Emmanuel, por también dejarme sentir y ser hoy un hombre feliz a su lado.

Christian Prada

# Índice

Capítulo 1: Sueños y metas

Capítulo 2: No negocies tus valores y principios

Capítulo 3: No existe el fracaso, solo el aprendizaje

Capítulo 4: Enfócate y reenfócate

Capítulo 5: Todo es posible: rodéate bien

Capítulo 6: Sé más grande que tú mismo y créetelo

Capítulo 7: Asume, controla, aprende, rodéate y trabaja

Capítulo 8: Insiste en hacer lo que te apasiona

Capítulo 9: No te obsesiones con el resultado, sino con tu rendimiento

Capítulo 10: Rétate: la zona de confort no existe

Capítulo 11: Las relaciones son todo en la vida

Capítulo 12: Sé auténtico



1

CAPÍTULO 1

reverde

1.

SUEÑOS  
Y METAS

# 1

## SUEÑOS Y METAS

Cualquier camino hacia la felicidad comienza con un sueño. Yo, por ejemplo, tuve uno desde niño y, como cualquiera que tenga este libro en las manos y haya soñado en su infancia, vivía en una nube: soñando. No creo que hubiera un solo día o una sola semana de mi niñez en la que no hubiera pensado alguna vez en aquellos sueños que ocupaban toda mi imaginación. Sin embargo, debo ser sincero desde el inicio y contar una verdad de facto: para llegar al lugar donde está tu felicidad no basta solo con soñar. No revelo nada nuevo al decir que soñar no cuesta nada y por eso todos soñamos todo el tiempo. Pero de nada servirá hacerlo tanto si no intentas materializar ese sueño. Y la manera más efectiva para que eso ocurra es pasando a la acción. Constantemente nos encontramos imaginando e imaginándonos en las cosas que, sabemos o creemos, son o serían nuestra plena felicidad. ¿Pero basta con soñar para alcanzar la felicidad? Claramente ya sabrás que no. Yo también lo supe en un momento. Y a pesar de que siempre he sido un soñador, no fue solo de sueños que llegué a un estado que, considero, es mi felicidad. Para que esos ideales cobren sentido hay que trabajar constantemente para que se den las oportunidades que nos acerquen más a ellos. Así lo he hecho toda mi vida. Y mi camino hacia lo que me ha hecho feliz inició por un impulso producido por uno de aquellos sueños de infancia. Por eso, permíteme, te contaré desde el principio.

Para empezar, debo decir que, aunque como muchos niños, mi sueño era ser futbolista, no imaginaba ser arquero de la Selección Colombia o ídolo de fútbol en Boca Juniors o figura de la liga de fútbol de Turquía. No. Y no fue ese sueño lo que me impulsó a emprender el camino hacia mi felicidad. En realidad el sueño por el que empezó todo fue mucho menos ambicioso: entre las cosas con las que más soñaba en mi niñez y que atravesaba todas mis ilusiones era ir a Orlando. Desde que tuve uso de razón y supe de la existencia de un parque de diversiones de esas dimensiones —que, por cierto, no me cabían en la cabeza— me obsesioné con la idea. Tanto me fascinaba esa idea que por mi propia cuenta me enteré de que ese lugar que mostraban en las películas y en la televisión, con tantas cosas divertidas para niños, se llamaba Orlando, se trataba de una ciudad y no de un señor que tenía ese nombre, y que quedaba en Estados Unidos.

Sin embargo, hacer ese sueño realidad no parecía algo factible para un niño como yo. No quiero decir que era algo imposible, pero tampoco era algo que estuviera dentro de los planes de mi familia. Nací en 1970 en Cali y ahí crecí en una casa del barrio Los Cábulos, cerca al sur de la ciudad, en un ambiente muy normal. Mi padre, Andrés Córdoba, era trabajador en una de las productoras de papel de mayor trayectoria del país.

Mi mamá, Nidia Arce, era ama de casa y reinaba en el hogar con un carácter y una disciplina que nos inculcó tanto a mí como a mis hermanos, Mauricio y Claudia Patricia, herencia de sus años como voleibolista: nos compartió su pasión por el voleibol a un nivel de campeonato y gracias a ello, por ejemplo, mi hermana llegó a ser selección Valle en ese deporte. Éramos un hogar en el que papá trabajaba, mamá nos cuidaba, los niños íbamos al colegio y hacíamos las tareas. No había mayores contratiempos. En otras palabras, mi infancia era como la de la mayoría de los niños colombianos de los años setenta.

Los lectores con un poco más de años —tampoco tantos— me entenderán mejor y me darán la razón. En aquella época, en cualquier casa colombiana que se respetara con tres niños a bordo, era infaltable un balón rebotando de pared a pared —a veces varios al mismo tiempo— y también eran infaltables los regaños de la mamá que, al menor contacto del balón con la baldosa o con uno de esos adornos que las mamás acumulan porque sí —no pregunten por qué, el adorno siempre estuvo y siempre estará ahí—, gritaba a todo pulmón: “¿Quién dijo que en esta casa se podía jugar con balones?!”. Ese tipo de hogar colombiano: normal.

El regaño era nuestra alarma para salir pitados para la pieza que compartía con mi hermano y huir de la cantaleta que se nos venía por cuenta de nuestras travesuras. Ahí nos encerrábamos hasta que se calmara el ventarrón de la furia de mi mamá. Pero claro, eso no quería decir que el juego terminara. Nosotros, como cualquier par de hermanitos, nos la pasábamos “miqueando” hasta que se nos acababa la pila. Fue en esos momentos de juegos en la pieza con mi hermano en los que, literalmente, empecé a “empelicularme”.

Recordarán los lectores de más años —tampoco tantos— las camas enormes de nuestra época que se armaban con esos colchones pesados y repletos de resortes que permitían rebotar en todas las formas posibles y resistían cuanto salto diera uno. Pues bien, podía pasarme horas saltando una y otra vez en ese colchón. Y entre salto y salto fantaseaba: me imaginaba siendo el mejor karateka del mundo dándome patadas con Bruce Lee en una secuencia nunca antes vista, imaginada o lograda en el mejor cine de artes marciales. Luego, la película cambiaba y pasaba a estar en el *ring* enfrentándome golpe a golpe, gancho a gancho, con el mismísimo rey mundial del cuadrilátero, el invencible Rocky Valdez... y a veces le ganaba. Al final, la habitación terminaba convertida en un estadio a reventar en plena final de un mundial de fútbol que se definía por penaltis. En el encuentro decisivo, mi hermano Mauricio era el titular de un equipo de fútbol que se alistaba desde el punto del penal marcado por una chancleta y, al pitazo de un árbitro imaginario, corría a patear la pelota que nosotros mismos hacíamos anudando decenas de medias nuestras, de mi hermana y de mis papás, hasta darles la forma de un balón. Yo era el arquero estrella en medio del arco, que era el espaldar de la cama. Fuera gol o atajada, la habitación siempre se partía en la euforia de una tribuna apasionada que solo nosotros podíamos escuchar.

Así empecé a soñar. Y en esas fantasías vivía cuando llegó una oportunidad que, aún en mi imaginario de niño, no podía dejar pasar. Tenía diez años y era una tarde más de

tantas que me pasaba con mis amigos de infancia jugando por los parques de Cali. Estábamos sentados en una matera cuando Roberto José, un gran amigo de la infancia, vino a nuestro encuentro con el chisme de que una marca de hamburguesas estaba en la ciudad para hacer una prueba en la que escogería a un grupo de niños para conformar un equipo de fútbol que representaría al país en un torneo en Orlando, Florida. De todo eso, lo único que yo entendí fue la palabra “Orlando”. Ni si quiera sabía qué era “Florida”, pero Orlando la tenía muy clara en la cabeza porque sabía que ahí estaba Disneylandia. Mi reacción fue pegarme un panelazo en la frente por el noticiononón.

No parecía verdad, pero lo era: ante mí tenía la oportunidad de hacer realidad un sueño que me trasnochaba. Sabía más que nadie que llegar hasta Orlando no era fácil, al menos para mí. Aunque algunos de mis amigos de colegio ya lo habían hecho, y por más fácil que parezca hacerlo hoy en día, conocer esa ciudad implicaba trámites (que obviamente yo desconocía), tomar un avión, cruzar medio continente, pero, además, viajar acompañado porque era un niño y por supuesto no me iban a dejar ir solo a un país desconocido; y todo eso significaba cantidades de plata que en casa no había. ¿Cómo podría yo hacer cada una de esas cosas para llegar hasta Orlando? ¿Qué tenía que hacer para que ese sueño se hiciera más cercano? Esa competición parecía la solución a todo eso. Sin pensarlo les dije a mis amigos que teníamos que presentarnos. Los sueños se hacen realidad a partir de metas que nos proponemos. Y pasar esa prueba se convirtió en la meta principal que debía alcanzar para llegar a mi sueño, pero yo no sabía eso así, con esas palabras. Lo que sí sabía —o sentía— era que estaba en mis manos intentarlo, lograrlo o dejarla pasar. Y que la última no era una opción. Esa es mi convicción en materia de felicidad: no hay otra manera de alcanzarla si no actúas. Aquí debo detenerme para explicarte por qué me inclino hacia una idea de felicidad decidida a realizar tus sueños y dar la batalla por ellos.

Es indiscutible que la felicidad es una concepción con muchos matices y que hay todo tipo de versiones como personas. Por ejemplo, mientras escribía este libro empecé por indagar las definiciones que existen de felicidad. Son variadas, pero me llamaron especialmente la atención dos de ellas que representan, en cierta forma, puntos opuestos para explicarte. Por un lado, si sientes que estás pasando por un estado de grata satisfacción espiritual y física, pues bueno: estás alineado con la Real Academia Española y, así como suena, es elemental, en ese sentido la felicidad radica en una estabilidad y un bienestar básico del cuerpo y los sentimientos, es decir: cuando todo funciona como debe funcionar. Sin duda hay mucho de razón en esa definición, pero a eso no es a lo que me refiero con la felicidad de la que vengo a hablarte. Por otro lado, está la concepción estoica en la que la felicidad es, básicamente, un acto de desprendimiento: es real que si uno se conforma con no buscar lo que no se le ha perdido gozará de una constante tranquilidad, como por ejemplo desentenderse de retos, dominar y evitar las pasiones, prescindir de las comodidades. Sin embargo, tampoco es el tipo de felicidad a la que me refiero. Quiero hablar de la felicidad que sientes como un palpito, como un llamado, que te inquieta de alguna manera y que debes atender e ir a su encuentro. Te hablo de la felicidad como un acto consciente paso a paso que termina en

la realización de algo que deseas. Continúo con mi historia y entenderás por qué digo esto.

Para ser sincero, sentía que podía ser uno de esos niños que viajarían a Orlando. Me visualicé como uno de ellos, me dije “voy a ser uno de ellos” y no me resigné a pensar que esto no sería para mí. Era muy activo desde pequeño y me gustaban en general todos los deportes. En eso me la pasaba todo el tiempo. Cuando no hacía daños con el balón en la casa de mis papás o atajaba penaltis de final de mundial de fútbol imaginario con la pelota hecha de medias en la habitación que compartía con mi hermano, estaba en las Canchas Panamericanas, que quedaban cerca de nuestra casa, y allá me le medía a cualquier deporte que se me ocurriera o se me antojara probar. Pasé por todos los que se me atravesaron y, para ser sincero, era inagotable: corrí en las pistas de atletismo, me eché al agua en las piscinas olímpicas para competir en cuanto carrera de natación se me presentó y en todos los estilos, pasé por el diamante de béisbol a batear, hice parte de un equipo de voleibol... ¿por qué no podría medirme a una prueba para un equipo de fútbol que me podría llevar a Orlando?

Entusiasmado por la idea, sintiendo con toda convicción que podría lograrlo, fuimos a averiguar dónde sería la dichosa convocatoria. Nos dijeron que en la cancha del Club Campestre Tequendama, no quedaba lejos de las Panamericanas, que ya me conocía de memoria. Recuerdo que nos dijeron “deben estar en las canchas a las 3:00 p. m., no lleguen tarde porque eso hablaría mal de ustedes y se pueden quedar fuera”. El día de la audición era un sábado; me levanté a primera hora, me preparé con todo el entusiasmo imaginando que sería parte de ese selecto grupo, pero, sobre todo, feliz de saber que podríamos conocer Estados Unidos... Almorcé muy rápido, me encontré con Roberto José y nos fuimos corriendo a la 1:30 p. m. a cumplir nuestra cita con el destino. Llegamos a las 2:00 en punto y entramos. Lo único que encontramos fue al guarda de seguridad. No había nadie más. Al ver el lugar vacío se me cruzaron todo tipo de cosas por la cabeza: pensé que todo era mentira, que habíamos llegado tarde, que en realidad todo era una broma, que esa tal convocatoria era en realidad una farsa. Pero, especialmente, me sentí muy impotente al pensar que si quería conocer Orlando me tocaría verlo por televisión.

Fue una enorme desilusión... que duró muy poco. El guarda de seguridad, la única persona en metros a la redonda, un tipo alto, moreno, atlético, se acercó a nosotros con una sonrisa que no recibimos bien sino como una completa burla. Puso una de sus manos sobre la cabeza de mi amigo y dijo: “Muchachos, los felicito por llegar temprano una hora”. Eran las 2:05 p. m. y la convocatoria arrancaba a las 3:00. En mi mente, ese gigantón que inicialmente vi con cierto desagrado porque personificaba toda mi corta frustración se convertía en un amigo portador de buenas noticias, en nuestro tranquilizador. Hizo que nos regresara el alma al cuerpo y abracé feliz a mi amigo Roberto José. Teníamos que esperar una hora y listo. Y como si nada hubiera pasado, confiados en esa especie de ventaja, inquietos como éramos, pensamos que no era necesario esperar todo ese tiempo en la cancha vacía y sin balones. No sé si te pasaba, cuando uno es niño el tiempo parece correr mucho más lento y esa espera se nos hacía

una tortura; no teníamos la paciencia para quedarnos ahí nomás y ver minuto a minuto cómo no pasaba nada durante una hora que se nos hacía eterna. Entonces propuse lo que a cualquier niño sin plan le encantaría hacer en esa zona de Cali: ir al centro comercial Cosmocentro, que quedaba en frente del Club Campestre, a jugar maquinitas. Sería solo un ratico para regresar a tiempo a la cancha. Mejor dicho, ¿por qué no?

Mi amigo Roberto, feliz con mi propuesta, solo acató en correr al centro comercial y, como si nos sobrara tiempo para ir, jugar y volver, nos pusimos frente a las maquinitas a jugar Pac-Man y Marcianitos. Podría pasarme esta anécdota por alto de no ser porque en realidad no fue una partida de maquinitas como tantas que jugábamos y me sirve, además, para hablar de un término que seguramente valdrá la pena que recuerdes. Mientras jugábamos fuimos cayendo poco a poco en un estado de ensimismamiento casi inconsciente que el doctor Mihaly Csikszentmihalyi, académico y psicoanalista húngaro, quien ha desarrollado teorías tan complejas como su apellido, denomina como “estado de *flow*”. Para no enredarte, el doctor Csikszentmihalyi lo define así: “El flujo o estado de *flow* es un estado subjetivo que las personas experimentan cuando están *completamente involucradas en algo hasta el extremo de olvidarse del tiempo*, la fatiga y de todo lo demás, excepto la actividad en sí misma”.

Todos lo hemos experimentado. Por ejemplo, te habrá pasado: empiezas a ver una serie de televisión que te engancha, piensas que solo verás un capítulo, pero viene otro y luego otro y luego otro, y cuando menos piensas se les te el fin de semana frente al televisor y te bañaste, comiste o dormiste de milagro. O como me pasaba a mí todo el tiempo en aquellos días, salía a jugar fútbol escapado de la casa, sabiendo que en poco tiempo llegaban mis papás del trabajo, y le daba al balón como si no hubiera un mañana, como si no supiera qué es la fatiga, hasta que la cuadra retumbaba con un grito tipo... “¡¡¡Óscar Eduardo Córdoba, se entra yaaaaa!!!”. Bueno, eso es estar en estado de *flow*. Y aunque es algo que viene bien en la mayoría de los casos, justo en ese momento nos agarró jugando maquinitas a una hora de la audición de nuestras vidas, precisamente a minutos del momento que representaba nuestra oportunidad de conocer Orlando o no.

No sé por qué, en un respiro que me dio ese estado en el que estaba profundamente inmerso, mi mirada se desvió hacia el reloj de pared del lugar. Marcaba las 3:20 p. m. ¡Las 3:20! Algo entre desesperación, una forma de frustración y un estado de alerta me invadió solo con ver la hora. Saqué de mí un fuerte “¡¡¡Roberto José!!!” como si hiciera un llamado de emergencia y, acto seguido, lo único que me ocurrió hacer fue agarrar de la camisa a mi amigo y jalarlo con todas mis fuerzas para arrancar a correr como si se tratara de una carrera por nuestras vidas. Atravesamos los pasillos del centro comercial como si escapáramos de un infierno y solo pensaba “que no cierren la convocatoria, que no cierren la convocatoria, que no cierren la convocatoria...”.

Llegamos, pero mi desesperación no se calmaba solo con llegar de nuevo a la portería del Club Campestre Tequendama. Tenía que entrar a la prueba. De nuevo, lo único que encontramos fue a aquel guarda que estaba en la reja de seguridad controlando el ingreso, pero la pequeña diferencia con respecto a nuestra primera llegada era que ya habían cerrado la convocatoria. No podía ingresar nadie más. Puedo decir que, tal vez,

aquella fue la primera vez que sentí aquello de una noticia que cae como un balde de agua fría. Adentro ya estaban escogiendo a quienes irían a Orlando y, mientras tanto, en vez de estar ahí como lo había planeado toda la semana, me había quedado por fuera por distraído. No sé qué habrá pasado por la cabeza de aquel guarda de seguridad: no sé si fue suerte, consideración, lástima. No sé si fue el simple hecho de apreciar que mi amigo y yo habíamos llegado antes que todos los demás con cara de desilusión y ahora llegábamos más tarde que todos los demás con la misma cara, pero lo cierto es que nos recordaba y, en un acto de consideración, nos permitió pasar a Roberto y a mí, no sin antes advertirnos que no creía que tuviéramos oportunidad, que en el mejor de los casos aprovecharíamos para ver cómo eran las pruebas para saber qué hacer si había una próxima convocatoria.

A pesar de la advertencia, yo sabía —sentía— que si lograba que vieran mi talento como volante creativo o quizás como delantero, con mis dotes como definidor, seguro podría rasguñar una oportunidad. En mi mente no cabía la palabra “no”. Sabía que ese era mi único momento y no iba a regresar a mi casa sin haber luchado y logrado cumplir esa meta. Cuando estuvimos frente a la audición, me paré al borde de la cancha para ver cómo era la vuelta y vi que ya estaban completos los cupos para los delanteros. “Por ahí no es”, pensé. Para los puestos de volantes había más aspirantes que en cualquiera de las otras posiciones, entonces tampoco era por ahí. Consideré la posibilidad de la defensa y ver si ahí se me daba una oportunidad, hasta que vi que para la portería solo había cinco aspirantes. Sabía que de pronto ahí estaba mi mayor posibilidad porque gracias a los entrenamientos en la liga de voleibol, a la que diligente y tempranamente me había matriculado mi mamá, tenía la facilidad y velocidad para ir al balón. Por eso sentía que, posiblemente, mis habilidades eran mejores que las de esos cinco niños que estaban ahí. Inmediatamente, después de todo ese derrotero, no lo pensé más, levanté la mano y dije “yo soy portero”. Lo dije de manera determinante, erguido tanto como me daba el cuerpo para verme lo más alto posible. Lo dije con tanta convicción, con tanta seguridad en mi afirmación, que parecía innegable la opción de darme la oportunidad y me dejaron intentar bajo los tres palos.

Pues, después de toda esa serie de eventos desafortunados de una sola mañana, en el último recurso, en el último minuto, me dejaron presentarme. Caminé decidido sobre aquella cancha, que pisaba por primera vez en mi vida, y me acerqué al área. Me puse por primera vez y de verdad, ya no en mi imaginación, en una portería real. Y así nos conocimos el arco y yo de manera oficial. Patearon y yo tapé. Para acabar de ajustar, aquel día se encontraba entre los jueces de la prueba el entrenador Pedro Nel Ospina, famoso por su gran olfato para el fútbol. Ese día, esos tres palos y el técnico Ospina me dieron el tiquete de ida y regreso a la Florida. Eso sí: en la banca, pero me lo dieron. Mi cupo estaba asegurado. El sueño de ir a Orlando se cumpliría en cuestión de días, solo había que esperar para subirme al avión. Y esa primera alegría me dejó una lección que, pienso, es lo primero que hay que tener en cuenta para empezar a hacer realidad la felicidad anhelada: los sueños te hacen suspirar, pero son las metas las que te hacen trabajar para alcanzar ese sueño.

Por eso, arrancando este libro, quisiera dejarte una reflexión sobre tu derecho —el derecho que tenemos todos— de tener sueños, pero además de trabajar por ellos. Eso fue lo que me encaminó a esta carrera deportiva que ahí apenas se asomaba. Sin embargo, para avanzar debes tener claro que además de tu derecho a soñar, que es completamente válido, lo que realmente puede hacerte diferente de quienes sueñan con tener o lograr algo es la capacidad que tengas de convertir esos sueños en objetivos tangibles. La meta es la mejor opción de materializar o aterrizar eso por lo que sueñas. Deja que otros sigan soñando en que algún día van a tener o alcanzar algo y muy románticamente se sienten a la orilla del andén a mirar al cielo y decirle a Dios “¿por qué no me cumples mi sueño? Es fácil para ti”. Es muy bueno que no pierdas la capacidad creativa ni las ganas de lograr algo, pero es mucho mejor que aterrices eso, le pongas una fecha, digas qué debe pasar para ir alcanzando paso a paso ese punto final. Que te pongas deseos posibles, factibles, reales y que los limites en un tiempo. Así lo que estarás haciendo es muy importante: estás convirtiendo tus sueños en una meta real, estás afirmando que lo vas a hacer, que ya vas a actuar frente a ellos, que vas a trabajar por ellos y esto es lo más importante de todo: estás emprendiendo tu acción. Yo lo hice, pensé que tendría una oportunidad en ese equipo, medí mis posibilidades, programé cuál sería mi camino, elegí ir al arco porque eso me acercaba a mi sueño de ir a Orlando y terminé bajo los tres palos.

Así que sueña, aterriza el sueño, defínelo de manera exacta, específica y concreta, que sea realista, ponlo en un tiempo prudente, diseña el paso a paso de tu plan de acción y ¡ejecútalo! Te lo repito: e-je-cú-ta-lo. Para que lo hagas sin dar más vueltas también quiero darte una herramienta que hoy he logrado implementar en mi vida. Se trata de un método muy conocido por los *coaches* de vida y es fijar metas SMART, reciben este nombre por sus siglas en inglés. Con la práctica siempre te ayudará a probar si tu meta está bien definida:

S (*Specific*). Debes lograr que tu meta sea lo más específica posible. No sirve de nada que pienses cosas como “el próximo año quiero ganar más dinero y así ahorrar para comprar el carro que quiero”. No. Debes ser concreto y aprender a conjugar siendo específico: “El próximo año debo incrementar mis ingresos en un 15 % para acumular tanta cantidad de dinero y lograr la cuota inicial de mi auto que es tanto”.

M (*Measurable*). Ya existe una meta definida en tiempo y porcentaje, esto quiere decir que ya tienes una medida con la que podrás ir revisando con el paso del tiempo si si estás cumpliendo y en qué proporción lo has ido logrando para ajustar las cargas.

A (*Attainable*). Es clave que tu meta, por grande que se perciba, sea alcanzable. Muchos objetivos no se logran porque no tenemos las habilidades, la preparación o los conocimientos suficientes y además queremos que se den en menos tiempo del que se supone que necesitamos realmente, así que ponte objetivos aspiracionales mas no inalcanzables.

R (*Realistic*). Si bien es cierto que vale la pena soñar, es clave que las metas que te

pongas sean realistas, siempre hemos escuchado que todo lo que nos propongamos en la vida lo podremos hacer, pero, a manera de ejemplo, si eres un pesista de alto rendimiento, mides 1,55 metros y te levantas un día diciendo “ahora quiero ser el alero del equipo de baloncesto Chicago Bulls en la NBA” creo que me vas a escribir diciéndome que el método no aplica. Por eso debes tener muy claro este punto para la definición de tu objetivo.

T (*Temporized*). Seguramente te ha pasado que cuando estás en tu empresa te dan un plan para el año, en él te indican mes a mes cuáles son las metas que debes cumplir y se revisan bimestralmente esos cumplimientos, si se ajustan o se superan... Pues bueno, ¿por qué no haces lo mismo con tu plan de vida? Plantea subobjetivos por cada objetivo que te traces para que con el cumplimiento de ellos y el seguimiento del tiempo que te propusiste puedas hacer todo tangible.

Con todo esto, quiero decir algo que debe quedar claro: decide finalmente qué es lo que consideras importante en tu vida, lo que quieres tener y emprende la acción. Deja de soñar y aterriza esos sueños en metas. Observa lo que sucede y lo que no. Cambia tu actitud frente a los sueños hasta que consigas lo que quieres. Un sueño convertido en realidad es el trabajo bien hecho en una sucesión de metas bien logradas. Y ese, en otras palabras, es el primer paso para encaminarse hacia la felicidad. En mi caso, el sueño de ir a Orlando por unas ganas incontenibles de viajar y vivir una aventura, más un gusto inculcado por los deportes, más una oportunidad que se presentó, que se convirtió en una meta que tenía que cumplir y para la que intenté prepararme lo mejor que podía. Nunca imaginé en ese momento que aquel camino podría ser tan largo y que me llevaría a tantos lugares.



CAPÍTULO 2

2

NO NEGOCIES  
TUS VALORES  
Y PRINCIPIOS

Colombiana la nuestra

## 2

# NO NEGOCIES TUS VALORES Y PRINCIPIOS

Y nos fuimos a Orlando. Volvimos. Cuando regresamos a Colombia yo ya no era el mismo pelado que se había ido. Había entrado en el fútbol de manera competitiva, ya no como el niño de la cancha del barrio, ya no como el que jugaba con una pelota hecha de medias enmarañadas. A mi regreso era integrante del equipo Colombia 86 e iniciamos de nuevo los entrenamientos, pero no teníamos cancha. Nuestro entrenador, el profesor Pedro Nel Ospina, era también el encargado de las divisiones inferiores y escuelas del Deportivo Cali, entonces pidió permiso a la organización y se nos permitió ocupar una cancha de fútbol siete contra siete. Así terminé entrenando en la casa de uno de los equipos de fútbol más importantes de mi ciudad y, con el tiempo, el equipo Colombia 86 se convertiría en la Escuela Sarmiento Lora. Era, también, como una meta cumplida. Recuerdo que no veía la hora de que llegara el momento del entrenamiento y salía de casa ilusionado, día a día, para llegar a la cancha. Desde ahí veía pasar al equipo profesional del Deportivo Cali y como en los cuentos de niños, sin necesidad de cerrar los ojos, mi mente me ubicaba debajo de los tres palos siendo vitoreado por miles de personas y sacando récords de fechas con el arco en ceros. Era muy lindo estar ahí y soñar. Pero ya había aprendido a que tenía que trabajar para llegar a ese otro lado de los sueños y a ese otro lado de la cancha en el que jugaban los hombres que cada semana inspiraban a miles de personas con sus jugadas.

Yo quería eso. Ya sabía y tenía claro que quería ser como ellos. Ser uno de ellos. El deporte, como todos sabemos, se convierte en un maravilloso camino para formar la personalidad en varios aspectos: la disciplina, la responsabilidad, la entrega, el trabajo en equipo, la búsqueda de resultados como un objetivo común, el carácter. Todo eso se va formando con el tiempo, partido a partido, jugada a jugada; a pesar de mi poca experiencia en aquel momento sentía que ese era el camino que quería seguir en mi vida, y la mejor manera de lograrlo era llegando a ser parte de un equipo profesional. Me había abierto el inicio de ese camino impulsado por un pequeño sueño de niño que se materializó en un objetivo (una meta SMART). Era solo el inicio, faltaba mucho por andar y no quería quedarme a mitad de camino. Debía tener una especie de apoyo para recorrerlo. Ya sabía que tenía que trabajar duro para lograr mis objetivos.

Pero cuando estás en medio del trabajo por un sueño, y haces todo por cumplir las metas que te llevarán a alcanzarlo, se presentan muchas cosas en el camino: confusiones, obstáculos, decisiones que tomar. Por supuesto, no me las sabía todas; sin embargo, me fui percatando de que, en algunos momentos, tenía que ponerme a analizar algunas

acciones, algunas elecciones antes de proceder. Con el tiempo fui creando en mi cabeza una serie de preguntas que me funcionaban como un método para poder enfocarme y no salirme del camino que me llevaría, meta a meta, a lo que sería mi felicidad. A esos interrogantes los llamo ahora “las preguntas poderosas”. Son mi filtro para casi todo el tipo de decisiones que debo tomar en la realización de mis metas. Creo que pueden servirle a cualquiera. Esas preguntas, en unas y otras palabras, son:

¿Esto que se me presenta me genera placer?

¿Ese placer quizás es momentáneo?

Si no es momentáneo, ¿me aporta para ser feliz?

¿Esto satisface un deseo mío?

¿Esto me deja en equilibrio y armonía con mis valores, principios y creencias?

¿Esto atenta contra mi entorno familiar o particular de manera negativa o positiva?

No es algo tan literal, pero el filtro que producen esas preguntas, esos cuestionamientos, empezaron a aportarme enormemente para saber elegir entre todo lo que se me presenta. Es, como dicen popularmente, pensar con cabeza fría, y eso toma tiempo también para perfeccionarse. Con solo responder un par de esas preguntas antes de tomar mis propias decisiones ya tenía una idea y un sentimiento de si estaba encaminado a atrapar mi propia felicidad. Pero ojo: como lo reitero en mis conferencias, no hay que olvidar el hecho de que todo corresponde a un proceso y que los procesos se deben respetar ya que son parte de lo que más adelante nos dará cimientos fuertes, traducidos en experiencias que evitarán que cometa errores de los que me pueda arrepentir. Eso, en otras palabras, quiere decir que, independiente de las circunstancias, siempre debes tener presente que las cosas que eliges o que te propones no deben atentar o ir contra tus valores y sí corresponder con los principios que rodean tu vida. Si lo hacen, no tiene sentido: cualquier decisión tuya que represente un atentado a tus valores y creencias es incoherente con tu felicidad.

Para que tengamos un mejor panorama de lo que estoy hablando debo definir claramente la diferencia que existe entre valores y principios. Los valores son esos que nos han inculcado desde niños en nuestra casa, pero que además hemos ido formando con el tiempo y que se han vuelto parte de nuestra esencia y resultan innegociables: no negocias la honestidad, la gratitud, la humildad, la prudencia, la lealtad, el respeto o la responsabilidad. Paralelo a ellos están los principios y estos, se podría decir, son un conjunto de valores comunes que hacen que la convivencia en sociedad sea más llevadera, por así decirlo. Los principios son ese conjunto de normas naturales, externas a nosotros, que existen independiente de nuestras creencias y que controlan las consecuencias de nuestros actos, por ejemplo: no mentir, respetar a tu prójimo, respetar la vida de tus iguales, no robar, etcétera. Los principios en el fútbol, por ejemplo, también están muy presentes y los conocemos como los códigos, son de honor y no se quiebran.

Bajo esa premisa continué trabajando en mis metas. Fue un momento de mi vida en el que comencé a reforzar mis creencias positivas, determinar mis convicciones y, así, ponerme otra meta fija: ser futbolista profesional y defender los colores de la Selección

Colombia de fútbol de Mayores. Sí, así como suena. Todo eso tuvo que pasar por mi cabeza para llegar a esa conclusión, ya no como un sueño, aunque lo seguía siendo, sino cada vez más como una certeza que tenía que cumplir a cabalidad. Amigo: cuando andamos alineados hacia nuestro propósito todo en la vida nos encaminará a encontrar la felicidad. Entonces pregunto:

¿Consideras que sabes y que trabajas cada día que te levantas en perseguir tu propósito?

Qué tal si te preguntas por la mañana al despertar cosas como:

¿Qué voy a hacer hoy que me haga sentir feliz?

¿Qué me hace sentir feliz ahora mismo?

¿De qué me siento orgulloso ahora mismo?

¿Quién me hace sentir feliz y a quién hago sentir feliz?

Quizás parecerán muchas preguntas o tal vez pienses que algunas de ellas no tienen respuestas. Entonces seguramente hay que volver a preguntarse, al menos, cuál es tu próxima meta o propósito y seguro el poder definirlo y trabajar por él va a permitir encontrar ese camino lleno de felicidad. Esas reflexiones te harán encaminar de nuevo en lo que realmente son las acciones que, poco a poco, irán asegurando tu felicidad porque todo está alineado con tus convicciones. Con el tiempo te darás cuenta también, amigo, de que esas preguntas y sus respuestas están presentes e implícitas en cada una de las acciones que te han llevado a estar donde estás. No importa en qué punto de tu camino hacia la felicidad te encuentres. No importa, incluso, si ya estás en la cima. No hay que renunciar a los principios que aseguran tu felicidad.

Quiero explicarlo con una historia que siempre me gusta citar. Era el 3 de febrero de 1970 y en Estados Unidos corrió la noticia de que Cassius Clay, más conocido como Mohamed Alí, considerado el más grande campeón de los pesos pesados del boxeo en el mundo, pactaba la pelea más cara de la historia. Su rival sería Joe Frazier. Las ganancias: 2,5 millones de dólares. Todo estaba asegurado para que el gran Alí saliera victorioso una vez más, pero más gloriosamente que nunca, porque se trataba de un encuentro titánico. Todo estaba asegurado, menos el mismo Alí. Contra todo pronóstico y apuestas —aunque era una posibilidad, pero nadie lo creía probable— Mohamed Alí perdió. Después de la pelea y de presenciar lo que nadie creía, le preguntaron por qué creía que no había ganado. Su frase es una de las que más me he repetido en mi carrera deportiva. Dijo: “Cuando alcanzas el éxito como yo lo hice, te embriagas con la fama. Crees que correr tres millas al día es suficiente. Eso es todo lo que entrené para esta pelea. No descansé lo suficiente, no entrené tan duro como solía hacerlo. La próxima vez correré más y mis piernas estarán a punto. Será distinto”.

Eso siempre me ha puesto a pensar. Y quiero invitarte a que también pienses en cuántas veces tomas la decisión de hacer cosas que, piensas, te hacen feliz por un momento, pero no contribuyen a construir los propósitos y metas que te ayudarán a llegar a la felicidad que sueñas. O incluso, cuando ya has conquistado esa felicidad, cuántas veces haces cosas o tomas decisiones que poco a poco pueden ir sacándote de ese lugar al que te costó tanto llegar.

Ya había llegado a un lugar que no muchos alcanzan: pasar a entrenar en el fútbol competitivo. Pero no era hasta ahí que quería permanecer. La Escuela Sarmiento Lora era una gran cuna de futbolistas y yo no era el único arquero. En esta casa vi crecer conmigo a grandes del arco en sus primeros días —por no mencionar a otros jugadores—, como los míticos Faryd Mondragón y Miguel Calero. Día a día en la Sarmiento teníamos que vernos, enfrentarnos y, sin exagerar, luchar a muerte por ganar posiciones. Y no lo digo solamente porque eran de mayor estatura que yo, sino porque no nos regalábamos nada el uno al otro más allá de las buenas experiencias de verlos volar bajo esos tres palos persiguiendo el mismo sueño que yo. Si roncaba, perdía. Tenía que dar todo de mí y no solo de palabra: tenía que asegurarme diariamente de que había entrenado más que el día anterior, que había saltado más que el día anterior, que había descansado más que el día anterior. Solo así podía asegurar mi puesto en el arco un poco más y un poco más hasta llegar al arco que tanto soñaba: el de la Selección Colombia.

A pesar de todas las distracciones que puede tener un muchacho cualquiera, deportista o no, sabía que mi principio era dar todo lo mejor de mí y hasta más. Era algo que no podía dejar de hacer si quería llegar a ese lugar que era mi felicidad. Y con el tiempo, a pesar de mis colegas de cancha que me dieron una gran pelea, y sobre todo por no perder el norte de mis principios y valores, pasé por las selecciones menor, prejuvenil y juvenil del Valle. Era un escalón más. Y, una vez más, sentía que todo el trabajo y el esfuerzo eran bien recompensados.

Es una cuestión de valores, de actuar con respecto a los principios. Simplemente no hay que olvidarlos, no hay que negociarlos.





### 3

## NO EXISTE EL FRACASO, SOLO EL APRENDIZAJE

En la práctica y en el camino a la felicidad hay cosas que te patean, y no estoy hablando necesariamente de fútbol. Pero para no ponerlo en esos términos, más bien diré que en el camino a la felicidad hay cosas que te forman y siempre te construyen, a pesar de que no sean ni remotamente agradables en un principio. Estoy hablando de los errores y los fracasos. Sí: parte del camino a la felicidad es pasar o enfrentarse o incluso cometer algunos errores. Y los de un arquero en la cancha son siempre visibles, siempre lamentables, a veces nefastos, no solo para él, sino para su equipo, para su entrenador, para su hinchada, para su país. No en vano siempre me preguntan cómo hago para reponerme de un gol, sobre todo de uno de esos que para todos es un gol tonto. Sí, a la gente le encanta preguntar por esos “errores”. Y, para colmo, en el caso de un arquero, la gente es la que más sabe de ellos o los recuerda. Te preguntan por la jugada de no sé quién, en no sé qué cancha, en un año remoto, porque a ellos los marcó esa anotación y yo, que ya ni me acuerdo, pues gracias a toda la descripción tan detallada que me hacen, recuerdo nuevamente y tampoco es muy agradable que te revivan un error del que ya ni te acordabas.

Pues bien, no voy a decir que es fácil, pero gracias a tantos años de entrenamiento y de fútbol he sabido cómo enfrentar esas situaciones. Trasegar desde tan pequeño por las divisiones menores me enseñó que lo que está ahí dentro de tu arco podrá ser el resultado de un error tuyo, pero también puede ser un error de la defensa o puede ser una virtud de un atacante, pero que en últimas es eso: el final de una acción que con ese resultado termina. Así, lo que aprendí a ver es que cuando el balón entra debo recoger la mayor parte de información para evitar que este mismo gol me lo hagan de nuevo: analizo la jugada, ya sé qué pasó, cómo pasó y en mi disco duro lo almaceno para que no vuelva a ocurrir y, en caso de que se produzca de nuevo, no tenga el mismo resultado.

Un gol, por lo tanto, no es un fracaso; es un aprendizaje y así debo tomarlo. Para empezar, ¿te imaginas que cada vez que el balón entre en el arco yo empiece a decirme “¿en serio, Óscar? ¿Qué pasa, hermano? ¡Óscar, ¿un fracaso más en tu carrera?!”? No podría pasar de un solo partido... No sabría decir el número exacto, pero si me hicieron 500 goles en más de veinte años de carrera no sé si hubiera salido a una clínica de reposo, medio enloquecido de saber que era un fracasado que dos veces a la semana tenía un revés en mi carrera y me lo repetía y me lo repetía y así sería la próxima

semana, y la próxima... No. Los fracasos no son fracasos, también son la posibilidad que te da la vida de aprender cómo no repetir los mismos errores y cada día tener un poco más de conocimiento que, en el peor de los casos, te será muy útil.

Ahora pregunto: ¿te has detenido a pensar qué es fracasar? ¿Qué es perder? Me viene a la memoria una historia que, cuando la escuché por primera vez, me hizo darle sentido a lo que yo pensaba cuando sacaba el balón de adentro del arco. Guardadas las proporciones, es la historia de Thomas Alva Edison. Sí, el tipo que inventó casi todo: el gramófono, el kinetoscopio, el carro eléctrico y, por supuesto, la bombilla. El hombre un día se dijo a sí mismo que debía ser capaz de crear un objeto que generara luz y así no tener que seguir usando las lámparas de gasolina. Pues bien, este señor hizo más de 1.000 intentos para llegar finalmente a la bombilla. Cuando le preguntaron que después de 1.000 fracasos cómo mantuvo los deseos de seguir adelante dijo: “No han sido fracasos, ahora sé 999 formas en las que no se debe hacer una bombilla”. No en vano el hombre, que todavía le sacaba provecho a aprender de sus fracasos a los 84 años, llegó a tener más de 2.000 inventos patentados... ¡2.000 inventos! Ahí uno tiene que preguntarse ¿cuántas veces he intentado 999 veces la misma cosa para saber cómo sí se debe hacer en el intento número 1.000? El ejemplo de Edison sirve para cualquiera, incluso y especialmente para un arquero.

Pero la cosa no termina ahí. Recuerdo otra anécdota del buen Edison. Cuando era joven, un día lo devolvieron del colegio con una nota en las manos. Llegó muerto de susto a la casa a entregársela a la mamá —como nos pasaría a cualquiera de nosotros, ¿no?— y se la dio sin abrirla. La madre leyó en silencio, esperó un momento y, para sorpresa de él, le sonrió y le dijo que claro, que ella entendía todo, que no había problema. Edison se quedó de una pieza con la reacción de su mamá y, como no se aguantó la curiosidad, le preguntó qué decía la nota. Ella le dijo que del colegio mandaban a decir que era un muchacho genial, que no sabían qué más enseñarle y por eso prefirieron devolverlo a casa. Y le dijo: “De ahora en adelante yo me encargaré de tu educación”. Tiempo después, cuando Edison ya era en parte el genio inventor que sería, encontró en un cajón aquella vieja nota. Movidio por la nostalgia decidió abrirla y leerla. Y claro, se llevó otra sorpresa. La nota del colegio le decía a su mamá que lo devolvían a casa por necio: que era un “pésimo estudiante”. El genio, en realidad, era ella: a su lado, Edison simplemente era un aprendiz. ¡Qué gran ejemplo de lealtad de su madre! De no ser por ella quién sabe qué habría sido de él. Y lo realmente genial acá, que me sirve de ejemplo y que seguro también te servirá, es que también debemos pensar qué tanto debemos reprimarnos o reprendernos por un error. La madre de Edison pudo darle una pela por culicagado desobediente o mal estudiante, pero no lo hizo. Y esto le significó a él, ya adulto, reafianzar el compromiso de nunca defraudarla y de convertir su creencia de lealtad hacia ella en una convicción. Ajá, o sea un principio, como de los que hablé en el capítulo anterior.

Pues bien, guardadas las proporciones —insisto—, algo de eso que le pasó al gran Edison me pasaba a mí ante los fracasos o errores en la cancha. Y seguramente te pasará a ti. Déjame contarte cómo se puede seguir siendo arquero y ser feliz a pesar de tantos

goles. O sea, a pesar de tantos “errores”.

Dentro de esos procesos que se deben llevar en la vida y luego de ser parte de selecciones Valle infantil y juvenil, gracias a algunas buenas fechas llegó a mi vida la sensación más grande de cualquier deportista. Por primera vez vestiría el tricolor nacional y sería con la Selección Colombia juvenil que nos llevó al torneo Sudamericano en Buenos Aires, en el que me enfrenté por primera vez a lo que era un estadio de verdad. Imagina: un grupo de pelados de 14, 15 años que salen del camino, ven una luz al final, escuchan el llamado de una multitud y a unos pasos se despliega ante sus cabezas una cancha como la de Vélez a reventar para vernos jugar ante la selección de Argentina. Nuestro desempeño en ese torneo, que se daba por primera vez, sería también nuestro pase más adelante para los Juegos Bolivarianos de Cuenca, Ecuador.

Con este recorrido encima, mi camino empezó a abrirse para el fútbol profesional colombiano de la mano del Deportivo Cali, que tres años después, y por recomendaciones de mi entrenador, rápidamente obtuvo mis derechos como deportista. Desde 1988 y con solo 18 años tenía la posibilidad de dar el siguiente paso para entrar por fin al torneo nacional. Poco después, en 1989, el buen Vladimir Popović era el director técnico del Deportivo Cali. Entrenaba tanto como podía y más para ganarme el lugar del arco, pero Popović era contundente. El Deportivo Cali era entonces un equipo que iba por todo, sin riesgos, y por eso, ante mi insistencia juvenil de querer estar en el arco, el entrenador siempre me respondía: “Arquero joven no tapar equipo grande”. Era su manera de decir que aún no estaba preparado. Así estuve al principio de mi carrera, pero sin la posibilidad de hacer parte del equipo profesional del Deportivo Cali, hasta que la Escuela Carlos Sarmiento Lora decidió prestarme al club Atlético Nacional, de la ciudad de Medellín, en 1989.

Era un paso raro, pero sin duda un poco soñado. Era el Atlético Nacional de **Francisco Maturana**, de **Leonel Álvarez**, de **Andrés Escobar**... pero sobre todo era el equipo en el que tapaba **René Higuita**. Recuerdo el momento en que me anunciaron en el Cali que debía ir a Nacional en calidad de préstamo; lo primero que me imaginé fue cómo sería alternar en el arco con el gran Renato. Así llegué a Medellín. Era una gran oportunidad. Tenía apenas 19 años y el mero hecho de pensar en llegar a esa ciudad para jugar con uno de los equipos más importantes me emocionaba, no solo por lo que Nacional significaba en aquel momento, sino porque estaría al lado de una estrella del arco tan mítica como lo era —y sigue siendo— esa leyenda viva llamada René Higuita.

En Cali, mis maestros habían sido el buen Pedro Nel Ospina, Luis Fernando Lastra, Daniel Silguero, Carlos Portela y Diego Barragán, de él lo aprendí todo. Y ahora, como un discípulo que fue un digno representante de su escuela, llegar a jugar al lado de Higuita parecía una experiencia única. Recuerdo que me la pasaba observándolo todo el tiempo, en los entrenamientos, en los partidos desde el banco, todo para tratar de memorizar cada una de sus jugadas, aprender de su ejemplo. Yo tenía apenas 19 años y él ya era todo un personaje con su melena frondosa que se distinguía a kilómetros de distancia. Recuerdo que al llegar a la habitación del hotel siempre intentaba memorizar su manera de actuar en cada una de las jugadas. “Renato”, como le decía de cariño, era

además un tipo con todo el carisma posible, uno de esos colegas que no se guardan las cosas, sino que quieren que aprendas, así era que siempre me hacía un resumen de cómo vivía cada partido, me decía qué situaciones se me podían presentar y en cuáles me podía cobrar, yo procesaba esa información, la guardaba y la entrenaba al momento de salir a cada una de las prácticas para mecanizarlas, de tal manera que de memoria resolviera esas situaciones y no tuviera que arrepentirme de nada. Pasaban los días y los días y yo seguía siendo la sombra de ese gran arquero, aprendía de cada cosa que pasaba, René nunca me negó nada.

Pasados los primeros días junto al equipo, empezaba a sentir que por fin mi oportunidad llegaría. Jugábamos en la ciudad de Cúcuta, despertamos en la mañana en el hotel y al abrir los ojos lo primero que vi fue un largo cabello rizado sobre la almohada del lado. Aún con el sueño pegado no lograba asimilar quién podía estar en mi habitación. De repente se movió el cabello de costado, se asomaron el pequeño bigote y el lunar, y entendí un poco alarmado que era el buen René. Me paré de inmediato, abrí los ojos como dos platos por la sorpresa y solo podía preguntarme sin entender por qué estaba ahí. Al verme ya despierto, simplemente me dijo: “¿Cordobita, querés tapar?”. Yo no podía creer que fuera real que me estuviera preguntando eso. Renato sabía de mis inmensas ganas de atajar, me conocía como poca gente en esos momentos en mi carrera deportiva y creo que, apoyado probablemente en su propia historia como arquero, ese día había despertado movido por la idea de que, por qué no, este pelado podía tapar ese día.

Aún absorto por la pregunta que me cogía de sorpresa, seguía mirando a René como para creer en serio que era él quien me estaba preguntando, hasta que me repitió: “¿Querés atajar?”. Caí en cuenta de que era en serio y sentí esa extraña ansiedad, una mezcla de emociones como un hormigueo de alegría por todo el cuerpo, típico de cuando tienes en frente a la persona que te gusta, o te dicen en un trabajo que el puesto es tuyo... así. Sin filtro, respondí: “¡¡¡Claaaro!!!”. Pero tenía una duda: ¿le había pasado algo? ¿El profe Maturana ya sabía? Renato me dijo que no a ambas cosas: era una de sus tantas ocurrencias. No era gratuito que ya le dijeran “el Loco”. Pero que, si me sentía listo, era solo que fuéramos a hablar con “Pacho”. “¿Estás listo?”, me preguntó. No había terminado de hacer la pregunta cuando yo ya estaba metido en la ducha sin tiempo que perder para ir a buscar al profe.

Salimos de la habitación a buscar a “Pacho” por todo el hotel. Sinceramente, y dejando a un lado mi ego, confieso que estaba muy preparado: llevaba meses acumulando información y horas de entrenamiento. Pero también sabía que la cancha es la mejor maestra de todas y por eso no veía la hora de estar de una buena vez en el arco, en una competencia del torneo nacional. El recorrido por ese pasillo del hotel, de baldosas coloridas y calientes, me parecía interminable. Bajamos por las escaleras casi rodando y al final llegamos al gran salón comedor donde yo imaginaba ya la cara de Maturana. Para mí era el camino a mi primera oportunidad como profesional, para René simplemente era ir a hablar con el profe. Entramos por fin al salón y al final, en una silla de madera, estaba el siempre admirado profesor Francisco Maturana. Estaba solo, a la luz de una ventana por la que miraba hacia la calle, pero en realidad estaba sumergido en

esos pensamientos que muchas veces nos parecían tan enigmáticos y siempre quisimos espiar.

René, con toda la confianza que ya le tenía al profesor, se acercó, lo saludó y sin dar vueltas le dijo: “Profe, quería comentarle que me gustaría que Cordobita tapara hoy contra el Cúcuta”. El profesor Maturana, con la tranquilidad que tenía siempre para todo, le preguntó: “¿Tenés algo, René? ¿Te sentís bien?”. René, con la sonrisa del que se trae algo entre manos, le dijo: “Sí claro, profe. No pasa nada. Solo que hoy me levanté pensando que Óscar está listo y que merece pararse a defender su arco y este puede ser un lindo escenario para él”. El profe se volteó para mirarme y me dijo: “Óscar, ¿tú cómo te sientes?”. Yo, que estaba que me reventaba de la emoción, me contuve para que no se notara la gran alegría que sentía en ese momento y respondí: “Profe, estoy listo para tapar este y todos los partidos en los que tenga oportunidad”. El profe Maturana asintió con la cabeza, nos miró a los dos y respondió: “Muchachos, pues por mí no hay problema, Si estás listo, Óscar, vas al arco”. Siempre he sido un tipo tranquilo, de reacciones tranquilas, pero en ese momento mi cuerpo y mi mente se morían de emoción. A la vez, me sentía seguro de saber que el trabajo que había hecho hasta el momento era el debido.

Con la aprobación del profe Maturana y la venia de René había llegado la hora de demostrar para qué me había entrenado. Recuerdo salir a jugar contra el Cúcuta con la firme convicción de que al arco de Nacional no entraría nada. Jugadas iban y venían, pero sin ofrecer posibilidades de grandes demostraciones. En el segundo tiempo llegó una jugada por el costado izquierdo del área, me acomodé para no regalar mi palo, grité para lograr que nuestro lateral saliera a apretar la jugada y así fue: se apretó tanto al delantero contrario que el árbitro decretó tiro desde el punto penal a favor del Cúcuta Deportivo. Como si se tratara de una película, de repente mi primera demostración como arquero de un equipo grande sería una acción contundente. Era el camino más corto entre la gloria y la memoria de mi primer partido.

Recuerdo muy bien que encontré el centro de mi arco apresuradamente y mi mente inmediatamente repasó cada uno de los pasos para lograr hacerle la tarea más difícil al cobrador: arrancar adelante para cerrar la vista, abrir las manos para verse más grande, hablarle al pateador para sacarlo un poco de su comodidad, mirarlo a los ojos y decirle que a tu arco no entra nada, fijarte cuál es su pierna natural, hacia qué lado toma impulso, etcétera, etcétera. Por fin el Cúcuta designó a su cobrador, quien llegó de manera muy tranquila al punto de cobro de la pena máxima. Era un moreno gigante con una melena que ni la del “Pibe” podría cubrir. Se veía gigante y no parecía inmutarse ante mis movimientos. Puso la pelota en el punto de cobro, tomó unos cinco pasos de impulso, me miró a los ojos, sugiriendo con la mirada que cobraría a mi mano izquierda. Tomé aliento y me propuse que esa tarde le dejaría a Colombia un portero nuevo. El cobrador le pegó con todos sus alientos, yo volé al palo izquierdo... y el balón llegó más rápido que yo. Gol. Era mi primer partido como profesional y adivina: perdimos.

Creo que después no pasó mucho más. El profesor Maturana solo atinó a saludarnos al ingresar de nuevo al camerino sin ningún tipo de gesto que me indicara qué opinaba

de mi presentación. Había algo que yo sí había entendido ese mismo día: no podía seguir esperando a que René se levantara con ganas de darme un partido o unos minutos, porque si no me iba a quedar esperando. Sin exagerar, a René no le entraba ni la gripa: era el jugador más querido por la hinchada de Nacional —y lo sería también en Colombia y en el mundo: cómo olvidar al padre del “escorpión”— y, era impecable como profesional y aún más como persona. Si pretendía llegar a lograr mi sueño de ser el arquero de la Selección Colombia debía lograrlo tapando en un equipo que me necesitara y en el que yo le pudiera dar lo mejor de mí.

Tres partidos después regresé al Cali con un sentimiento de no haber podido hacer más en Nacional. Pero a la vez había llegado consciente de que, al lado de René, que ya había recorrido lo que yo hasta ahora iniciaba, no tendría mucho que hacer. Tenía que volver a mi ciudad natal sin otra cosa que mi debut, como si hubiera ido hasta allá específicamente para eso. Pero por cosas de la vida, en ese corto paso por Medellín, prácticamente de entrada por salida, también encontré uno de los regalos más valiosos con los que he sido bendecido: la mujer de mi vida. A Mónica la conocí cuando apenas teníamos 18, 19 años y no dudamos en casarnos al poco tiempo de enamorarnos. Si hay una prueba de que el amor y la lealtad incondicional existen, de que necesitas el cariño de una compañera de vida, yo lo sabía siendo muy joven porque el destino me tenía guardado, tal vez, que tenía que ir a Medellín sí o sí, más que para debutar, para conocer a la mujer más magnífica que haya conocido. Así me devolví a Cali. Un debut y el amor de la vida.

En el Deportivo Cali me recibió de nuevo el profesor Vladimir Popović, quien teniendo ya su equipo armado no me daría mucha oportunidad a tapar. Así debí pasar el resto de 1989: entrenando. Fue entonces que para la temporada de 1990 llegó un nuevo técnico al Cali: el profesor **Jorge Luis Pinto**. Y una vez más, como para variar, me di cuenta de que no iba a tener mucha oportunidad en el equipo ya que el profesor Pinto llevaba su propio portero y yo seguía relegado a un segundo lugar. Continué aprendiendo sin dejar de ver la meta que me había prometido alcanzar: ser arquero de la Selección Colombia de Mayores.

Para ese año, el Deportivo Cali decidió que lo mejor era cederme a préstamo al Deportes Quindío, la intención era que tuviera más oportunidad de tapar. A los 20 años un arquero debe acumular muchos minutos debajo de los tres palos y para mí aquella era una buena oportunidad, aunque para muchos era ver una ruta desviada: salía del Atlético Nacional, regresaba al Cali y ahora llegaba al Quindío. Pero para mí no era así. Creo que a quienes no nos detienen los retos esas situaciones representan una manera de oportunidad. Irme al Quindío era demostrar de qué estaba hecho. Mi familia fue un gran apoyo en esos momentos: mi padre, un hombre de posturas inquebrantables, pero de una humildad y afabilidad insuperables, siempre me sirvió de ejemplo. Nunca nos dejó ver que una situación fuera superior a nosotros mismos, a nuestros valores y principios. Constantemente recalaba que debíamos aprender a leer las situaciones y adueñarnos de ellas hasta hacerlas actuar a nuestro favor.

Ese año, entonces, hice lo que había planeado en mi día a día: me levantaba muy

temprano y siempre le daba gran importancia a mi preparación. Quería ser el diferente del equipo, el primero en físico, el primero en llegar a los entrenamientos y el último en salir. Esa nueva actitud se empezó a ver reflejada en los resultados que obteníamos. Sin embargo, recuerdo que en algún momento llamé a **Iván René Valenciano**, quien estaba en el Junior de Barranquilla, para ver cómo veía la situación allá. Le pregunté si había alguna posibilidad para mí. Iván René, con la sinceridad que lo caracteriza, me dijo: “La verdad es que si a René no le da ni gripa, a **José María Pazo** no lo pica un zancudo. Está firme y con las directivas anda muy bien. Así que por acá difícil, Óscar”.

Siempre he pensado que cuando te propones algo no lo debes abandonar, y creo que el Deportes Quindío me abrió las puertas y me dio la confianza para afianzarme. En ese equipo pequeño logré un desempeño que fue más que suficiente para que me convocaran a la selección Colombia, con la que disputé el Mundial Juvenil en Arabia Saudita. Y así también me traería una de las cosas más valiosas que me ha dejado el fútbol: jugando en Arabia Saudita fue que comenzó mi amistad con **Jorge Bermúdez, “el Patrón”**, con quien la vida me permitiría lograr grandes triunfos y vivencias que más adelante contaré. Todo era ganancia.

Ya en 1991, luego de haber tenido una muy buena temporada con el Quindío y de tener buenas presentaciones con la Selección Colombia Juvenil, llegó esa oportunidad que había estado esperando desde mi salida de Nacional, pero esta vez la cosa era muy en serio. Se asomaría un equipo con un nombre en mayúsculas, protagonista permanente del fútbol colombiano y, sobre todo, con una carga mediática que seguro me podría poner en el ojo del técnico de la Selección Colombia. A mi puerta tocaba Millonarios, el equipo con más títulos del fútbol colombiano, el equipo de la capital, ese al que siempre le quiere uno ganar, pero que siempre se plantaba en la cancha con grandes nóminas que se ganaban el respeto de cualquier rival. Así, del Deportivo Cali, que seguía teniendo mis derechos, me notificaron que debía irme para Bogotá.

Llegué a Millonarios para el primer semestre de 1991. Fueron seis meses con altibajos, pero eso es común en el inicio de cualquier equipo al que se llega por primera vez. Recuerdo que me encontré con una nómina de grandes nombres que serían grabados en la memoria histórica del club: “**el Guajiro**” **Iguarán**, “**el Pájaro**” **Juárez**, **Carlos “la Gambeta” Estrada**, **Carlos Rendón “el Sanjuanino”** y **Mario Vanemerak**, me quedan faltando varios grandes por mencionar. Para empezar 1992, Millonarios, a manera de pretemporada, venía de ganarle a Emelec, en Ecuador, la Copa del Pacífico en la tanda de penaltis. El próximo partido importante a la vista era un esperado clásico en El Campín. Mientras tanto, el rival de patio, Santa Fe, venía de perder sus dos encuentros anteriores contra el Barcelona de Ecuador con goleadas en Guayaquil y en Bogotá 4-3 y 4-1 respectivamente. En otras palabras, las expectativas eran cualquier cosa menos lo que ocurriría en el encuentro.

Así pues, llegó el tan esperado clásico, aquel domingo 23 de febrero de 1992. Sabíamos que sería un partido intenso y lleno de oportunidades para cada equipo, un encuentro de fútbol recio y dotado de buenas jugadas y atajadas de los porteros, digno de un clásico capitalino. Y lo digo porque si en Millonarios teníamos nómina, en Santa Fe

no se quedaban atrás. Así, era esperado que llegaran los goles. Y llegaron por una cantidad desproporcionada que, desafortunadamente, terminaron siendo más en mi arco que en el del rival. Los artífices de aquella fusilada fueron **Adolfo “el Tren” Valencia** y el debutante argentino **Daniel Tilger** —quien celebró en tres ocasiones aquel día—. Fue una tarde negra para Millonarios y, tras el pitazo final, ese primer clásico del año en Bogotá pasaría a la historia del fútbol capitalino como el 7-3. Fue una de las peores descalabradas del club en su historia y, para mí, se convirtió en la goleada más abultada que sufrí en toda mi carrera. La indignación se apoderó del cuerpo directivo y no se hizo esperar la furia de **Guillermo Gómez**, dueño del equipo, que me dijo que era una vergüenza. Yo, consciente de la derrota, pero también de que había jugado bien y de que ninguno de los goles había sido mío, intervine en mi defensa:

—Yo soy el que va a quedar marcado en la historia como el arquero que se comió cada uno de esos siete goles; pero, disculpe, yo no me equivoqué —le dije.

—Pues mientras yo esté aquí, usted no vuelve a tapar —me respondió.

Sin ponerlo una vez en duda, cumplió su palabra. Desde ese momento me sacaron del arco. Había perdido mi lugar después de tanto esperarlo, pero lo que más me preocupaba era que los goles en contra no eran exactamente la mejor carta de presentación con el ahora técnico de la Selección Colombia de Mayores: Francisco Maturana. Al salir de la cancha me espantaba un poco la idea de cómo iba a enfrentar al profesor Maturana para demostrar que yo podía ser el arquero de su selección. Me imaginé que me preguntaba:

—A ver, Óscar, ¿qué tienes para mostrarme? ¿Qué has logrado hasta ahora?

—Ah, claro, profe: 7 a 3 contra Santa Fe en el clásico bogotano. —¿Te hicieron tres goles y consideras que eso es bueno?

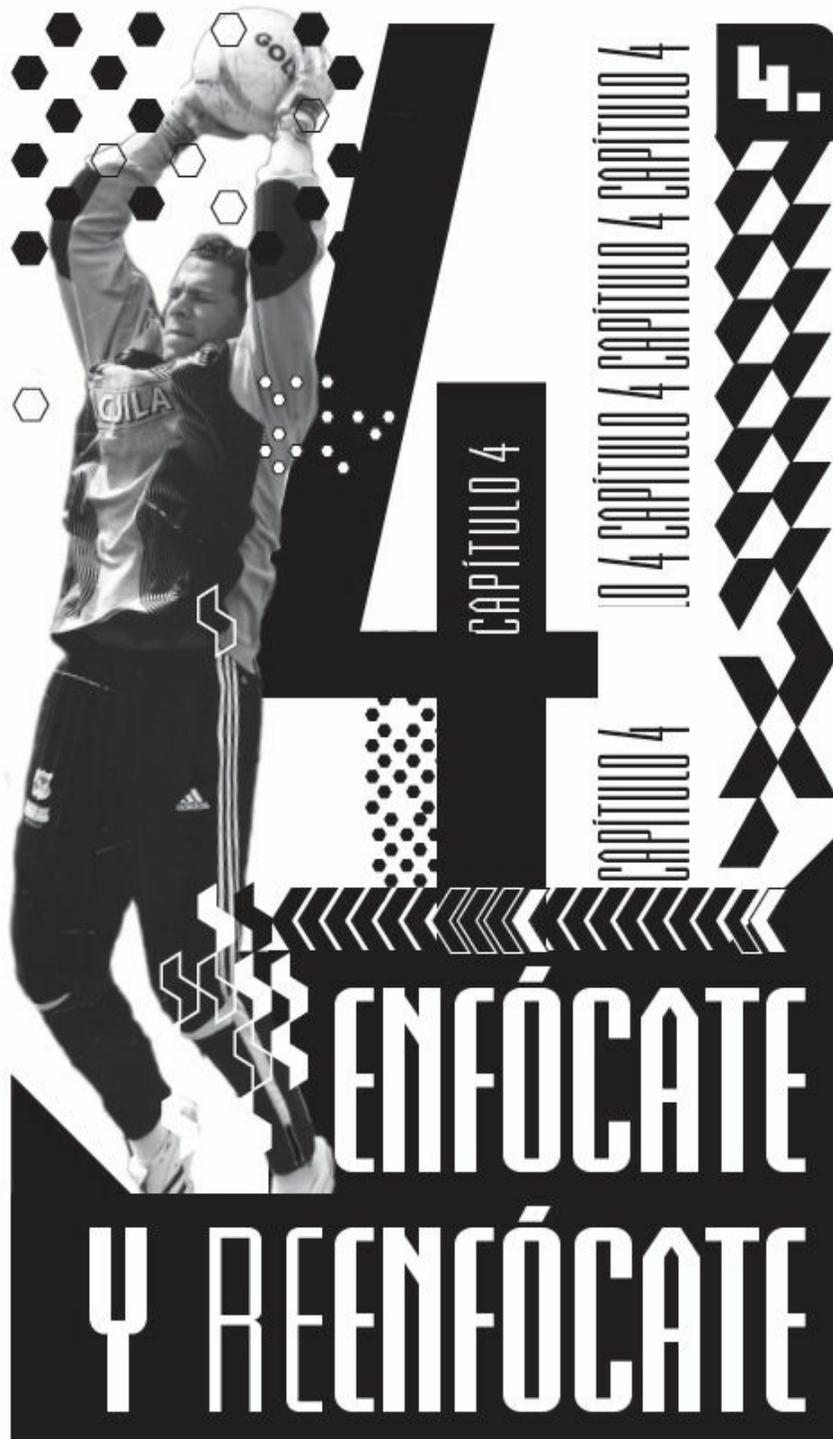
—No, profe. Realmente me hicieron siete.

Era absurdo. Parecía que el sueño se me iba diluyendo. Yo solo quería llegar a la selección de mayores, pero una sombra gigante parecía ponerse sobre mi carrera. Hoy en día, en mis conferencias, cuando todos los asistentes me bromean con el 7 a 3 —porque nunca falta la persona que diligentemente recuerda ese partido: siempre hay alguien—, pregunto: “¿Y quiénes eran los defensas de ese equipo?”. Nadie lo recuerda. Ni del técnico se acuerdan. Podría decir sin temor a equivocarme que entre las más de 10.000 personas que han presenciado mis charlas solo me he encontrado con cinco asistentes que han logrado darme un solo nombre. De hecho, no los diré yo tampoco porque no se trata de buscar culpables: no es la idea y, además, pasó hace mucho. Creo que, por el contrario, es lo mejor y lo más indicado entender que aquel 7-3 fue resultado de las grandes virtudes de jugadores como el Tren Valencia y Tilger. Se trataba entonces de mirarme al espejo del baño y decir: “Si estás buscando a esa persona que cambiará tu vida, abre los ojos y mira al espejo, ahí encontrarás la respuesta”.

Esto me lo repetí muchas veces en los días que siguieron. Obviamente, la prensa me dio con todo lo que tenía hasta un punto inquisidor, casi fulminante, aniquilador con declaraciones, por ejemplo, de un periodista impiadoso —que aún ejerce con la misma sevicia— que dijo en aquel momento: “Ese tal Óscar no es más que un portero de

pipiripao”. La lluvia de comentarios destructivos continuó hasta que Guillermo Gómez, sin mediar palabra alguna, simplemente dio una orden: el contrato con Óscar Córdoba se acaba. Así —y lo digo en broma— me hicieron entrega oficial del pitillo de los fusilados para que me preparara a chupar banca. Esa página de la historia de Millonarios se la debían cobrar a alguien y el primero de esa fila era yo. Y así lo asumí.





## 4

# ENFÓCATE Y REENFÓCATE

Había pasado un trago amargo. Tuve en las manos una oportunidad que esperaba y, por acciones mías, acciones ajenas, circunstancias a mi alcance y fuera de él, mi paso por uno de los equipos más importantes de Colombia no había sido el mejor. Como era de esperarse, hubo consecuencias. Era diciembre de 1992 y mis sospechas no fueron desacertadas. Antes de finalizar el torneo, en el que Millonarios terminó de sexto en la tabla de posiciones, ya tenía en las manos la carta en la que me agradecían por ser parte del equipo, por haber hecho el trabajo que había hecho, pero que hasta ahí los acompañaba. Era de esperarse: ya no seguiría siendo parte del club después de aquella fatídica campaña.

Millonarios le dijo al Cali que muchas gracias, que muy querido, pero que ahí le regreso a Óscar Córdoba, que es un gran ser humano, es buen padre, excelente amigo, pero como arquero, la verdad... que la Virgen lo acompañe. Por supuesto lo digo en broma, pero en aquel momento eran días realmente difíciles de atravesar. Estaba por cumplir 23 años y la pretemporada del torneo de 1993 iba a empezar. Durante mi paso por Millonarios habían sonado tentativas de ofertas para equipos como el Monterrey de México, obviamente antes del 7 a 3. No digo que bajo esa premisa esperara algo de ese calibre, pero lo que quiero decir es que para ese momento mi desempeño ya había sido contemplado en equipos internacionales de esa categoría. Sin embargo parecía que todo eso había sido borrado. No teniendo más que hacer en Bogotá volví a mi ciudad natal después de haber chupado banca de una manera que no me esperaba. Ahí, además de pasar vacaciones de fin de año, debía esperar qué sería de mí.

El Deportivo Cali, a su vez y por tercera ocasión, no tenía mayores intenciones de meterme en sus planes para la cancha; en cambio sí tenía un gran interés por un jugador del Once Philips, equipo de Manizales que muchos años después sería el grandioso Once Caldas, campeón de América. Pero para aquel momento estaba lejos de ser ese equipo que conquistaría los títulos internacionales. Así las cosas, el Cali procedió a negociar y le propuso al Once Philips que a cambio de ese jugador de su interés le daba a Martín Zapata, a Martín Caicedo, al Banano Murillo, al Miguelón Asprilla y le encimaba al arquero titular de pipiripao Óscar Córdoba. Con todo y eso, no parecía un negocio favorable para el Once Philips —claro está, por mi presencia— y, si soy sincero, creo que hasta dinero tuvo que poner el Deportivo Cali para poder hacer una oferta atractiva muy a mi pesar. El Deportivo Cali había arrojado sus cartas y cualquiera que fuera el futuro que había decidido para mí, a pesar de mi desempeño, yo debía estar tranquilo:

más que lamentarme por mi salida de Millonarios. Ahora debía estar abierto a recibir con toda disposición lo que viniera. Y lo que vendría sería uno de los aprendizajes más vertiginosos que haya tenido dentro del fútbol.

Cuando llegué a la reunión en la que se decidiría mi siguiente paso no hubo mayor tramitología. Ya estaba decidido y me informaron de la noticia: a partir de aquel momento Óscar Córdoba empezaría a ser arquero del... Once Philips.

El On-ce Phi-lips. Para los entendidos y para los que no, lo voy a explicar. Para 1993, en sus 45 años de trayectoria, el Once Philips solo contaba en su haber con un campeonato dentro del fútbol profesional colombiano que había obtenido en 1952. Por lo demás, en los últimos veinte años lo más lejos que había llegado era un sexto lugar en 1986. En otras palabras, pasaba de ser arquero de uno de los equipos duros del país a ser el arquero de un equipo modesto que durante mucho tiempo no había logrado pasar de la mitad de la tabla. Así descrito, no suena a algo muy alentador. No suena a un paso coherente para un arquero que quiere llegar a lo mejor del fútbol de Colombia. Pude haberme quejado, pude haberme lamentado. Pero no lo hice.

Así, y de la nada, el Once Philips terminó siendo un equipo conformado por jugadores muy jóvenes y con muchas ganas, que no eran lo más conveniente para sus equipos de origen. Mejor dicho, éramos el equipo de los descartados. Pero es bien sabido que la cometa se eleva más alto en contra del viento, no a su favor, como dijo sabiamente Winston Churchill. Había unas ganas superiores de demostrar que esos sobrantes éramos en realidad jugadores de primera línea. Así integramos un lindo equipo, lleno de soñadores con ganas y capacidades increíbles. Recuerdo que un día uno de mis compañeros me dijo: “No sé, Óscar, para qué nos ponemos a entrenar así si siempre llegamos a las etapas finales, perdemos y quedamos en la mitad de la tabla”. Eso me llegó al alma y pensé que nunca quería que me saliera de la boca una afirmación como esa. Yo tenía que estar hecho para cosas más grandes.

Para muchos, llegar al Once Philips, pudo verse como el castigo por lo sucedido con Millonarios, como esos momentos en los que tus jefes te dicen “lo vamos a cambiar de área” y te mandan para la más difícil, pequeña o quizás con menores resultados, o como decían los abuelos: te mandaron al cuarto de san Alejo, del olvido. Pues acá debo decir que nunca hay enemigo pequeño, que cuando Dios y la vida nos tienen para grandes cosas también depende de nosotros que hagamos carrera para ser grandes, que pensemos en grande, que actuemos como grandes. Por otro lado, a esa edad, aunque ya con cierta trayectoria, yo era un arquero que estaba jugándosela. O sea que, en otras palabras, no me importaba medirme a lo que fuera. De no ser por esa actitud, que con el tiempo sería igual, pero un poco más moderada, me hubiera perdido aquella oportunidad en la que el fútbol me permitió conocer una de las lecciones que más me han aportado en mi carrera y, por supuesto, que puede ayudar a cualquiera a avanzar en su camino para atrapar la felicidad. Es sencilla, metódica, casi infalible y muy fácil de recordar. Anótalo y tenlo siempre presente: todo es cuestión de enfoque. Sí. Simplemente, en la vida, hay situaciones en las que todo depende del enfoque y el reenfoque con el que se miren las cosas. Así me lo demostró mi experiencia en el Once Philips.

Un método que adopté desde muy joven para lograr las metas que me proponía era plantear mi objetivo para que fuera realmente mi principal deseo y realización. Lo pensaba de tal manera que me emocionara pensar en él, por ejemplo, decía: “Quiero ser el arquero de la Selección Colombia en menos de cinco años, estar debajo de los tres palos y sacarles sus mejores disparos a los delanteros de Argentina, sin dejarlos vencer mi valla y terminar celebrando una victoria apabullante”. Obviamente acá lo he adaptado a un ejemplo que sucedería en la vida real, pero quiero que hagas el ejercicio por mí a ver si al leer este objetivo realmente no sonaba gigante y emocionante de lograr. Así debe ser como se fijan las metas, como se hacen medibles, poniéndoles un tiempo para emprender la acción necesaria y llegar a ellas. En ese orden de ideas, esa realización tiene, por supuesto, un desarrollo que quiero explicar a continuación.

Lo primero que hay que saber sobre cómo enfocarse en algunas circunstancias empieza por la manera en que se toman las cosas. Por ejemplo, en aquel momento en el que me notificaron que no iría a un equipo internacional, o que no seguiría en uno de los equipos líderes del torneo colombiano, pude tomarme las cosas desde el lado medio vacío, pero lo tomé por el lado amable y decidí ver las oportunidades que ese cambio implicaba para mí. Para empezar, aunque no lo había entendido en aquel momento del todo, con el tiempo el fútbol me enseñó que puedes recibir sin dramas esos tipos de cambios, sea el que sea, porque debía tener en cuenta circunstancias como, por decir algo, que para 1993 en Colombia solo había 16 empresas dedicadas al fútbol profesional, lo que quiere decir que ya el hecho de ser considerado como arquero, que a su vez es una de las posiciones con menos demanda, es de entrada una ganancia. No sé cómo sea específicamente en otros gremios, pero para hacerse a una idea, es como si fueras profesor y solo hubiera 16 colegios en el país en el que puedes enseñar, o eres médico y únicamente hay 16 hospitales en el país donde puedes ejercer.

Por otro lado, cuando compites en una profesión tan específica como ser arquero profesional la palabra “desagradable” no existe. No hay que dar lugar a preguntas como ¿por qué escogen a este y a mí no? ¿Por qué debo ir a este equipo y no a aquel? En esos casos la respuesta es muy sencilla: si estás enfocado en tu meta, sabes que debes hacer lo correcto en el momento correcto y en el lugar correcto, entonces seguro lo vas a alcanzar. Pero si estás fuera del foco de tu meta y te la pasas pensando en qué es lo que no sabes o no puedes hacer o quizás todo el tiempo estás pensando en que eso no lo debes hacer, simplemente estás poniendo tu atención en lo que sientes que no puedes hacer. En este escenario te digo que así estés en el lugar y en el momento adecuado, cuando le preguntes a tu mente “¿pero por qué no puedo hacerlo? ¿Por qué no lo logro?”, te va a responder “pues porque es lo que te mereces, tonto”. Si escogieron a otro, seguramente es porque sus méritos así se lo permitieron, entonces debes proponerte cosas como trabajar duro para ser igual o mejor que ese compañero. Siempre es buena herramienta tener referentes de otros, de grandes que sí han logrado lo que tú quieres y si aún te falta algo de fuerza para alcanzarlo, pues invita a alguien a caminar en ese mismo objetivo, que así al menos por pena vas a trabajar más hasta alcanzar tu propia meta.

Por otra parte, si mi siguiente paso no es el equipo que, en una lógica de ascenso

personal, no representa lo que comúnmente se consideraría un avance, hay que saber que eso no implica necesariamente un golpe: debes pensar que, sea el lugar que sea, allí debes hacer tu mejor trabajo porque seguramente si lo haces bien de ahí algo bueno sacarás. He usado en mi vida una frase tomada de alguna lectura que en concentraciones solía hacer, los buenos resultados son producto del talento y el talento solo representa el 1 % de todo. El otro 99 % es trabajo y si a eso le sumamos también lo que menciona Tony Robbins en sus intervenciones, que el 80 % depende de tu psicología y el 20 % de tu acción, podemos pensar que para que todo nos salga bien debemos hacer tres cosas: ponerle foco a la meta, mantener la firme convicción de que eres capaz y trabajar por ello como si fuera el último día de tu vida.

En tercer lugar, para que el enfoque que se les da a las cosas sea algo efectivo, nunca debes ponerte en una situación de lástima propia. No debes autocompadecerte. Hay que hacer a un lado frases o actitudes sobre uno mismo como “Ay, pobre de mí... pobrecito Osquitar”. Por más que te equivoques no puedes quedarte en la equivocación. En lo que debes concentrarte es en pensar qué se puede hacer para solucionar el error cometido, ver qué tienes a la mano, saber qué te sirve, con qué cuentas y con qué no, analizar qué puedes hacer con eso y ahí sí pensar en cómo imponerte, cómo avanzar. Y así lo hice: no podía quedarme en lo que hubiera sido y no fue. El “hubiera” es algo que no contemplé y que, recomiendo de una vez, no se debe considerar. “Y si me hubiera tirado a la izquierda y no a la derecha...”. No: lo hecho, hecho está. No puedes quedarte en el “si hubiese...” porque ya algo hiciste. En vez de eso debes concentrarte en saber cómo sobreponerte a esa situación que fue equivocada en ese momento. Tomar enfoque es, en principio, tu disposición y habilidad para poder sobreponerte y saber dirigirte hacia lo que quieres.

En el camino que lleva a tu felicidad, por supuesto, se presentarán obstáculos y distractores: un buen negocio, un mal negocio, una buena jugada, una mala jugada... Esto me lleva, entonces, a mencionar una última consideración que se debe tener en cuenta y que es muy importante: siempre recordar cuál es tu objetivo y por qué o para qué te encuentras en el lugar en el que estás. Mi propósito en 1993 ya había tomado un nuevo enfoque y era, desde algunos años atrás, ser el mejor arquero de Colombia. Eso se convirtió en el centro gravitacional de mi profesión. Sí: ser arquero, pero no cualquiera. Ser el mejor. A mí no me importaba de dónde me llamaran, si me pedían colaborar con uno u otro equipo, con tal de que eso no tuviera que ser un desvío de mi objetivo, que ya estaba enfocado. Y lo mismo aplica para cualquier profesión, para cualquier rol en la vida. Digamos, por ejemplo: decidiste y quisiste ser ingeniero y ya lo lograste, entonces ¿qué ingeniero quiero llegar a ser? O decidiste y quisiste formar tu propia familia y ya lo has logrado, pero debes preguntarte ¿cómo quiero que llegue a ser mi familia? Las respuestas a esas preguntas serán tu enfoque.

Con todo lo anterior, lo que quiero dar a entender en este punto es que a las situaciones que se nos presentan como inoportunas o que en algún momento nos dejan como en medio de un limbo se les puede dar un giro a tu favor gracias al sentido que les des. Entonces, enfocando así las cosas, no dudé, no protesté, no me lamenté.

Simplemente me dije “manos a la obra” y a la siguiente semana ya estaba en Manizales.

Debuté con el Once Philips el 7 de febrero en un partido contra el Envigado que terminó 1 a 1. Empezamos modestamente y, por fin, de nuevo en la cancha, tenía la oportunidad de volver a encarrilar mi carrera como lo había pensado. Una vez ahí, lo que venía para mí era entender qué es lo que me podía llevar a ser el mejor arquero de Colombia. Y eso se resolvía con una pregunta sencilla que, me imagino, tú también te lo preguntas: ¿qué puede hacer a un arquero el mejor de su país independientemente del equipo en el que se encuentre? Lo voy a contar.

Fundamentalmente, como lo imaginarás bien, el enfoque de un arquero es atajar goles. Es, básicamente, el sentido de su trabajo. Si evitas goles eso te convierte en un buen portero. Sin embargo, lo que te hace un gran arquero es tu capacidad de ser un organizador del juego en la cancha. Es decir, en la práctica, es mucho más que atajar jugadas. Un arquero debe ser ese jugador indispensable que marca la estrategia desde atrás y para eso debe estar enfocado en dos cosas principalmente: primero, estar pendiente del partido como un todo, al fin y al cabo es el único jugador de la cancha que siempre tiene de frente a los dos equipos y, segundo, estar concentrado en alcanzar el objetivo final, que es dejar tu arco en ceros. Por la posición en que se encuentra, tiene la posibilidad de tener una perspectiva completa de lo que está pasando en el campo y debe contar con la suficiente astucia, inteligencia, atención, habilidad y confianza para visualizar las estrategias que pueden llevar al equipo a la victoria o que pueden ayudarlo a defenderse correctamente. No obstante, hay varios factores que inciden para que eso sea completamente efectivo, como por ejemplo el estadio en el que estés: no es lo mismo coordinar una estrategia de ataque en una cancha como la del Azteca, donde la cercanía y la inmensidad de las tribunas crea una acústica tan potente que impide que tu compañero te escuche, aunque estén a solo cinco metros el uno del otro. Como eso no puede ser una excusa, el director técnico, el arquero y el equipo deben crear una manera efectiva que ayude a que en esas condiciones puedan comunicarse o entenderse. También hay otros elementos muy importantes que tienen que ver precisamente con la empatía del arquero con el resto del grupo. Eso se logra, en gran parte, ganándote la confianza, el aprecio y, especialmente, cierta forma de autoridad que te otorgan tus compañeros. Dominarlo es una cuestión de practicar y jugar muchas veces, tener muchos partidos y experiencias acumuladas.

Pues bien, para el momento en el que ya hacía parte de Once Caldas mi desempeño como arquero se había basado prácticamente en atajar tiros. Ser un organizador del juego no era algo que hubiera practicado con amplitud y destreza, no porque no tuviera un recorrido considerable, sino porque, en su mayoría, los últimos equipos en los que había jugado eran clubes grandes que lideraban el torneo nacional y estaban conformados por futbolistas de talla mayor con trayectorias que me sacaban años de ventaja y experiencia. Y en esa medida, yo solo era un pelado, una especie de aprendiz: el muchacho que sabía tapar goles. Eso no estaba mal, pero era necesario dar el siguiente paso. Es cuestión de tiempo y maduración llegar a ser un arquero organizador, y en un equipo grande, lleno de figuras, en el que eres el novato, es mucho más duro que los peces grandes te tomen

en cuenta y te hagan caso. En resumen, mi trayectoria solo había logrado ser la de un pelado que tapaba bien y protegía el arco de *cracks* como “Coroncoro” Perea, Andrés Escobar, Alexis García, Wilmer Cabrera o “el Chonto” Herrera. Aún no había llegado a ser un domador de esos tigres.

Esa importantísima parte que me hacía falta para ser el mejor arquero de Colombia podía llegar a ser practicada hasta la destreza total en un equipo modesto como el Once Caldas. Todos en la nómina éramos jugadores de un mismo nivel o, mejor dicho, de una misma trayectoria, lo cual permitía de entrada que mis sugerencias en la cancha fueran acatadas sin lío. Había una sincronía que avanzaba de a poco, típica de los equipos en los que los jugadores se reconocen a todos entre sí como iguales, en los que nadie es más que los otros.

Gracias a eso, gracias a Dios y gracias al gran trabajo de un gran líder como **Carlos “el Piscis” Restrepo**, en ese primer semestre ganamos el punto de bonificación al encopetado Junior de Barranquilla, al que, en un reñido partido, logramos vencer por 3 a 2. Pero no me puedo quedar sin mencionar algunos de los integrantes de esa gran nómina del Junior, ya que para quien lee quedamos mejor parados si recuerdo a quienes nos encontramos en la cancha: para empezar, el portero José María Pazo, contendor directo pensando en la selección. Le seguían **Alexis Mendoza**, **Luis Carlos Perea**, **Ronald Valderrama**, **Bolañito**, **el Nene “Mackenzie”**, **Víctor Pachequito**, **“el Niche” Guerrero** e Iván René “el Bombardero” Valenciano. Ah, y se me olvidaba: el capitán de ese grupito era un tal **Carlos “el Pibe” Valderrama**. Y encima lo dirigía el gran **Julio Comesaña**. Ganar era un reto gigantesco, pero además significaba ganar el punto de bonificación que nos ponía en ventaja sobre los demás en el segundo semestre, y si se le mira por otro lado, ganar ese primer semestre en aquel momento equivaldría a lo que hoy es ser campeón del primer torneo del año. Recuerdo que cuando iniciamos los entrenamientos me di cuenta de lo similar que paraba y dirigía los equipos el Piscis a lo que hacía el profesor Maturana en la Selección Colombia de Mayores. Esto me hacía pensar que posiblemente Maturana voltaría a ver a algunos de los integrantes del equipo ahora que éramos “campeones” y estaba seguro de que con las buenas actuaciones que tuve podría ser tenido en cuenta en esa nueva convocatoria a la selección.

Esta vez no me equivocaba. Con ese primer semestre, además de tener la satisfacción de ganarles el punto de bonificación a equipos tan duros como Nacional, Millonarios, Santa Fe —con el que tuvimos los partidos más guerreados de aquella temporada— y Junior, que en ese año fue campeón, vino también un aprendizaje que no había logrado y, encima, parecía que ese trabajo era realmente visible entre todo el torneo, además se notaba. Lo digo porque, en muy poco tiempo, llegó la buena noticia que parecía estar lejos: la Selección Colombia quería tenerme en el próximo partido amistoso contra Estados Unidos previo a las eliminatorias para el Mundial de 1994.

En otras palabras, lo había logrado. De ser un arquero que simplemente tapaba y solo era tomado en cuenta para eso, pasé a ser considerado con un digno defensor del arco de la selección de mi país. Así fue como el 8 de mayo de 1993, ante Estados Unidos en Miami, pude disputar por primera vez un partido con la Selección Colombia de Mayores.

O sea que enfocarse funcionaba.

Una vez en ese lugar determinado y específico que has alcanzado hay una faceta que debes tener en cuenta, enfocarse es también mantener el rumbo. No porque hayamos logrado algo entonces vamos a descargar las cosas que nos ayudaron a llegar hasta ahí. Todo lo contrario, en ese momento debes mantener más que nunca tu enfoque para no echar a perder las cosas. En mi caso, por ejemplo, que era llamado de un equipo modesto para ser el arquero de la selección, debía demostrar ya en el juego por qué sí merecía un lugar tan importante como aquel.

Esto me permite hablar de algo muy importante. Digamos que ya has hecho todo bien: encontraste tu enfoque, has trabajado con base en él, te has direccionado, has obtenido unos resultados, has solucionado tus equivocaciones, te sobrepusiste a ellas, te volviste a encaminar. ¿Hay algo que debas tener en cuenta para no perder ese enfoque tan bien logrado?... Sí: las distracciones. Siempre y en casi todo momento las encontrarás. Muchas veces sucede que cedemos a ciertas concesiones por el simple hecho de que hemos pasado tanto tiempo enfocados que nos decimos a nosotros mismos “por qué no relajarse un poco, ceder un poco, darse tiempo para otras cosas” ... Ahí está el inicio de una bola de nieve que puede llevarte a perder el rumbo por completo.

En la manera en la que está armado el fútbol, realmente los distractores son un poco más banales que en el resto de las profesiones, pero conducen prácticamente a lo mismo. Por ejemplo: las mujeres que aparecen por ahí, comprarse el último carro que acaba de lanzarse o estar en una rumba hasta las seis de la mañana cuando inicialmente el plan iba hasta la medianoche... Pueden parecer cosas menores, pero te llevan a situaciones como llegar cada vez más tarde, dedicar más tiempo y mente a estar sintonizado con la moda que con tu propio trabajo. Cuando un futbolista llega a un punto del profesionalismo en el que todo funciona para que solo piense en fútbol y las demás cosas básicas de la vida están satisfechas, empieza a vivir en una burbuja. Y ahí mismo, dentro de esa burbuja, empiezan a presentarse esas pequeñas situaciones que, si les das oportunidad, te llevan a desviarte de tu camino. Y lo hacen tan disimuladamente que, cuando menos piensas, llegas a un momento en el que te das cuenta de que lo que querías, lo que planeaste, no salió como esperabas, aunque dependía de ti. Y no salió como esperabas porque simplemente pasaste mucho tiempo haciendo todo tipo de cosas menos las que tenías que hacer: es decir, te desenfocaste.

Es por eso que mi recomendación principal es que te recuerdes a ti mismo todo el tiempo cuál es tu enfoque para que empieces a ver la cosas siempre bajo ese filtro. Se trata de darle una luz guía que puede ser esa alarma que se enciende en tu cabeza cada vez que se te atraviesa una distracción. Y eso, en otras palabras, se traduce a una necesidad: mejorar. Enfocarse es, principalmente, hacer todas las cosas bajo el estricto sentido de mejorar. Si te quedas en la fiesta hasta las tres de la mañana, trasnochas. Si trasnochas, no descansas bien. Si no descansas bien, ¿cómo vas a desempeñarte al día siguiente en el entrenamiento? Y si lo repites una y otra vez, ¿cómo crees que será tu desempeño el día del partido que es decisivo? Así funcionan las distracciones: sutilmente te van sacando de tu rumbo de a poco hasta que un día estás fuera de foco. Puedes

reenfocarte, como ya lo dije al inicio de este capítulo, pero eso implica, muchas veces, volver a empezar.

Así entonces, una vez convocado por fin a la Selección de Mayores para un amistoso no me relajé. Relajarme era, potencialmente, una manera de desenfocarme. Hice todo lo contrario: me preparé con más entusiasmo en los entrenamientos y en los partidos. Aunque fuera un amistoso y no un encuentro de trascendencia mayor, para mí era decisivo. Ya había pasado por la experiencia de estar en el arco defendiendo los colores de mi país, en equipos juveniles, por ejemplo; entonces ya contaba con que sabía qué era pasar por esa presión y no me abrumaba. Sin embargo, no siempre se llama a un arquero de un equipo de mitad de tabla para la selección de su país. Entonces aquel amistoso era el momento de demostrar por qué debía estar en ese lugar.

Una vez en la concentración hice lo que había aprendido gracias al enfoque que trabajé en el Once Caldas. Empecé a comportarme como un organizador del equipo. Y eso es, en primera instancia, lo que se aprecia de un arquero: ver que su conexión con el resto del grupo es fluida. Ya en la cancha eso se tradujo en una buena comunicación que, aquel día, el 8 de mayo de 1993, nos dio la victoria 2 a 1. En mi caso lo había hecho bien. Tapé bien. Pero eso ya era lo mínimo de esperarse. Mi mayor ganancia fue demostrar que era un arquero al que sus compañeros podían tenerle el suficiente aprecio y respeto para ver en él a una figura con cierta autoridad, cierta seriedad y confianza que podía organizar el juego, aunque solo fuera un pelado de 23 años.

Para la siguiente fecha de la selección ya no era llamado para medirme el aceite. Mi siguiente misión sería ser el arquero de la Selección Colombia en la Copa América de Ecuador. Ser el respaldo que podía estar a la altura de un grande como René Higuita, con quien podría encontrarme de nuevo, pero esta vez en condiciones un poco más iguales.

Enfocarse —y reenfocarse— es por lo general un proceso que te ayuda a mejorar en proporciones abismales. Yo había aprovechado mi posición en un equipo modesto como el Once Caldas para hacerlo. Hay pasos en la vida que no parecen ser el lugar ideal al que aspirábamos llegar inicialmente, pero eso no quiere decir que desde ahí no podamos hacer lo que nos gusta o nos llena de emoción, mucho menos que impida que algún día lleguemos a la cima que queremos alcanzar. Si estamos en un lugar en el que nos tocó estar, lo mejor es dar ese paso con firmeza, sin escatimar esfuerzos, como si ese fuera también nuestro lugar soñado. Concentrarte en lo que eres sin importar donde estés: eso es enfocarse.

Así lo hice. En menos de cuatro meses ocupaba uno de los lugares más disputados por los grandes arqueros del país. Ya no era Osquitar, el pelado talentoso que tapaba bien. Era Óscar Córdoba, el arquero de la Selección Colombia, que sería favorita para el Mundial de 1994.



CAPÍTULO 5

**TODOS ES POSIBLE :  
RODÉATE BIEN**

## 5

# TODO ES POSIBLE: RODÉATE BIEN

Como su nombre lo indica, una selección nacional es lo más selecto de lo selecto de un deporte o cualquier disciplina de un país. En el caso del fútbol colombiano, aunque no es necesario que sea yo quien lo diga, 1993 fue uno de los años más gloriosos en su historia. Haciendo a un lado cualquier ego, ahí estaba yo. Y como recordar es vivir, y sé que a cualquier aficionado a nuestro fútbol no le molesta, recordaré ese grupo dorado. Entona la voz y enuméralos. Éramos:

Alexis Mendoza, Wilson Pérez, Diego León Osorio, Adolfo “el Tren” Valencia, Luis Carlos “Coroncoro” Perea, Gabriel Jaime “Barrabás” Gómez, Harold Lozano, Víctor Hugo Aristizábal, Leonel Álvarez, Freddy Rincón, Alexis García, Orlando Maturana, Luis Fernando “Chonto” Herrera, Carlos “el Pibe” Valderrama, Faustino Asprilla, Iván René Valenciano y nuestro gran director técnico, el maestro Francisco Maturana.

Comenzamos aquel año mítico e inesperado con el primer gran reto que se nos venía: la Copa América de Ecuador 1993. En el grupo C nos tocó con Argentina, México y Bolivia. Ya me había ganado la titularidad y aquella era mi primera participación en una Copa América, o sea que, como era de esperarse, también me la estaba jugando. No solo se trataba de representar al país, también sería el inicio de un año que prometía mucho trabajo con la selección y mi permanencia dependía de mi desempeño en esa primera fase. Como muchos lo recordarán, debutamos contra México el 16 de junio en el estadio de Machala. Los aztecas fueron una total y gran sorpresa porque era la primera vez que participaban en el certamen y, aunque nadie lo imaginaba, se convertirían en uno de los equipos más duros de esa edición, tanto que fueron subcampeones.

El duelo empezó con un primer tiempo reñido hasta que sacamos la ventaja en el minuto 35 cuando “el Chonto” Herrera rechazó una jugada e hizo un pase largo que mandó la pelota hasta el área del rival, Víctor Hugo Aristizábal la levantó y todo terminó con una aparición del “Tren” Valencia, quien remató y metió el balón en el arco de Jorge Campos. Luego, en el minuto 57, vinieron ellos: Benjamín Galindo cobró un tiro libre con un derechazo potente que mandó la pelota directo a mi cara, rechacé con los brazos y el balón me cayó justo a los pies, donde también estaba esperando Luis Roberto Alves “Zague”, en medio del descontrol pateó levemente y metió el balón. El encuentro siguió empatado, y como en pocas ocasiones se ha visto, se fue la luz en el estadio en el minuto 72, por lo cual tuvieron que detener el encuentro durante casi 20 minutos. En esa inesperada oportunidad, en medio de la oscuridad del estadio, le dije a Diego León Osorio: “Güevón, sálvame la vida”. México venía dominando y yo no quería terminar

con dos goles en el arco en mi debut. Así que recurrí a mi buen amigo Osorio y llegamos a un acuerdo: si ayudaba a hacer un siguiente gol le daba la mitad de mi premio. Al volver la luz y retomar, el partido siguió reñido y parecía terminar en un empate, hasta que en el minuto 89 Osorio apareció tras un pase del “Pibe”, se metió en el área escapándose por la izquierda, tiró al arco y en medio de una confusión Víctor Hugo Aristizábal remató y... hasta ahí se sabe. El árbitro pitó gol, la pelota no entró. Sin embargo, fue gol. Así se hizo famoso el misterioso caso del “fantasma de Machala”, que fue como se terminó conociendo ese polémico “gol no gol”. La decisión del juez estaba tomada a pesar de las intensas protestas de los mexicanos y terminamos ganando ese primer encuentro. Y yo, en efecto, terminé dándole la mitad de mi premio a Osorio.

De ahí en adelante vinieron los encuentros con Bolivia, que empatamos 1 a 1 con gol de penalti de Orlando Maturana, y luego contra Argentina en Guayaquil, que también terminó empatado 1 a 1. Pasamos a los cuartos de final, donde nos enfrentamos a Uruguay en un partido que también terminó empatado 1 a 1 y que se definió por penaltis, ganamos 5 a 3. Así fue como llegamos a la semifinal, nuevamente contra Argentina. No hubo goles. La definición por penaltis terminó 6-5 a favor del rival, todos convirtieron menos Víctor Hugo Aristizábal. Así fue como pasamos a disputar el tercer puesto contra Ecuador, que ganamos 1 por 0.

No había sido necesariamente lo que soñábamos. Como todas las selecciones, queríamos ganar; pero como sabiamente lo ha dicho el maestro Maturana, en aquella ocasión ganamos un poco. O, mejor dicho, yo diría que mucho. Terminamos en tercer lugar, algo que solo se había logrado una vez tres ediciones atrás, en el certamen de Argentina de 1987. Además, terminamos invictos. Eso bastó para que el apoyo y los ánimos en nuestra nómina se fortalecieran, no solo entre nosotros sino también en la hinchada, que se volcó con una fuerte pasión por el equipo. Tanto así que aquella sería la apertura de un reconocimiento internacional de Colombia como un punto de referencia en el fútbol. En otras palabras, había en el ambiente una fe y un apoyo tal que se podía considerar, sin lugar a refutaciones, que éramos de los mejores. Y eso me permite hablar de lo lejos que se puede llegar cuando tus ganas, tu actitud y tu buen trabajo se juntan con las ganas y el buen trabajo de los otros miembros de tu equipo.

Tal vez no haya habido en mucho tiempo una selección tan diversa, pluricultural y plurisocial en la historia de nuestro fútbol. Como en cualquier equipo selecto, grande o pequeño, cada uno representaba lo mejor de un área y, al mismo tiempo, parecía que cada uno representaba lo mejor de sí mismo. Cuando te encuentras en un grupo así, sea de fútbol, de estudio, de trabajo o de lo que quieras, unos se complementan con otros, incluso dentro de la misma rivalidad que pueda generarse: la competencia es, en cierta forma, una manera de medir y sacar el mejor potencial que pueden tener los equipos. Con todo esto quiero señalar que, cuando las selecciones se conforman bajo la idea de tener solo a los mejores, la diversidad es una de las herramientas claves con las que debes contar para que eso sea posible. Aunque ser el mejor equipo se basa en la búsqueda homogénea del perfeccionamiento, eso se construye, generalmente, gracias a lo que cada uno de sus integrantes puede aportar desde sus diferencias con respecto al

resto. Por eso, las cosas grandes que se hacen cuando nos unimos se construyen al saber rodearnos.

Pero la cosa no es así de sencilla. Hay que tener en cuenta que, por supuesto, estamos hablando de personas. El hecho de que un equipo esté conformado por los mejores no quiere decir que sean máquinas. No. Son seres humanos y cada uno tiene una forma de ser: con cualidades y defectos. Y en un equipo, por más selecto que sea, no excluye que cada uno traiga sus propias maneras de ver y hacer las cosas a partir de esas cualidades y defectos. Eso quiere decir que estar rodeado de los mejores en un tema no implica necesariamente que el éxito esté asegurado. Claro, es muy probable que si te rodeas de los más profesionales, de los más destacados, de los más brillantes, de los más ágiles, tu estrategia llegue a buen término; sin embargo, insisto, no son máquinas que se programan y listo: todo resuelto. Para que las cosas se den hay que tener un tratamiento y un direccionamiento. En ese sentido, claro está, existe un director técnico en el caso del fútbol. Sin embargo, en este capítulo hablamos de cómo nuestros objetivos, que a veces comprometen a más personas para realizarse, pueden verse alimentados por ese contexto en el que compartes con otros.

Ahí surgen varias preguntas. Por ejemplo, ¿qué harías entonces si a pesar de todo eso, en aquel grupo de los mejores en cualquier tema no se entienden entre ellos? ¿Cómo se debe poner de acuerdo a un equipo en el que todos son los mayores expertos, pero miran un mismo objetivo desde puntos de vista, conocimientos, experiencias y necesidades diferentes? Y, muy especialmente, ¿qué haces cuando entre la gente que te rodea van apareciendo las diferencias, los aspectos que no aportan, las distracciones? Hay una serie de cosas que puedes tener en cuenta para que sepas llegar a buen puerto con las personas que te rodean, sean o no las mejores.

Primero, debes entender que no siempre la clave es estar rodeado de los mejores, sino saber qué cualidades tomar y potenciar entre la gente que está contigo. Debes partir de la idea de que todos tienen algo que aportar y que, en el peor de los casos, se trata de algo muy parecido a lo que tú puedes ofrecer, en esa medida se crean más formas de empatía, conexión o complemento que de rivalidad, por ejemplo. En otras palabras, debes tomarte el tiempo para ver entre quienes te rodean qué cosas conoces y desconoces, cuáles pueden hacerte crecer. Nunca califiques de entrada a alguien. En ese orden de ideas, también debes entender que hay algunas actitudes entre nosotros que, aunque no son necesariamente malas, dañinas o ni siquiera riñan con nuestro objetivo colectivo o individual, simplemente debes descartarlas porque no aportan a la búsqueda de aquello que te hará feliz. Como no controlas cuando aparecen esas personas en tu vida, siempre recuerda que si encuentras a alguien que te dice “eso no se puede”, solo se está refiriendo a sus propias limitaciones, no a las tuyas. Así que emprende la acción y haz que el sí aparezca.

Para 1993, la Selección Colombia era entonces un gran ejemplo de todo lo que acabo de describir. A pesar de nuestras diferencias sociales, culturales, de trayectoria y experiencia, los unos pudimos ver en los otros qué podíamos aportar en esa búsqueda de la victoria rumbo a Estados Unidos 94. Aquella campaña llegó a ser una cima muy alta

que alcanzamos en la selección, que en lo personal me dejó diferentes enseñanzas que son cualidades que se deben detectar en la gente que te rodea y que hay que aprovechar. Comparto algunas.

Por un lado, el compromiso. En este punto puedo hablar de una experiencia personal que siempre me gusta contar. Durante las concentraciones y entrenamientos que tuvimos tanto en la Copa América como en la venidera temporada de eliminatorias por la clasificación al mundial, los arqueros convocados teníamos la buena y siempre provechosa costumbre de estar listos y trabajar antes que el resto del equipo. Junto a Faryd Mondragón y José María Pazo, no dudábamos en cuál era nuestro papel fundamental en aquella misión. Si el equipo era convocado a las 6:00 a. m., nosotros ya estábamos entrenando por nuestra cuenta desde las 5:30 a. m. Si el entrenamiento era para las 5:00 p. m., en la cancha ya estábamos listos y entrenando desde las 4:30 p. m. Los tres llegábamos por primera vez a un lugar tan soñado como este y sabíamos que ni a patadas nos queríamos ir. Teníamos que dar todo lo mejor de nosotros y un poco más para conservar nuestros lugares. Sabíamos que, si nos descuidábamos, la amenaza de una salida inminente estaría esperando a que diéramos la papaya de caer y dejarnos por fuera. Así, llegamos a tener una conexión y un conocimiento tal que, por ejemplo, sabíamos que el mejor momento para prepararse en el Metropolitano de Barranquilla era justo el que antecedía al amanecer: la cancha, con el rocío de la mañana y el ligero calor que hay en el ambiente, fresco y levemente húmedo, pero nunca sofocante, y el moderado sol que apenas despuntaba, hacían un momento perfecto para prepararnos. Cuando el resto del equipo llegaba, nosotros ya estábamos preparados para las atajadas.

Por otro lado, estaba la confianza y el compañerismo. En un seleccionado nacional, por ejemplo, no necesariamente todos se conocen entre todos. Las concentraciones en las eliminatorias no son mayores a un mes y a veces en ese tiempo no terminas de conocer completamente como personas a tus compañeros. Sí creas conexiones con todos, pero en algunos casos es mayor con unos que con otros. Cada uno llevaba una vida y un trabajo diferentes, a veces con una experiencia muy distante de las de los demás y eso solo está determinado por tu conocimiento del juego: el fútbol es tan atípico que, sin importar ciertos factores como la edad o la procedencia, lo único que realmente cuenta es la experiencia que has tenido para poder tener un buen desempeño en la cancha. Por traer un ejemplo, Faustino Asprilla solo me llevaba un año y para aquel momento ya era una figura destacada en la liga de Italia, camino a ser el gran ídolo del Parma en el que a la postre se convirtió. Pero esas cosas no impidieron que se creara una fraternidad de la que todos nos vimos beneficiados. No importaba la edad o la experiencia, aunque eso se tiene en cuenta, siempre había una buena intención de todos por hacer que el otro mejorara, porque sabíamos que el mejoramiento de cada uno también era el de todos como equipo. Bajo esa lógica, recibí consejos prácticos de compañeros como “Coroncoro” Perea y “el Chonto” Herrera, quienes siempre tenían esa disposición de colaborar.

Por último, y no menos importante, estaba la seguridad en nosotros mismos. Ya es bien sabido que un exceso de confianza puede llevar a cosas extremas como los egos

inflados e innecesarios que no aportan mucho. Particularmente he logrado manejar ese tema con tres premisas fundamentales que ojalá sirvan como principios. Primero, controla esa sed absoluta por tener la razón en todo: si te encuentras en una conversación en la que solo hablan de temas que realmente no tienen la mínima trascendencia para ti y sin embargo opinas porque quieres, impajaritadamente, tener la razón, al final piensa si vale la pena tanto desgaste al defender tu posición o es mejor dejar que pase y ya está. Segundo: no dejes que algo o alguien te ofenda fácilmente y te lleve al territorio de la ira y la ofensa, independientemente de si el interlocutor tiene la razón o no, tu ego se va a alterar de tal manera que ordena a tu mente a defenderse con el objeto de causar daño al otro, esta reacción te pone en una posición de víctima, situación innecesaria en la que no quieres estar. El mejor estado es cuando eres realmente dueño de tus pensamientos y tus actos, así que tómallo con calma y deja que pase. Tercero: ¿para qué quieres llamar la atención? Esos deseos de figurar para sentir que los demás reconocen en ti lo que no necesariamente eres. Acuérdate de cuando te has casado con una posición y la has defendido a muerte y al final dices “no tenía ni idea, pero me debieron dar la razón”. Créeme: la mitad de tu audiencia solo reconocerá que eres una persona con sed de protagonismo y que se ha montado en una verdad a medias por lograr dar la razón a su ego. Pero en un equipo, en una misión, en la búsqueda de un objetivo grupal o individual, siempre es bueno tener la entereza y la convicción de que las cosas que estás por trabajar las puedes sacar adelante porque te has esforzado ardua y conscientemente para hacer un buen desempeño. En el caso del fútbol, respetando al rival, no subestimándolo, sino a partir del conocimiento que tienes sobre ti mismo puedes evaluar qué cosas puedes hacer sin dudar. Estar seguro de ti mismo para salir a la cancha y a la vida es un paso que hay que aprender para poder actuar con determinación. Además de ser bueno, tienes que creerte el cuento de que lo eres y eso se logra más rápidamente cuando hay una fuerza colectiva que cree en lo mismo que tú.

Creo que, en todo aspecto, eso fue lo que nos pasó en la Selección Colombia de 1993. Los unos nos teníamos a los otros. Hasta la primera fase los resultados hablaban por sí mismos. Luego se corroborarían con las eliminatorias. Regresamos de Ecuador justo después de quedarnos con el tercer lugar, el 3 de julio, y no bien habíamos aterrizado en Colombia cuando en muy poco tiempo estábamos de nuevo concentrados. Vino entonces una racha vertiginosa y dorada, casi inigualable aún en la actualidad. Y, para resumir, fue así.

Arrancamos el primero de agosto en un encuentro frente a Paraguay en Barranquilla que terminó sin goles. Luego, el 8 de agosto, estábamos en Lima para enfrentar a Perú en un partido que ganamos 1 a 0 con gol de Freddy Rincón. Volvimos a Barranquilla para recibir a Argentina el 15 de agosto en un encuentro que terminaría 2 a 1 —y que parecía un antecedente claro de lo que vendría tres fechas más adelante en Buenos Aires—. Volamos a Asunción y allí volvimos a empatar el 22 de agosto, esta vez 1 a 1. Regresamos a Barranquilla para enfrentar como locales a Perú y tener nuestro primer banquete: aquel 29 de agosto los atendimos con un 4 a 0 que contó con sendos goles de Iván René Valenciano, Freddy Rincón, Alexis Mendoza y Wilson Pérez. El director

técnico de aquella selección peruana era mi antiguo entrenador en el Cali, el buen Vladimir Popović, quien, en los días de mis inicios a su lado en el equipo de mi ciudad natal, me había repetido más de una vez esta frase que aún recuerdo: “Arquero joven no tapar equipo grande”. En esa victoria en Barranquilla aproveché nuestro encuentro entre pasillos y, cinco años después de nuestro último encuentro, tuve la oportunidad de responderle ahora desde el arco de mi selección, en nuestra casa, que él tan bien conocía: “Arquero joven sí tapar equipo grande”, dije por fin, y obtuve una sonrisa que reconocía el momento por el que estábamos pasando.

Después de esa sacada de espina vino el 5 de septiembre que todos recordamos aún como si hubiera sido ayer. Ha sido una y otra vez narrado y no es para menos. Tantas cosas icónicas en 90 minutos históricos. El Monumental a reventar con 70.000 espectadores, un rival conformado por nombres rutilantes como Gabriel Batistuta, Diego Simeone, Óscar Ruggeri y Sergio Goycochea. Y por supuesto, esos cinco instantes que siempre emociona recordar. 1: el pase del “Pibe” a Freddy Rincón, que se lanzó hacia el área tan veloz como era, esquivó a Goycochea, que intentó interceptarlo, y mandó el balón al arco. Parecía que nunca habíamos llegado tan lejos. 2: Freddy Rincón la centró desde el otro lado de la cancha y la bajó “el Tino” Asprilla, la dejó dormida frente a él con esa calidad inmensa que siempre exhibió, se sacó a Jorge Borelli, pateó y la pelota pasó por el lado de Goycochea, que se tiró al suelo tratando de atraparla. 3: tras un rechazo de Goycochea recibió la pelota Lionel Álvarez, quien sacó lo mejor de ese temperamento recio, desbordó y gambeteó como el mejor de los carrileros, entró con el balón en el área, centró y recibió de nuevo el buen Freddy Rincón, pateó, la pelota rebotó contra el suelo y se levantó mientras se metía al arco, pasando entre cuatro jugadores de la Albiceleste. 4: Julio Saldaña hizo un pase a Jorge Borelli, que recibió mal y esa papaya la aprovechó “el Tino”, quien entró de repente para robarle el balón y rodar con él decidido hacia el arco donde esperaba solo Goycochea, y con esa astucia dominada y esa malicia que solo uno tenía de niño, pateó por debajo la pelota, que entró al arco y “bañó” al arquero, que casi inmóvil giró únicamente la cabeza para ver cómo le anotaban un gol increíble. 5: “el Pibe” la pasó al “Tino”, que se acercó al área, hizo un pase en el que la pelota rodó por la izquierda de Borelli y como una bala entró “el Tren” Valencia para rematar, el balón pasó bajo los pies de Goycochea, que se tiró a la izquierda para atajarlo, y entró al arco en el minuto 84.

No me preguntes, la sensación de ese día desde el arco que defendí y en el que veía cómo mis compañeros anotaban goles como cañonazos es algo todavía indescriptible para mí. Solo fue al siguiente día, después del encuentro, que entendíamos la dimensión de lo que acabábamos de lograr juntos: la narración de William Vinasco pidiendo que se declarara día cívico en Colombia, la revista *Gráfico* titulando “Vergüenza” en su portada con una página en blanco, los reportes de heridos y hasta muertos en el país por la celebración... Era algo nunca antes visto o vivido por los colombianos. Y lo habíamos logrado sabiendo encontrar las cualidades de unos y otros, sabiendo encontrar en todo lo que nos hace personas lo que era mejor para nuestro objetivo. Esa fórmula es tan certera tanto para una selección de fútbol como para cualquier objetivo para el que se

congreguen más de dos: un proyecto empresarial, una investigación universitaria, la conformación de una familia...

Estar con los mejores, seguramente, siempre te traerá algo bueno. Saber ver en ellos lo que los hace especiales, potenciarlo y aprender de toda su sabiduría y cualidades te llevará a cosas sobresalientes.





## 6

# SÉ MÁS GRANDE QUE TÚ MISMO Y CRÉETELO

Como cualquier colombiano que haya vivido el Mundial de Estados Unidos, de mi mente no se ha borrado el recuerdo del 2 de julio de 1994. Muchas cosas habían pasado durante el último mes antes de esa mañana en la que me comunicaron por teléfono aquella noticia que marcó para siempre la historia del fútbol nacional.

Después de la racha de victorias en las eliminatorias de 1993, la Selección Colombia emprendió en 1994 una gira de encuentros amistosos por todo el mundo y enfrentamos a otras selecciones clasificadas como Arabia Saudita, Corea del Sur y Bolivia; a otras no clasificadas como Venezuela, Irlanda del Norte y El Salvador; también nos enfrentamos a clubes como Palmeiras, Fiorentina, Parma y Bayern de Múnich. En total jugamos 20 partidos, 13 contra selecciones y siete contra clubes. Solo perdimos uno: el de Bolivia en Villavicencio, donde, recuerdo, nos informaron más tarde que un niño había muerto por la caída de una tapia del estadio. Con esos números contundentes seguimos nuestro recorrido hacia el mundial con la confianza de los buenos resultados que habíamos logrado y que habían llenado tanto al equipo como a todo el país de un entusiasmo general.

Salimos del Hotel Tequendama de Bogotá en la tarde del 14 de junio rumbo a El Dorado. En el recorrido al aeropuerto, la mancha amarilla y entusiasta nos seguía, se veían melenas amarillas como la del “Pibe” por todas partes, hasta el momento mismo de subirnos al avión que nos llevaría al Mundial de Estados Unidos 94: mi primer mundial. El sueño hecho realidad. Llegamos a Los Ángeles el 15 de junio y nos trasladamos a Fullerton, la pequeña ciudad a 50 kilómetros en la que nos concentraríamos. Faltaban tres días para nuestro debut en el estadio Rose Bowl frente a Rumania, nuestro primer rival. Hasta ese momento sabíamos de la selección de Rumania lo que cualquier colombiano promedio sabía de ese país: nada. A diferencia del fútbol en tiempos de internet y canales de televisión internacional de ahora, en aquel entonces era más difícil estar enterado de la actualidad del fútbol o incluso de los jugadores de las selecciones rivales. Cuando mucho nos enterábamos de algunas noticias por medio de los equipos que lograban pasar a la Libertadores o por jugadores extranjeros que eran fichados en equipos nacionales, y claro, cada cuatro años en los encuentros mundiales.

Por eso no fue raro que en medio de una recepción sobria y protocolaria que hizo la Selección Colombia con los familiares de los jugadores, el equipo técnico, la prensa y

algunos representantes del país, en la que hacíamos un brindis para desearnos buena suerte, un periodista se me acercara y me preguntara: “Óscar, ¿usted sabe quién es Gheorghe Hagi?”. Pues bueno, yo sí sabía: era volante y jugador estrella de Rumania. Eso respondí. Entonces el periodista me dijo que si quería saber más de Gheorghe Hagi lo acompañara. “Camine le nuestro”, dijo. Entonces lo acompañé.

Me llevó a su habitación, unos pisos arriba en el hotel donde se llevaba la recepción. En el cuarto estaban todo tipo de equipos de televisión, incluyendo unas cámaras gigantes. El periodista y su compañero camarógrafo trataban de convertir una grabación para que pudiera verse en uno de los televisores que tenían. Cuando lograron la conversión me mostraron un material que habían grabado esa tarde y que aún era inédito. Se habían trepado en una loma a unos 200 metros de distancia o más del campo donde estaba concentrado el equipo rumano y desde lo lejos habían grabado el entrenamiento de aquel día. El material era exclusivo y, a cada rato, se veía a Gheorghe Hagi corriendo por la cancha con la velocidad que siempre lo había caracterizado, acercarse al área y, sin dar pie a ninguna espera o a otra jugada, hacer un tiro potente. La acción se repetía una y otra vez, y en el audio de la grabación se escuchaba el murmullo de los periodistas que comentaban con sorpresa las habilidades de Hagi. Eso era todo lo que sabía de Rumania hasta el momento.

Llegó el día del debut. Era, sin duda, el partido más importante de mi vida. El estadio Rose Bowl tenía unas 90.000 personas para aquel encuentro. Era una tarde soleada, aunque días atrás Los Ángeles había pasado por una inesperada ola de frío. A las 7:30 p. m. salimos ambos equipos a la cancha. Yo tenía una cosa clarísima: sabía que Hagi, apenas me viera, le iba a pegar al arco. Y bueno... Todos pueden verlo en internet. Vino el primer ataque de los rumanos, Hagi llevaba la pelota, le hizo un pase a Florin Raducioiu, que se aproximó por la derecha, entró en el área, se sacó a “Coroncoro” Perea, luego al “Chonto” Herrera y, sin mente, remató con un derechazo potente, me tiré a la izquierda y el balón entró al arco pasando por encima de mis manos en el minuto 16. Luego vino una jugada en la que Hagi cogió la pelota en la mitad de la cancha y me miró. Cuando vi que venía yo salí, él le pegó, me mandé al ángulo y saqué la pelota al tiro de esquina. Ahí yo me dije “aquí estoy, aquí no me hacen más goles”. Luego mandaron la bola al costado, la recibió Hagi y, como era de esperarse, le pegó sin más y la pelota se elevó en un trayecto largo y fugaz en el que parecía estar viva. Yo fui por un centro, pero la pelota se fue cerrando, entonces corregí. Luego se volvió a abrir, entonces corregí de nuevo. Y cuando volvió a cerrarse de nuevo ya no alcanzaba a agarrarla: ese fue el segundo gol, en el minuto 35. Vino entonces el tiro de esquina que cobró Wilson Pérez y remató “el Tren” Valencia con un cabezazo que metió la pelota en el arco que protegía Bogdan Stelea, fue el único gol de Colombia en aquel encuentro, al minuto 43. Ya en el segundo tiempo, a punto de finalizar el partido, vino la falta sobre Hagi, quien cobró desde mitad de cancha y mandó la pelota por el costado, la recibió Raducioiu, salimos Perea y yo, me sacó el delantero, evité hacerle falta y a unos cinco metros pateó, hizo el tercer gol en el minuto 88.

No podría decir que cuando terminamos había un desánimo entre el equipo.

Entendíamos que podríamos ganar o perder. Y sí, perdimos. Pero eso no significaba que estuviéramos por fuera. Además, en el equipo había la sensación de haber hecho un buen trabajo. En general, como se puede comprobar mirando el partido, habíamos jugado bien: hicimos 15 ataques, lo cual convirtió a Bogdan Stelea en la figura del partido, mientras que Rumania hizo cinco ataques, de los cuales concretó tres. Para mí siempre ha sido una versión del 5-0 con Argentina en la que nos tocó vivir el otro lado, es decir, el de la derrota contundente. Sí, hicimos más ataques, pero eso no siempre quiere decir que esté asegurada la victoria. Nunca habíamos menospreciado a Rumania. Sin embargo nada de eso nos produjo guayabo moral por nuestro desempeño. Aún había dos oportunidades de poder pasar. Faltaban dos partidos más, contra Estados Unidos, a los que siempre les habíamos ganado, y frente a Suiza, que no era un equipo pesado; además, en aquella época se podía pasar siendo mejor tercero: era cuestión de ganar los dos siguientes encuentros.

El verdadero guayabo vendría después. Primero, había una tensión, que es lo normal cuando sabes que tu obligación es ganar si no quieres salir. Eso lo viven todos los equipos. Se intensificó, pero muy poco, cuando durante uno de los entrenamientos para la preparación del partido con Estados Unidos “Carepa” Gaviria saltó para atrapar la pelota y terminó pegándole en la cabeza a Freddy Rincón, cuando Rincón se giró se encontró con Harold Lozano muerto de risa por el incidente: ahí se desató un roce entre ellos por una discusión que, por lo demás, fue grabada por uno de los noticieros nacionales de la época. Las imágenes pasaron aquella noche, todo el país habló de un posible mal ambiente en el equipo tras la derrota. Pero no era así. Sin embargo, era el inicio de los rumores que, días después, serían el único ambiente sobre la selección.

Pero eso era lo de menos. Vino entonces el 22 de junio de 1994. Aquella mañana me desperté y bajé a desayunar a eso de las 10:00 a. m. Tomé un café oscuro y un *croissant*, que era lo que normalmente desayunaba en concentración, cuando se me acercó Faryd Mondragón y me preguntó si sabía algo de lo que estaba pasando. Yo no le entendía nada. Entonces me explicó: “Amenazaron a Pacho, al Bolillo y a Barrabás”. No lo podía creer: sencillamente eso no tenía sentido. Más tarde, ya reunidos en el camerino, vimos entrar a nuestro director técnico, Francisco “Pacho” Maturana, a Hernán Darío “el Bolillo” Gómez y a su hermano, Gabriel Jaime “Barrabás” Gómez con los rostros retorcidos. “Pacho” empezó a llorar. Nos explicaron lo que ya se había hecho noticia en Colombia y ahora nos era notificado: aquella mañana los tres habían recibido amenazas de muerte si no sacaban a “Barrabás” del partido ante Estados Unidos. Era un cambio en el que “Pacho” no creía y además era impuesto por quién sabe quién que se sentía con el poder de jugar con las vidas de todos nosotros. En aquel momento, “el Bolillo” nos dijo: “Muchachos, yo quiero mucho a mi país, pero quiero más a mi hermano. Barrabás no juega”.

Todo eso nos fue anunciado a menos de tres horas del encuentro con Estados Unidos, que además era anfitrión. Esa situación y su impotencia aplastante eran mayores que cualquier decepción que el deporte pudiera darle a cualquiera. La violencia de nuestro país había hecho de nuevo de las suyas y esta vez se nos metía hasta en el camerino,

había amenazado a nuestro director técnico, se impuso a él, dejaba por fuera a uno de nuestros compañeros, se había introducido en nuestras mentes para causarnos terror. Hubo un miedo latente en todos nosotros. Habíamos pasado de ser un orgullo para toda Colombia a ser el único equipo de fútbol en la historia que recibía amenazas. Aquel sería, literalmente, un partido a vida o muerte y éramos nosotros quienes lo jugábamos. ¿Quién puede jugar así? ¿Bajo qué lógica se amenaza a alguien de muerte exigiendo victorias si lo único que eso hace es descomponerlo en su psiquis? Durante el viaje hacia el estadio, en el bus siempre se escuchaba Tito Rojas o Gilberto Santa Rosa, pero esta vez solo era silencio. En el camerino siempre sonaba salsa, pero esta vez solo había silencio. Incluso en un momento César Gaviria, en ese entonces presidente de la República, entró a saludarnos y nos preguntó preocupado: “¿Qué pasa, muchachos?”. Cuando salimos a la cancha ya estábamos muertos en nuestras mentes. Entramos al estadio a reventar, con más de 90.000 espectadores viendo al anfitrión frente al único equipo amenazado de muerte en la historia jugándose la vida.

Fue entonces que vino el minuto 34. John Harkes se había lanzado con el balón hacia nuestro arco. Pateó con la zurda a manera de un centro rastrero, vi a un estadounidense entrar rápidamente por mi izquierda y salí con dos intenciones, o cortar el centro o achicarlo para que no alcanzara ni a pensar en lo que iba a hacer, pero cuando las cosas van a suceder pasan y no las puedes predecir, en un intento por cortar ese mismo centro Andrés Escobar se deslizó alargando el cuerpo al máximo posible y empujó, con los pies extendidos, la pelota, que se me metió en el arco, al tiempo que yo, ya a contrapierna por mi derecha, intentaba regresar y atraparla, pero ya sin éxito. Autogol. Nadie se puede imaginar el frío que se siente correr, ver cómo ese balón rueda hacia tu arco vacío, ver la expresión de Andrés, que no nos miraba a ninguno de nosotros, con la vista sin rumbo se tomaba la cabeza y todos nos mirábamos como diciéndonos unos a otros “¿qué maldición nos persigue?”. Definitivamente no estábamos concentrados. No al máximo, como lo solía hacer el equipo. Pero nunca imaginamos las consecuencias. El partido continuó, vino una chilena de Marcelo Balboa que estuvo a punto de entrar, pero rozó el palo y terminó por fuera. Luego el pase de Tab Ramos a Earnie Stewart, quien levantó el balón cuando salí a buscar la pelota y lo mandó por encima de mí, era el 2-0 en el minuto 52. Finalmente, cuando parecía que definitivamente nos iríamos sin hacer un solo gol, “el Pibe” centró y la recibió “el Tren”, quien anotó en el minuto 90. Sin embargo ya era tarde. No importaba qué pasara en el siguiente partido: estábamos eliminados.

El 26 de junio vino el encuentro con Suiza en el estadio Rose Bowl, de Los Ángeles, que ganamos 2 a 0 con goles de **Hernán “Carepa” Gaviria** y **Harold Lozano**. Sin embargo no había nada que hacer. Nos quedamos por fuera del mundial. Empezaron entonces las largas e incontenibles muestras de frustración y diría que de rabia del público y de la prensa deportiva. Recuerdo, por ejemplo, que en la rueda de prensa posterior un periodista me preguntó: “¿Qué se siente ser nombrado el peor arquero del mundial?”. Me quedé en un silencio largo. Respondí: “Vine a tratar de ser el mejor del mundo, pero las cosas no se me dieron”. Empacamos y nos fuimos en primera fase.

El 29 de junio regresaron al país a 16 de nosotros. El equipo se había disuelto y se

nos dio libertad de tomar rumbos propios. Decidí quedarme en Estados Unidos, en parte para viajar con mi esposa a Connecticut, donde viven algunos familiares, y porque no estaba preparado para volver a Colombia después de nuestra actuación. Aunque no deba ser así, desde siempre con Mónica, mi esposa, hemos tenido un acuerdo tácito, casi inquebrantable: cuando gano, salimos; cuando empato, salimos, dependiendo de la compañía; cuando pierdo, me encierro en mi apartamento y salgo solo para lo estrictamente necesario. Aunque siempre he sentido el respeto en general del público, también es cierto que hay casos aislados, aunque frecuentes, entre las hinchadas que, por la frustración de un mal resultado, no reaccionan de la mejor manera y nos cuestionan en tonos complicados de manejar en donde nos vean. Con nuestro fracaso inesperado y espectacular en el mundial, volver inmediatamente a Colombia implicaba también exponerme y exponer a mi familia a eso. Sin duda, y es algo que no puedo negar, estaba en la mira en medio del bochorno de la derrota. Entonces lo mejor era estar unos días compartiendo en familia y dejando que bajara la marea.

Allá estaba cuando llegó la mañana del 2 de julio de 1994, que, como cualquier colombiano que haya vivido ese mundial, recuerda siempre dónde lo cogió la noticia. Sonó el teléfono y al otro lado estaba una amiga que por entonces estaba en los medios de comunicación. Eran las 7:00 a. m. pasadas. Me dijo sin rodeos: “Mataron a Andrés”. Le dije que obviamente no le creía, que dejara de mamarme gallo. Ella insistió. “Óscar, mataron a Andrés”, me dijo tratando de hacerme entrar en razón y me explicó los detalles que ya todos conocen. Había salido de rumba a la discoteca El Indio, en Las Palmas, Medellín, y ahí estaba en la madrugada abordando su carro cuando dos hombres lo interceptaron y le propinaron seis tiros. No podía creerlo, pero era verdad. Me senté y me quedé sentado largo tiempo, aletargado, anonadado, frío. No entendía. No podía ser verdad: habían matado a Andrés Escobar aparentemente por un autogol. Andrés, mi amigo, que era tres años mayor que yo y que conocí en la final Valle-Antioquia de un torneo juvenil de selecciones departamentales, recuerdo que botó un penalti que tapé y que nos dio la victoria. Andrés, al que le apasionaban los relojes tanto como a mí y se pasó toda nuestra concentración en Arabia Saudita desvelándome porque quería que le enseñara todo sobre un Tag Heuer que había comprado prácticamente como una ganga y que nos enseñaba a todos como un gran logro suyo. Andrés, que era un futbolista educado como pocos se han visto en el país, amable, respetuoso, que siempre tenía una sonrisa para todos, que no en vano lo llamaban “el caballero del fútbol”.

Sí: no era buena idea regresar tan pronto. El panorama no parecía amigable, pero tenía que volver. En Colombia seguía mi familia, seguía mi carrera como arquero del América de Cali. Seguía también el público que había creído en nosotros. Entonces decidimos regresar. Lo que hubiera que enfrentar, tenía que hacerlo. Y empezó desde antes de llegar al país.

Cuando nos presentamos con mi familia en el aeropuerto de Nueva York para regresar a Colombia nos retuvieron los pasaportes. Minutos después, en la aerolínea nos informaron que tenían orden expresa por el gobierno colombiano de trasladarnos con el mayor esquema de seguridad posible porque me encontraba en un alto nivel de riesgo y

eso implicaba que mi familia también corría peligro. Pasamos al avión, que era un Boeing 747, y nos reservaron el segundo piso solo para nosotros porque debíamos viajar aislados. Al llegar a Colombia fuimos los últimos en bajar. Nos pasaron a una sala de espera en el Puente Aéreo, aislados nuevamente del resto de la gente. Y ahí fue cuando me hicieron una nueva notificación, en adelante tendría que tener escolta, también mi esposa y mis hijas. Era por nuestra seguridad. Me había convertido automáticamente en el único arquero con escoltas del mundo. Cuando llegué a Cali para retomar mi rutina me recibió mi madre llorando. Luego empezó la paranoia: entraba prevenido a la casa armado con un palo pensando que de pronto alguien podría aparecerse detrás de una puerta, miraba por la ventana de reojo sin asomarme ante el menor ruido que oyera afuera... Así pasaron algunos días. El mero hecho de tener que andar con escolta, que valga decir era un gran tipo, ya me predisponía desde el principio, Es duro decirlo, pero si revisamos la historia de Colombia en ese año seguramente entenderán quiénes mandaban y desestabilizaban al país con hechos aterradores de violencia y que evidentemente eran quienes estaban tras la muerte de Andrés.

Hasta que llegó un momento en el que tuve que decirme a mí mismo que no podía seguir así. Yo no era un criminal: era un tipo que jugaba fútbol y ya. Mi idea no era vivir con miedo, o que mi familia viviera con miedo; fue justamente ella la que más me apoyó en ese momento para sobreponerme y a la que en primera instancia y más que a nadie debo agradecer cualquier forma de respaldo que, de su parte, siempre ha sido comprensivo e incondicional en todos los aspectos. Entendí que lo único que tenía por hacer era lo que siempre había hecho: defender el arco. No había otra opción y no tenía por qué haber otra. Más allá del temor y la amenaza, más que tener un escolta, sin duda, me sentía en deuda conmigo mismo por una precipitada caída que me llevó desde una de las cimas de mi carrera hacia una especie de vértigo inverosímil que acabó con las ilusiones de destacarme como el gran arquero que podía ser en una copa del mundo, como siempre lo había soñado desde niño, en aquellos días en los que mi cama se convertía en una cancha y mi habitación en un estadio a reventar.

Solo había una respuesta: tenía que jugar. Solo así podía demostrar y demostrarme a mí mismo todo lo que me hacía el portero que había llegado a ser. Solo así podía sobreponerme al mal momento, a la tensión que llegó a rodearnos. Solo así podía saldar y cerrar un poco esa deuda personal. Yo era más que aquella actuación del Mundial del 94 y lo sabía. Tenía que meterme de nuevo en la cabeza esa idea que nunca debe perderse de que en uno habitan fuerzas, ganas y energías para lograr todas las cosas increíbles que puede alcanzar y que ya había logrado en gran parte. Y la única persona que podía despertarlas era yo mismo.

El que podía levantarme de nuevo era yo mismo y por ello creo que la única alternativa en estas situaciones es reinventarte a ti mismo. Sigo un método que hasta ahora me ha traído buenos resultados. Primero, hago un recuento de todos los momentos que me han causado las mejores sensaciones en mi vida como arquero: recuerdo cómo entrenaba, con quién lo hacía, cómo lo hacía, cuánto tiempo dedicaba y de todo ello formo una primera versión mía sobre la cual debo trabajar. Tú puedes hacer lo mismo,

sin pena de nada saca un lápiz y escribe esas cosas de ti que no quieres cambiar, pero no por orgullo simple sino porque realmente te dieron algo bueno en algún momento. Escríbelas y vas a trabajar en traerlas de nuevo a tu vida. Luego, piensa en un referente tuyo al que te gustaría seguir, que pienses “quiero ser como él”, qué sería lo que tomaría de él. Por ejemplo, ¿por qué no tomar la disciplina de Cristiano? En aquel momento yo pensaba en René, qué debía tomar de él para ser diferente, aunque no esté tan loco o quizás no tengamos el mismo estilo. Si quería salir jugando con el pie como él, seguro me iba a llevar algunas sorpresas. ¿Cuál podría ser mi gran diferencial?: sacar no muy bien, sino perfecto con el pie y la mano. ¿Qué debía traer de mi primera gran inspiración, Pedro Antonio Zape? Porque ojo: de las personas que te inspiran o de las que tú quieras tener algo de ellas vas construyendo una mejor versión de ti mismo, pero con las cualidades de más que te puedan dar ellas.

Segundo, aprovecha ese nuevo perfil que tienes y escribe lo que más quieres que te aporten tus referentes y así delinear cuál será esa mejor versión. No dejes de escribir nada por simple que parezca o insignificante que sea el detalle porque seguro va a aportar en tu plan para seguir adelante.

Tercero, genera un entorno adecuado con personas que realmente te lleven a cumplir esa meta; por mi parte dije que me acercaría a los jugadores con sed de triunfo, con ganas de trabajar, de salir a grandes equipos, de ganarle a todo el que se atravesara. Por eso veíamos a los grandes con respeto, pero con hambre de victoria y más adelante seguro hablaremos de los tipos de hambre que también aprendí para el fútbol.

También te aconsejo que escribas esa nueva versión de ti mismo y cada aspecto de esa persona debe ser como una meta tangible, alcanzable, medible, pero sobre todo debe ser una versión que al leerla te apasione, que te haga sentir hormigas en el estómago, que te haga pensar que las cosas pueden ser como tú quieres. Convierte esto en una lista de hechos que te lleven al siguiente nivel y no negocies con ninguno de ellos. Trabaja fuertemente por hacerlo bien. A medida que pasan los días, como te has rodeado de personas que igualmente te inspiran y van tras lo mismo, tu entorno cambiará y sentirá que lo estás logrando.

Por último, cuando hayas hecho todo eso, es momento de salir a gritar quién es el nuevo tú. Muéstrales a todos en quién te has convertido, celebra, siéntete orgulloso de lo que has logrado e impregna de ese estado a los que están a tu lado. A mí me funcionó. Por eso estoy seguro de que si tomas una hoja de papel y haces conscientemente cada uno de los pasos que te estoy enumerando, vas a dar con cosas muy poderosas y positivas para encontrar ese yo fortalecido.

De cualquier manera, una de las cosas que más me ha enseñado el fútbol y que me ha recordado una y otra vez en mi carrera, día a día, es que, aunque sea un hermoso deporte en equipo, el arquero tiene por naturaleza y por rigor una actitud solitaria. Es el único de su tipo en el juego y así mismo lo es en todos sus aspectos. En otras palabras, el arquero es el guerrero solitario que celebra triunfos y enfrenta derrotas en una suerte de soledad que es una de sus mayores fortalezas de vida.

En esa constante búsqueda en la que solo te tienes y te encuentras a ti mismo,

aprendes que está en tu voluntad y tu convicción creer en lo que eres capaz de hacer y llevarlo a otro nivel. No importa si caes. Cree en ti mismo, cree en serio, es lo único que te levantará de nuevo y nunca olvides que mientras más veces caigas, más veces aprendes y más fuerte llegarás a tu meta. Hoy esta es una invitación a ser más grande que tú mismo, pero sobre todo a que creas: creas que eres capaz de todo y que puedes revisar dónde estás, a dónde quieres ir y lo hagas.





# 7

## **ASUME, CONTROLA, APRENDE, RODÉATE Y TRABAJA**

Creo que hasta ese momento había vivido cosas que normalmente un futbolista no viviría en una carrera normal. No se trataba de los torneos, del nivel de exigencia física, de la preparación, del rendimiento, de las victorias, las derrotas, los goles, las atajadas. Esta vez tenía que sentarme a pensar en todos los aprendizajes que me habían dejado las experiencias regulares y extraordinarias de mi carrera hasta ese momento. Por tratarse de algo tan físico, muchas veces los futbolistas y los deportistas en general no se detienen a entrenar la mente, que es sin duda un músculo más que hay que trabajar como cualquier otra parte del cuerpo, tal vez una de las más complejas y exigentes. Para continuar con tu carrera, sea cual sea el camino que tomes, en un punto debes hacer una pausa para contemplar como un todo las cosas que te han llevado adonde estás porque eso, de algún modo, te ayudará a desarrollar la manera en que tu mente capta las experiencias presentes y futuras para sacar de ellas cambios en ti.

En mi caso, no era la primera vez que pasaba por una derrota significativa. Aunque la primera tuvo consecuencias duras, esta vez sabía claramente que mi carrera continuaría. Sabía que no pasaría de nuevo por aquel bajón que experimenté en Millonarios cuando me mandaron a la banca y era un pelado temeroso de que su vida en el fútbol terminara de repente por un error. No. Para julio de 1994, y a pesar de nuestro desempeño en el mundial, debía tener conciencia del jugador que era en ese momento, no solo por el nivel de rendimiento, sino también por cierta madurez que ya tenía que haber adquirido para asumir cosas como, por ejemplo, la desafortunada actuación de la selección en Estados Unidos. Me había dado duro, sí. No obstante esa sensación fatalista que me recorrió en la época de Millonarios ya no tenía por qué rándame: sin duda algo de eso había producido un cambio en mí que me había hecho crecer. Si los meses de amarga espera e incertidumbre en la banca de Millonarios no me habían dejado como aprendizaje una manera correcta de controlar esos tramos difíciles, entonces no tenía mucho sentido haber pasado por eso.

No puedo pensar que tengo la clave del éxito o de la felicidad, pero sí puedo decir que este tipo de experiencias vividas me permitieron entender que la clave en los fracasos es poder identificar el momento en el que estás. Para mí llegar de ese mundial fue un golpe duro por donde se viera, sobre todo por la manera en que terminó afectando en una buena medida mi entorno, a mi familia y finalmente a mí mismo. Pero ante ese

momento, lo que sí es clave entender es que eres responsable de lo que haces y logras: si en estos momentos debía vivir algo especial era producto de lo que yo mismo había logrado.

Sabiendo eso, lo único que realmente debía hacer era jugar con mi equipo, aprovechando que además me apoyaba y me entendía. Desde ese semestre América estaba jugándose el todo por el todo y tras probarse en 1993 en la Libertadores hasta llegar a semifinales, ahora quería más y clasificar a esa copa cuantas veces fuera necesario hasta lograr levantarla como campeón. Y si ese era el objetivo principal del equipo, lo que menos necesitaba era a un hombre achantado en su arco por un desafortunado resultado reciente. Si por un lado América se preocupaba por mi seguridad a mi regreso y por brindarme la confianza para jugar con totales garantías, yo también debía dar de mí para que lo que fuera que estuviera rondando mi imagen como arquero no privara al equipo de un buen guardameta. Así empecé a asumir, controlar y aprender, tanto como me era posible, esos bajones que se presentan en las carreras de los futbolistas, unos con más intensidad que otros.

En ese momento, América era un equipo de muchachos muy preparados y con muchas ganas de destacarse en el fútbol nacional, no solo por el compromiso de defender el nombre de un club que ya era grande, sino por la confianza que se había dado en todos. Tal vez ahora se recuerde a los integrantes de aquella cuadrilla como grandes futbolistas, pero para aquel momento el 80 % del grupo, que era indiscutiblemente bueno, no había pasado por grandes experiencias futbolísticas y eso a veces se traduce en una especie de desatención del público sobre sus méritos. Pero desde ese semestre, el equipo demostraría por qué se convertiría en esa máquina imbatible que puso la vara muy alta en el fútbol colombiano. Para empezar, en 1994 quedamos terceros del torneo, con Diego Édison Umaña como entrenador. El América sabía ser paciente también y mejorar, y en 1995 lo logramos: resultamos subcampeones y tuvimos el pase para la Copa Libertadores que tanto habíamos esperado.

Estuvieron por esos años jugadores como Wilmer Cabrera, “el Pipa” de Ávila, Álex Escobar, Henry Zambrano, Frankie Oviedo, Carlos Asprilla, Giovanni Hernández, John Wilmar Pérez, entre otros, que siendo futbolistas de primer nivel aún eran modestos. Luego de aquella campaña por la Libertadores se convertirían en una nómina que el equipo recordaría para siempre. Por un lado, no solo dábamos la pelea en el torneo nacional, sino que nuestro objetivo nos llevó a partidos intensos por el continente frente a equipos duros en todo tipo de condiciones como el San José en Bolivia, el Junior en Barranquilla, Gremio en Porto Alegre, hasta que vino entonces el siguiente escalón que ya estábamos dispuestos a subir: la final de la Copa Libertadores. Esta vez sería contra River Plate.

La final fue muy especial. Para empezar, en un tramo del desarrollo del torneo nos encontramos con que al “Pipa” de Ávila le habían dado una imagen de la Virgen de un metro por un metro y un día apareció diciendo que la Virgen había llorado. A partir de eso surgió un sentido de devoción que antes no se había presentado de una manera tajante y con el paso de las fechas “el Pipa” iba adhiriendo a más jugadores a su causa,

que se hizo cada vez más grande. En un punto, la entrega de De Ávila por la manifestación divina lo llevó a ayunar y luego se sumaron cada vez más jugadores que también empezaron a hacer ayuno, hasta que se desató una verdadera ola de creencia y devoción en el equipo que en un momento llegó a tener un impacto en muchos sentidos. “El Pipa” tenía un desempeño fundamental en la cancha y con el tiempo ya comenzaba a notarse que en sus actos de fe había bajado de peso hasta llegar a un punto en el que ya se veía un poco demacrado. Por un momento nuestro entrenador se alarmó y congregó al equipo para que volviera a tomar el rumbo de enfocarse en la final que se nos venía, sin que eso tuviera que reñir con la devoción que sentían en ese momento.

Luego de eso, vinieron los encuentros. Recibimos a River en el Pascual Guerrero el 19 de junio y, como una verdadera manifestación divina, esa tarde De Ávila se lució con un golazo que fue la única anotación de todo el partido: una bola que llegó sobre la margen izquierda en la línea final, le pateó por encima a Burgos y la clavó en el segundo palo. Un gol espectacular que hizo estallar la tribuna en el minuto 26. Después de un segundo tiempo en el que River intentó todo por empatar y América dio la resistencia de un equipo digno de ser campeón del continente, sonó el pitazo final. Ganamos el partido de ida. Faltaba nada para coronarnos campeones. Había verdadera fe dentro del equipo.

Luego llegamos a Buenos Aires para el encuentro del 26 de junio. Era invierno. El Monumental estaba en una verdadera euforia y en todo nuestro recorrido hasta la final nunca habíamos salido a una cancha en la que el recibimiento de la hinchada fuera tan desbordado. Luces, humo, cánticos y muchos, muchos papeles. Luego todos habríamos de recordar que tal vez nos equivocamos en no pedir que se limpiara el campo en su totalidad. Gran parte de los papeles quedaron acumulados en el arco norte, donde nosotros arrancamos. Sin exagerar, y como cualquiera lo puede comprobar, la cancha de nuestro lado se veía más blanca que verde por la cantidad de papeles que había dejado la temprana celebración de la hinchada de River. Así empezó el partido. Vino una bola a profundidad que se escabulló entre todas nuestras piernas sin que la viéramos entre la blancura del suelo, pase de Ortega a Crespo, quien pateó para mandar al segundo palo y, de repente, gol. A los seis minutos River empataba el marcador global.

Desde ese momento empecé a pedirles a los muchachos que sacaran porque teníamos el viento en contra. Puse a Ortégón, a Asprilla, al “Negro” Dinas. Durante todo el primer tiempo no lográbamos sacar bien. Para la segunda parte me tomé confianza y fue entonces que saqué con las piernas. Una bola venía por el costado, Dinas se descolgó por la izquierda, entonces decidí despejarla por fuera del área. Cuando tuve la pelota en los pies le pegué con la izquierda y justo en ese momento trastabillé y le pegué mal. La pelota fue interceptada frente a mí, vino el centro, Crespo saltó en el área y metió la pelota de un cabezazo para ajustar su segundo gol y asegurar la victoria de River en el minuto 59. El resto del partido intentamos recuperar el marcador por todas las formas, pero no pudimos. Así perdimos la Libertadores. El guayabo que vendría no sería menor. Esa noche no dormimos. Al día siguiente regresábamos a Colombia para enfrentarnos a Nacional en el Atanasio y nos encontramos con el huracán de críticas por la pérdida en la que, nuevamente, yo era señalado como responsable.

No era fácil enfrentar de nuevo una decepción de esas en las que prácticamente y de nuevo toda una tribuna te señalaba. Pero, sin duda, era menos difícil de pasar que las veces anteriores. Perder la final de una Libertadores no es para nada algo fácil de digerir. Sin embargo para ese momento yo ya había pasado por los golpes del 7 a 3 y también del Mundial 94 y, por así decirlo, había aprendido a detenerme, controlarme y soportar esos malos ratos. Primero, estaba el fútbol: la dinámica en la que se había embarcado América ese año no le permitía tener un momento de descanso y por eso, luego de esa derrota, volvíamos a Colombia para seguir jugando porque el torneo continuaba y el balón seguía rodando.

Ahora que he dicho todo esto, me permitiré un poco poner en orden el aprendizaje que me dejó ese proceso, que en realidad fue una acumulación de procesos que hasta ese momento me daban una gran lección. Creo que te podrá funcionar en los momentos de derrotas. En lo primero que trabajé, y como lo mencioné en un capítulo anterior, la clave es saber dónde estaba yo, cómo me sentía, revisar las jugadas, ver mi desempeño, mi estado físico y tomar esto como base para determinar hacia dónde quería ir ahora, definir mi nueva meta como profesional, mi propósito. Segundo: mi objetivo clave en ese punto era ganar o ganar y para ello siempre se debe tener claro que si vas solo llegarás más rápido, pero si te apoyas en el equipo llegarás más lejos. Así que es importante que te rodees de las personas que mejor interpreten tu propósito y, si es necesario, véndeles esa idea de manera muy inspiradora, no te pongas como meta “voy a ganar un torneo” y ya. Yo redacté mi meta diciendo: “Voy a ser campeón de la Copa Libertadores de América parado en un estadio repleto de hinchas rojos del América saltando alegres, coreando mi nombre por el gran desempeño que he tenido, en un momento ver al central levantar las manos y dar el pitazo final, correr a abrazar a mis compañeros y seguramente con los ojos llenos de lágrimas gritar ‘somos campeones’ y al entrar al camerino encontrar al técnico de Colombia que te abraza y te dice: Óscar, eres el mejor y te queremos de nuevo en la Selección Colombia”. ¡Qué lindo imaginarlo así, ¿verdad?! Eso es lo que debes hacer: inspirarte con lo que vendrá. Escríbelo de tal manera que realmente te mueva la fibra imaginar que vas vivir ese momento. Como tercera clave, ya que tienes una meta que te inspira realmente, debes tener muy claro que llegar a ella exige que trabajes en un plan y también debes escribirlo. Ponlo en orden, imagínalo y pruébalo... Cuarto: ¡a trabajar! A entrar en acción, a lograr lo que te has propuesto.

Con todo lo anterior te quiero recordar que siempre aprendes más de las derrotas que de las victorias. Cuando ganas sales a celebrar y sabes que algo hiciste bien, así que hay que seguir para adelante. Pero cuando se trata de una derrota siempre debes darte un momento: sentarte, analizar y en ese instante muy importante contigo mismo debes tratar de deducir qué aprendizaje salió de todo eso que acabas de vivir. Hay momentos en los que debes hacer una pausa para saber cómo vendrá el siguiente paso que vas a dar. Así que cuando acumulas derrotas también es bueno que sepas que eso va creando un piso en el que puedes impulsarte para saltar cada vez más alto.

Entender todo eso me ayudó a no bajar la guardia. Con la llegada del “Chiqui” García para comandar el grupo entre 1996 y 1997 el América no desistió, sino todo lo

contrario. En adelante, se paraba en el fútbol colombiano como aquel equipo que demostraba por qué había sido subcampeón del continente. Cuando en Colombia se inventaron por primera vez los torneos semestrales, en aquel año el primer campeón se llamó América de Cali. Y esa victoria pionera, histórica, fue también el resultado de aprendizajes que vinieron con uno tras otro obstáculo con los que el equipo logró afinarse cada vez más. Insisto en que no es fácil pasar por esos episodios. Pero cada vez entenderás que solo les sacarás provecho deteniéndote por un instante a pensar.





## 8

# INSISTE EN HACER LO QUE TE APASIONA

Habíamos llegado a un punto que el América de Cali no había alcanzado desde hacía una década. No solo éramos un equipo sólido que permaneció prácticamente invencible durante tres largos años, habíamos llegado a la final de la Libertadores nuevamente, alcanzamos el subcampeonato y volvíamos a coronarnos campeones de la liga nacional. Era una escuela que en aquel momento podría decirse que era difícil de comparar en todo el país: en aquellos años América de Cali era un equipo de primera línea a la altura de los mejores de Suramérica.

Después de ese ritmo constante llegó un punto en el que empecé a sentir que quería algo diferente. Eso nos pasa a todos en nuestras carreras y seguramente te habrá pasado. Hay un punto en el que dominamos muy bien un nivel que hemos alcanzado y al que nos ha tomado trabajo llegar, y a eso le siguen, generalmente, dos tipos de acciones: mantenerte en donde estás o dar un siguiente paso que implique una nueva o mayor exigencia para ti. En la primera opción, encontrarás que puedes seguir desempeñándote sin problemas: puedes destacarte haciendo lo que sabes hacer, teniendo la seguridad de que las cosas te saldrán bien generalmente porque ya estás más que preparado para las diferentes pruebas que se te presenten. La segunda opción implica, la mayoría de las veces, salir de esa zona segura o de confort que tan bien conoces para permitirte explorar nuevas facetas. Yo elegí esto último.

Te explicaré por qué. Parece un poco descabellado que, llegando a un equipo imbatible como lo era el América de Cali en aquel momento, con el que había alcanzado una estabilidad y una satisfacción que había buscado durante tanto tiempo, de repente prefiera salir de allí para medirme en nuevas facetas desconocidas. Sí, suena descabellado. Pero sentía que ya había un ciclo cumplido con el equipo. Aunque seguir donde estás no es una mala decisión, cuando has entendido y, sobre todo, cuando sientes que tu trabajo se ha cumplido con la satisfacción de saber que todo lo que podías hacer lo hiciste y salió como esperabas, lo que venga después te parecerá algo que ya has hecho y nada más. En otras palabras, las cosas pueden empezar a parecerse rutinarias, como si se tratara otra vez de lo mismo cuando las haces. Eso puede, de alguna manera, reflejarse en tu desempeño. Puedes entrar en una especie de piloto automático en el que tu trabajo, que siempre has hecho con total entrega y dedicación, te quite el asombro y la emoción que antes te generaba. En otras palabras, aquello que tanto amas hacer puede pasar de ser una pasión a ser algo que sabes hacer y vives cumpliéndolo a cabalidad sin mayores variaciones, sin exigir más de ti mismo que lo que ya sabes. No quería que eso

me pasara. Ser arquero es mi pasión y no quería que eso se convirtiera simplemente en una mera cotidianidad de mi vida.

Sí, había cometido errores. Sí, todos recuerdan el gol de Crespo. Pero, a pesar de eso, tenía un recorrido que ya era considerable dentro del panorama del fútbol nacional. Había pasado por equipos de mitad de tabla y también de las posiciones más altas, había sido campeón del torneo nacional, había representado al país en Copa América, en la que quedé campeón; en un mundial de fútbol, con el resultado que ya se comentó, y había jugado una final de la Copa Libertadores en la que logramos ser subcampeones. Con todo eso, y sin demeritar la calidad de nuestro fútbol en aquel entonces —porque como ya dije, habíamos alcanzado un nivel sólido en general—, las opciones para un arquero que ya tenía una trayectoria como la mía no eran muchas. Generalmente, en cierto momento de madurez, a un jugador con una trayectoria similar que quiere dar un nuevo paso no le queda otra opción que darlo hacia el exterior. Era lo que quería. Era mi manera de continuar viviendo la pasión que he tenido siempre de defender el arco.

Agradecido como lo estaba con todo lo que había logrado con el equipo con el que llegué por primera vez a una final de Copa Libertadores, con el que fui por primera vez campeón de mi país, manifesté mi deseo a los directivos del América de Cali de querer dar un siguiente paso. Fueron comprensivos y aceptaron. Era agosto de 1997 y acabábamos de salir campeones de aquel casi eterno campeonato 1996-1997 que, los que lo vivieron y recordarán, duró casi 16 meses y creo que ha sido el más largo en la historia. Para ajustar, estaban por disputarse los últimos partidos de las eliminatorias al Mundial de Francia.

En los dos años que habían pasado, la selección no había vuelto a llamarme para tapar en los anteriores encuentros, todo por mi desempeño en Estados Unidos. Era algo que en parte me esperaba, pero con mi paso por América trataba de demostrar mi fortalecimiento y madurez, pero el llamado no había llegado. Todos los encuentros que habían empezado desde 1996 habían sido tapados por Faryd, que tenía un muy buen desempeño y sin duda había hecho una excelente campaña en el arco. Hasta que en julio de 1997 recibí una llamada del “Bolillo” Gómez. Venían las últimas fechas de eliminatorias, pero Colombia ya había clasificado, entonces preguntó si me gustaría tapar. El siguiente encuentro sería contra Bolivia, que ya estaba por fuera de la clasificación, y en otras palabras, no había entonces nada que perder. No lo dudé y dije que sí. Fui convocado nuevamente y hasta ese momento, desde que empezaron los encuentros por la clasificación en febrero de 1996, la selección había tenido 13 partidos, de los cuales habíamos ganado seis, empatado tres y perdido cuatro, y en ninguno yo había participado. No había mucho. Podía decirse que, en aquel momento, ya estábamos prácticamente clasificados. Faltaban tres partidos y el siguiente sería ante Bolivia en el Metropolitano.

El encuentro se dio el miércoles 20 de agosto de 1997. Aunque Colombia dominó la mayor parte del tiempo y desde el principio, los ataques de los bolivianos eran potentes y parecían inagotables. Cuando el marcador iba 1 a 0 a nuestro favor con un golazo de Anthony de Ávila, Bolivia ya había tenido oportunidad de anotar tras un tiro de esquina

que cobró Marco Etcheverry en el que yo salí mal y a su vez Marco Sandy botó la pelota por la derecha con un cabezazo. Pude dominarme y continuar. El arco se había salvado y quedaba mucho partido por jugar. Fue en el minuto 25 cuando se produjo aquella atajada que hizo vibrar al Metropolitano. El árbitro pitó falta a favor de Bolivia. El elegido para cobrar era Erwin “Platini” Sánchez, el número 21. Aquella selección boliviana se caracterizaba por la potencia en los tiros por el aire y ya había quedado comprobado en aquel primer tiro de esquina que por poco se convierte en gol. “Platini” era, en esa lógica, un jugador que se había caracterizado por la fuerza con la que mandaba el balón y lo elevaba hacia el arco. Sabía que vendría una pelota potente. Sonó el pitazo, Sánchez arrancó y, en efecto, hizo un tiro directo, afinado, con una puntería y una potencia contundentes que mandaron la pelota hacia el ángulo. Me tiré hacia la izquierda a su encuentro, la recibí con ambas manos y el rebote elevó la pelota por encima de todas nuestras cabezas. Yo había caído al suelo y desde ahí observaba que el balón iba de nuevo hacia el arco. Me levanté inmediatamente como un resorte sin despegar la mirada de la bola y salté para sacarla de nuevo. Para ese momento ya estaba rodeado de cuatro, cinco jugadores bolivianos, estiré el brazo por encima de todos ellos y nuevamente elevé la pelota por encima de nuestras cabezas. Parecía rehusarse a salir y en su nueva caída, rodeado de nuevo por más jugadores bolivianos que parecían multiplicarse y trataban de sacarme como fuera y a la vez meter la pelota en el arco, nuevamente me levanté sobre todos, mi mano alcanzó de nuevo el esférico y con los dedos pude por fin sacarlo por detrás. Todo pasó en menos de diez segundos en los que la hinchada se levantó conmigo una y otra y otra vez. Una triple atajada que marcó el partido que parecía uno más.

Y pudo haber sido un partido más de eliminatorias y así parecía: finalmente, el cupo de Colombia estaba asegurado y este era un encuentro que no tenía mayor trascendencia, lo digo porque hasta mi mamá, que no se perdía media atajada mía, al siguiente día me llamó para preguntarme cómo había terminado el partido. Pero solo un par de días después me daría cuenta de que no y que debía agradecer aquel partido como pocos en la vida. El jueves 21 de agosto, un día después del juego, nos encontrábamos concentrados en Barranquilla. Aquella mañana soleada estábamos en la cancha del Metropolitano, no por entrenamiento, sino por una sesión fotográfica que terminaría siendo la promoción del equipo. En medio de la sesión, mi agente me llamó y me dijo: “Óscar, empaca ya y te vas a Buenos Aires. Te quieren en Boca”. No podía creer lo que me estaba diciendo. No había nada que indicara que así fuera, pero me confirmó que era cierto: aquel partido ante Bolivia que no todo el mundo había visto en Colombia sí había sido observado al otro lado del continente por los directivos de Boca Juniors, que buscaban en aquel momento nuevos fichajes para el equipo. Les gustó mi desempeño y querían verme. Tenía que moverme ya para poder estar al día siguiente en Buenos Aires. Yo, sencillamente, no podía cumplir apresuradamente. Estaba en concentración, no tenía ropa para llevar para el invierno que seguramente hacía por aquellos días en el sur y, por más rápido que me montara en un avión, no llegaría inmediatamente a Buenos Aires. Pedí que me dejaran llegar un día después. Y así fue.

Hablé con “el Bolillo” y él, sin dudarle un segundo, me dijo casi como una orden:

“¡Andate, güevón!”. Tomé un avión a Cali, fui a casa, hice una maleta con lo que estrictamente necesitaba para los próximos días. Tenía que volver a salir al aeropuerto. Antes de partir de nuevo, besé a mi esposa y le dije: “Gorda, empaca porque nos vamos para Buenos Aires”. No siendo más, tomé un avión a Bogotá y de allí otro y al siguiente día, viernes 22 de agosto, estaba aterrizando en Ezeiza a primera hora. En adelante, empezaría un fin de semana vertiginoso. En la sala de espera del aeropuerto no había nada o nadie que indicara conexión alguna con Boca Juniors y por un momento me sentí perdido. Unos instantes después, un remisero se me acercó y me dijo: “Che, ¿vos sos Córdoba? Vení para acá”. Sin formalismo alguno, me llevó a un hotel en pleno centro de Buenos Aires y de ahí no salí hasta la cita con mi representante y los directivos de Boca, que sería al siguiente día a las 10:00 a. m.

Aquel sábado 23 de agosto desayunamos y nos fuimos a La Bombonera. Normalmente los jugadores nunca están en las negociaciones del paso de un equipo a otro. Pero, por cosas de la vida, ahí estaba yo, viendo qué podía concretarse. Una y otra vez la negociación se caía sin mayores avances: los precios, las condiciones no eran del todo satisfactorias para uno y otro lado. Y en el medio estaba yo. Le pedía a mi representante que por favor no lo pensara tanto, que simplemente aceptara alguna de las ofertas así fuera de un valor menor al que aspiraba: aquella era una oportunidad que no quería perderme. Pues bien, así pasaron seis horas de mucha palabra y poca acción — sin almuerzo— en las que parecía que faltaban más horas para llegar a una conclusión. Cuando la negociación se cayó por enésima vez, a la sala donde nos encontrábamos ingresó, a las 4:00 p. m., Mauricio Macri. Nunca olvidaré esa imagen: completamente vestido de blanco, acababa de llegar de un club donde había estado jugando tenis. Sin rodeos, preguntó: “¿Ya firmó el colombiano? ¿O llamamos a Chilavert?”. Si era o no por meter presión, lo había logrado. Una vez más le insistí a mi agente y le pedí que lo hiciera. Yo quería estar ahí.

Si hace falta recordarlo, lo explicaré. Boca era en 1997 uno de los equipos más grandes, codiciados, ambiciosos, prestigiosos e impermeables del continente. Un año atrás fue noticia en todas partes que había alcanzado a conformar lo que sus directivos mismos llamaron “el Dream Team” de Boca. Y no era para menos. Estaban ahí las leyendas vivas que eran Carlos Salvador Bilardo, como director técnico, y bajo sus órdenes “Kily” González, Juan Sebastián Verón, Claudio Caniggia y un tal Diego Armando Maradona. Diferente a las expectativas, el equipo soñado de Boca Juniors no había logrado pasar del décimo lugar en la tabla de posiciones en los torneos argentinos de ese año. Fue entonces que decidieron hacer cambios en la nómina para darle un nuevo aire al equipo. En esa búsqueda, Mauricio Macri, José Cirilo y demás directivos de Boca se sentaron a ver aquel Colombia-Bolivia de unos días atrás y decidieron que yo podría ser uno de esos nuevos jugadores. Y ahí me encontraba yo, en una reunión de más de seis horas, con el estómago vacío, tratando de salvar ese cupo.

Nadie quería darle más vueltas al asunto. Entonces mi agente aceptó. Firmamos. Días después, el mismo Macri me confirmaría lo que yo no entendía cuando recibí la noticia sobre el interés de Boca en mí: él y “el Bambino” Veira habían observado juntos,

en un café de Buenos Aires, el partido de Colombia con Bolivia y al ver aquella triple atajada se miraron el uno al otro y se dijeron “esto no lo hace nadie. Traigamos a ese arquero ya”. Era en serio y eso hicieron. Concluida la reunión me trasladaron al hotel Las Américas, donde generalmente se concentraba el equipo. En menos de un fin de semana me había convertido en el nuevo arquero de Boca. Acababa de dar mi paso a un torneo extranjero y el paso era grande.

Al siguiente día era domingo y, claro, había fútbol. En aquella jornada, Boca recibía en La Bombonera a Argentinos Juniors. Fui a ver el partido en el estadio y desde la tribuna sentí la energía de ese templo del fútbol y su hinchada, que en esa jornada celebró una victoria 4 a 2 con goles de Diego Latorre por partida doble, Rodolfo Arruabarrena y Diego Maradona de penalti. En la rueda de prensa que el equipo ofreció después del partido, sin ninguna planeación, Maradona con sus ocurrencias tomó la palabra y lo anunció por iniciativa propia: me presentó ante todos como el nuevo arquero de Boca. Así se conoció la noticia. No me lo esperaba tampoco: Maradona presentándome como su nuevo compañero de cancha.

El lunes 25 de agosto comencé mis entrenamientos con el equipo en Casa Amarilla. Estaba, de nuevo, midiéndome ante algo desconocido. Ya había tenido experiencia con jugadores argentinos y admiraba el fútbol de ese país. Como recordarán, el balompié nacional comenzó a tomar carácter e importancia cuando una serie de jugadores argentinos buscaron suerte en nuestro país en la década del cincuenta. Por un lado y por otro, el fútbol argentino era un referente para el continente y Boca era una de sus joyas. Cuando pensaba que quería seguir mi pasión con un nuevo reto fuera de mi país no imaginé un pase directo a ese club. Generalmente se llega al torneo argentino fichado por otros equipos en los que te vas desempeñando hasta ser llamado por un equipo de la talla de Boca. A mí me habían dado la oportunidad de llegar por vía directa. Así que llegué con toda al camerino. Años después, hablando sobre mi llegada al equipo, “el Vasco” Arruabarrena recordaba con risa aquel día en que me vio entrar por primera vez al camerino: llevaba unas botas y un gabán negro y largo, casi tenía que agacharme para pasar por la puerta y mi presencia le dio un aire de seguridad. “El Vasco” se dijo a sí mismo “con este arquero no nos van a hacer goles”. Cuando me quité el gabán, me bajé de las botas y pasé a la báscula, Arruabarrena se dijo “nos jodimos”.

Poco después, en una siguiente jornada, tuve una primera gran muestra de acogida. A la cancha llegó Maradona a bordo de un Porsche con el que dio varias vueltas alrededor del terreno de juego y llegó a desgarrar un pedazo del campo. Se bajó del carro, me llamó, me tiró las llaves y me dijo: “Córdoba, llevátelo”. En medio de mi sorpresa no supe cómo reaccionar. Solo pude responderle, no con poco asombro: “Si le llego a dañar una llanta a este carro me toca quedarme empeñado aquí de por vida”. Maradona se rio, se acercó y, hablándome con completa franqueza, me dijo: “No te preocupés. Yo sé qué es ser extranjero, no saber nada ni cómo ubicarse en un lugar que uno no conoce. Por eso, cualquier cosa que necesités acá está mi número, el de Claudia y el de Coppola —y me pasó su número de teléfono, el de su esposa y el de su representante—. Lo que necesités, podés llamarnos: cómo ubicarte, en qué colegio meter a las niñas...”. Parecía

mentira, pero era real. Maradona tenía ese tipo de gestos. Pocos meses después se retiraría de Boca.

Inmediatamente recibí el calor humano de compañeros como Luis Hernández, “el Manteca” Martínez y Norberto “el Ñol” Solano. Una vez acogido con aquellos gestos de recibimiento, estaba listo para comenzar los entrenamientos. No tuve que esperar mucho para entrar en el juego. Dos días después, el miércoles 28 de agosto, sería mi debut ante Independiente de Avellaneda. Aquel día, como siempre, La Bombonera estaba a reventar. Aunque yo ya había pasado por experiencias similares, debutar con Boca es un momento en la vida lleno de emociones. Los cantos de la hinchada llamándote desde la tribuna, el estadio que parece a punto de estallar, un rival como Independiente, que contaba en su arco con mi buen amigo de toda la vida, Faryd Mondragón... Sentía muchas cosas juntas al mismo tiempo: había muchos nervios, mucha emoción, mucho estrés y mucha expectativa. El único consejo que mis compañeros me dieron para aquel momento era unánime. Todos lo aseguraban sin miramientos: “La primera bola, Óscar. La primera bola hay que atraparla sí o sí”. Con eso metido en la cabeza entré a jugar.

Y vino la primera bola. Y fue una muy complicada. Una que tiraron en profundidad, entró el delantero para definir. Pateó. Y cuando pateó le pegó en la pierna a Fabbri. La bola cambió de dirección, me pegó en el pecho y la saqué del arco con el antebrazo. La tapé. Había sacado la primera bola. Luego vino un jugador a toda velocidad y le pegó un zurdazo, volé por encima y la saqué al tiro de esquina. Creo que esas dos atajadas dejaron al público como diciéndose: “Este es el arquero de Boca”. Y eso era lo que yo sentía. Aquella fecha quedamos 1 a 1. Y a pesar de que nos empataron, al final del partido sentía nuevamente la alegría de estar haciendo lo que me apasiona. Volvía a sentir esa nueva forma de reto que me hacía sentir por qué yo era el elegido para defender el arco.





## 9

# NO TE OBSESIONES CON EL RESULTADO, SINO CON TU RENDIMIENTO

Estaba en Boca. Pero vendría un año largo e incierto, muy vertiginoso. Luego de mi presentación con el equipo ante Independiente por Copa Sudamericana, vendría mi debut por el torneo nacional en un partido contra Platense en cancha de Vélez Sarsfield. Lo recuerdo en especial por una atajada que le hice a Claudio Spontón. “El Bambino” Veira me había dicho: “Óscar, cuando estés armando la barrera, Spontón te la va a mandar al otro palo. Tenés que estar atento porque va a tratar de sorprenderte”. En efecto, en el momento en el que estaba armando la barrera, Spontón arrancó, pateó sin pensarlo dos veces y yo salí volando, la saqué con la izquierda al ángulo, di una vuelta canela en el suelo y me paré. Fue una atajada contundente y muy bonita que, creo, para el que no me hubiera visto tapando con Boca, hubiera sido un momento muy bueno para conocerme. Era confirmar en el torneo nacional que yo era el arquero de Boca Juniors y ahí estaría. Aquel partido terminó 2 a 2 y era el inicio de una recuperación del equipo que se había buscado de muchas maneras.

En la siguiente fecha, el 3 de septiembre de 1997, hacían su debut con el equipo dos futuros ídolos: el gran Martín Palermo y mi amigo de toda la vida Jorge Bermúdez. Recibíamos en La Bombonera a Cruzeiro, nuevamente en el torneo por la Copa Sudamericana, y solo ese partido le bastó a Jorge para convertirse en “el Patrón” de Boca cuando anotó el único gol del encuentro. En el minuto 28 Nolberto Solano cobró un tiro de esquina y en el centro recibió Jorge con un cabezazo que metió la pelota en el arco que defendía Dida. Pero en ese mismo partido me llevaría un recuerdo de su debut. En la salida por una bola, Jorge me cayó encima de la rodilla, yo lo sostuve por unos segundos, pero no logré amortiguar totalmente. Me lesioné. Ahí me quedó una distensión de ligamento en la rodilla derecha. Comenzaría un momento complicado.

Recuperarme completamente de esa lesión me tomaba entre un mes y un mes y medio y yo no llevaba ni dos semanas jugando con Boca. Era un lujo que no podía darme: ir en préstamo a un equipo internacional, después de manifestar mi deseo de un cambio y llegar a sentarme. Sencillamente no podía quedarme por fuera de la cancha. Lo único que podía hacer era jugar con o sin distensión de ligamento. La solución que encontramos era ponerme una férula que me cubría la pierna y que tenía un fierro que me atravesaba y me estabilizaba la rodilla. Entonces empecé a tapar con esos armazones. Necesitaba tapar. Comencé a entrenar triple jornada para poder recuperar la rodilla y mi

día a día básicamente tomó una rutina en la que entrenaba por la mañana, luego fortalecía; entrenaba con el equipo, fortalecía de nuevo y después volvía a entrenar. Era lo único que podía hacer. Tapaba con sudadera y nadie sabía que debajo tenía todos esos aparatos, mucho menos sabían de mi lesión o que estaba en recuperación, excepto “el Bambino”, el médico y yo.

No fueron días fáciles. Recuerdo, por ejemplo, el partido contra Colo-Colo en el Monumental de Santiago el 24 de septiembre de 1997 por la Copa Sudamericana. En ese encuentro atajé tiros de Ivo Basay y de José Luis Sierra, quienes después de cuatro intentos seguidos lograron hacer gol en el minuto 74. Pero fue el primer gol de Colo-Colo el que más recuerdo. En el minuto 36, Marcelo Espina cobró un tiro libre tras una falta sobre Richard Zambrano. Pateó y el balón se vino directo a mí. Me agaché para atraparlo y en ese momento la lesión hizo su aparición con un dolor que prácticamente me recorrió toda la pierna de tal manera que no alcancé a recuperarme para tirarme al otro lado. Quedé medio arrodillado, algo inmóvil, el balón me pasó por la pierna extendida y siguió derecho sin que yo pudiera moverme. Fue uno de los goles más bobos que me han hecho. Ese día terminamos 2 a 1 y fuimos eliminados.

Sin embargo seguimos trabajando. Nos enfocamos en el torneo nacional y vinieron varios partidos en los que ese nuevo Boca, con jugadores que no eran del todo conocidos por la hinchada, levantaba de a pocos y empezaba a ganar terreno. Recuerdo en especial el primer superclásico que jugué. El encuentro, que siempre ha sido una especie de batalla, se jugó aquella vez en cancha de River, el 25 de octubre de 1997. Fue un partido duro: empecé atajando un ataque de Marcelo Gallardo, que mandó la pelota con una potente izquierda y la atrapé con ambas manos, despejé y en mitad de cancha la recibió Leonardo Astrada, quien volvió a pasársela a Gallardo y tiró de nuevo al área, recibió Mauricio Salas y yo, sin pensarlo dos veces, me mandé sobre el balón, que me rebotó en los brazos contra el suelo, apareció Sebastián Rambert y lo botó. Fue una manera de consolidarme de nuevo y esta vez en cancha del rival histórico. Más adelante, en el minuto 40, vino el gol de Ortega a mi arco para abrir el marcador. Empatamos en el minuto 47 con gol de Julio César Toresani. Para el desempate, tiro de esquina de “Ñol” Solano y cabezazo de Martín Palermo en el minuto 67. La jugada fue polémica porque en medio del caos en el área, Germán Burgos, arquero rival, amarró a Jorge Bermúdez y no contó con que aparecería Palermo para rematar. Al final, tres minutos de reposición y el partido continuó con un ataque intenso de River que se recordará porque los once jugadores, incluido Burgos, se vinieron con todo a anotar gol a como diera lugar. Esos tres minutos fueron de una intensa defensa en la que tuve que recibir un tiro de Berti, dos centros de Gallardo (de tiro libre y de esquina) y un cabezazo del mismo Burgos que saqué con el puño y al que le caí encima. Todo en menos de dos minutos. Cuando por fin dieron el pitazo final éramos punteros del torneo y celebramos en la cancha del rival. Era mi primer superclásico y también el de Jorge, el de Palermo y el de Solano. También pasó a la historia como el último partido de Maradona.

Para ese momento ya estaba recuperándome casi por completo de mi lesión en la rodilla. Vendrían nueve partidos más. En aquel Torneo de Apertura de la liga argentina

de 1997 jugamos 19 partidos en total, de los cuales ganamos 13, empatamos cinco y perdimos solo uno: contra Lanús. En otras palabras, con su nueva nómina de jugadores modestos, apenas conocidos por el público, Boca se ganó de nuevo y por un momento la confianza de su hinchada. Llegamos a ser subcampeones. Al final, el campeonato lo obtuvo River por un punto de diferencia. Fue un “sinsabor amargo”, como diría el gran “Totonó” Grisales: trabajamos tanto, ganamos en casi todo y el título se nos escapaba por un punto. Pero la ganancia era buena. A pesar de eso, nuevamente Boca estaba recuperando el lugar que un año atrás había dejado con grandes caídas. Pero no fue por mucho tiempo.

Por mi parte, también tenía en ese año un reto personal, que era lograr de nuevo la titularidad en la Selección Colombia para el Mundial de Francia 1998. A pesar de mi lesión, solo había dejado el arco de la selección en aquellas fechas para el partido ante Venezuela en Barranquilla el 10 de septiembre de 1997, cuando tapó Miguel Calero. Volví para el encuentro Argentina-Colombia que disputamos en La Bombonera el 16 de noviembre. Para ese momento ya estábamos clasificados y yo, recuperado. Terminamos 1 a 1. En conclusión, fue un semestre que terminó con buenos logros: habíamos clasificado al mundial sin mayores inconvenientes, había llegado a Boca, habíamos levantado al equipo con compañeros que venían también convocados a renovar el grupo, habíamos logrado el subcampeonato, había jugado a pesar de mi lesión, me recuperé de ella jugando y mi desempeño había sido bien recompensado ya que antes de cumplir los seis meses Boca decidió comprarme.

Pero, inesperadamente, comenzaría una caída paulatina, sin pausas, y podría decir sin temores que todo fue culpa de un asador. Sí, de un asador. Había regresado a Cali para vacaciones de final de año y, entre los juguetes que conseguí en Argentina, llegué con parrilla a bordo, un aparato con todas las de la ley para hacer un asado como los gauchos mandan. Una vez en casa me decidí a armarlo. En medio de la instalación, no sé cómo, hice mal una fuerza y sentí inmediatamente cómo algo en la espalda se desgarraba levemente, como un breve jalón que me punzaba por detrás.

Fue un pequeño dolor que podía ser uno más, aunque no tan común como otros. Pero eran vacaciones y faltaban días para volver a la cancha. Entonces no le paré bolas al tema. Ese pequeño dolor siguió presente, soportable, pero constante, y así me acompañó hasta mi regreso a Buenos Aires. Cuando inicié la concentración con Boca para la pretemporada, el dolor se sentía como un leve espasmo. Comenzamos los entrenamientos y en los ejercicios de fuerza, de alzar pesas, el dolor parecía intensificarse. No importaba. Seguí entrenando y así llegamos a los primeros partidos. Comenzamos el Torneo de Clausura ganándole 3 a 1 a Argentinos Juniors. Luego vino un golpe bajo: Platense nos ganó 4 a 0 en La Bombonera. El 25 de febrero visitamos a Newell's y ganamos 4 a 2, con gol del “Chicho” Serna en su debut con Boca. Y, finalmente, vino el partido ante Vélez en La Bombonera. Hasta esa cuarta fecha del torneo, el desgaste no daba para más. El dolor era intenso e ineludible. Atajé en aquella jornada tiros de Raúl Cardozo, de Carlos Cordone, de Martín Posse y de Lucas Castromán... Faltando cinco minutos para el final del partido, el encuentro iba 2 a 2 con

anotaciones de Castromán y de Husaín en mi arco y de Palermo y de Arruabarrena por el lado de Boca. Entonces vino una falla. Venía Posse con el balón perseguido por Néstor Fabbri. El área estaba despejada y salí a recibir la jugada, pero Posse me sobrepasó. El arco quedó solo y Fabbri intentó detener al rival a pocos metros de rematar, hasta que el 11 de Vélez cayó en el área. Falta, roja para Fabbri y penalti a favor de Vélez. El tiro lo quiso cobrar Chilavert y así fue. En el minuto 87, con un izquierdazo potente, el paraguayo me hizo gol de penalti. No quedaba tiempo para empatar. El partido quedó 3 a 2. En los noticieros solo se habló de “las fallas de Boca”. Vélez se convirtió, en la cuarta fecha, en el puntero del campeonato con 12 puntos y Boca pasaba de nuevo a estar noveno en la tabla de posiciones con seis puntos.

Luego de esa derrota, tras una resonancia, detectaron que aquel espasmo que había empezado como un leve dolor, que ya comprometía mi rendimiento óptimo, se trataba de un problema en el disco L4-L5 de la columna vertebral, en la parte baja cerca a la cadera. Tenía que empezar mi recuperación. No podía seguir así, no estaba en óptimas condiciones. Las cosas empezaron a ponerse tensas. En la siguiente fecha no me llamaron para jugar. Me mandaron al banco y empezó a tapar “el Pato” Abbondanzieri. No me había pasado algo así desde Millonarios, y aunque ya sabía de qué se trataba estar en el banco, ahora era diferente. En los días de Millonarios comenzaba mi carrera, era un pelado. Ahora estaba en juego no solo mi titularidad con Boca, sino también con la Selección Colombia y el mundial estaba cada vez más cerca. Con cada fecha que pasaba, Faryd y Miguel tapaban con normalidad y solvencia en sus equipos mientras yo me seguía recuperando. Pasé dos meses sentado, a la espera de un nuevo llamado para ir al arco y en ese tiempo solo jugué con Boca en una ocasión para un amistoso frente a México. Lo único que quedaba por hacer era, nuevamente y como ya sabía por mis anteriores experiencias, dar todo de mí y un poco más en cada entrenamiento, regresar a ese punto de partida que me había puesto. Recordé el ejercicio anterior que hicimos, retomé mi lista, vi a donde quería llegar y qué debía hacer para estar de nuevo en mi posición de privilegio, me repetía todo el tiempo “este soy yo, con esto debo trabajar, me quiero ocupar y nada ni nadie me detendrán en llegar”. Y como eso hay que hacerlo estando bien rodeado, pues en aquel momento Jorge y “el Chicho” fueron incondicionales. Me dijeron que cualquier cosa que necesitara contara con ellos y así fue. Cada entrenamiento de más, cada fortalecimiento de más, cada minuto de más, ellos estuvieron ahí para apoyarme en mi recuperación. Más que compañeros, más que compatriotas, éramos una hermandad.

También, con cada fecha que pasaba, Boca seguía hundido en una espiral de decadencia de la que parecía no tener pronta salida. Mientras por mi cuenta corría la presión de trabajar y estar preparado para cualquier momento en el que fuera llamado de nuevo a rendir y defender el arco con la altura que era casi urgente, el equipo seguía teniendo fallas partido tras partido. Para abril de 1998 el plantel se sumió en discusiones internas, que es algo que ocurre en cualquier equipo, pero que en Boca se tornaron densas y los medios presionaban a los jugadores para declarar, es decir, para obtener información de primera mano, confidencial si se quiere, sobre la intimidad del club

acerca de aquel mal rato. Mejor dicho, jugábamos en medio de un chismerío. De alguna manera se publicaron rumores que empezaron a quebrantar la estabilidad del equipo y fue entonces que el 20 de abril, después de una derrota frente a Lanús y un empate con Rosario Central, tras un entrenamiento Diego Latorre fue encarado por los medios a la espera de su salida y allí declaró la histórica frase: “Boca es un cabaret”. Parecía que el club estaba en una de sus peores crisis y todo terminó con una sobreactuación: el malestar general se tomó el equipo y terminaron los ciclos del “Bambino” Veira y también de Latorre, Caniggia, Fabbri, Pineda y Solano.

Cuando pude retomar el ritmo y me había recuperado totalmente ya era tarde para levantar el equipo por el título del Torneo de Clausura 98. Volví al arco, pero con suerte Boca no pasaría de la sexta posición. Por otro lado, también había perdido la titularidad con la Selección Colombia. Fui convocado para estar en Francia 98, pero en el último semestre Faryd se había destacado notablemente y era indiscutible que sus méritos para la titularidad merecían una buena recompensa. Viajé a Francia y no toqué el campo. Como todos los que están en la banca en un mundial, lo que me quedó por hacer era fuerza: en un torneo, siempre, todos debemos estar con todos porque si uno pierde todos pierden; si uno gana, todos ganan. Colombia se enfrentó a Rumania, nuevamente, en su primer encuentro en un mundial y una vez más volvimos a perder, esta vez 1 a 0. Nos enfrentamos luego a Túnez y ganamos con el único gol que hicimos en aquella copa, cortesía de un jovencísimo Léider Preciado. Y finalmente quedamos afuera ante una selección de Inglaterra que jugó con mucha más superioridad, que nos hizo parecer un equipo viejo, sin nuevas propuestas, y me atrevo a decir, de no ser por Faryd seguramente en ese encuentro nos hubieran llenado la bolsa con muchos más goles.

No hubo nada qué hacer. Nuevamente éramos eliminados en primera fase en un mundial. Y, sin embargo, ahí no paraban las preocupaciones. Francia 98 terminó para Colombia aquel 26 de junio y para nosotros vendría lo que fuera que nos deparara en nuestros respectivos equipos. En cuanto a Boca, el rancho seguía ardiendo, aunque en realidad se mantenía una tensa calma. El equipo había quedado sexto con apenas 46 puntos a cargo de un técnico interino y a puerta cerrada se barajaban nombres del próximo entrenador que todos desconocíamos. La pretemporada para el Torneo de Apertura 1998 estaba por comenzar y aún no se sabía quién tomaría las riendas. Días después se confirmó la gran noticia: Carlos Bianchi, nuevo director técnico de Boca.

Cuando Jorge, “el Chicho” y yo aterrizamos en Ezeiza a eso de las 6:00 a. m. pensábamos que iríamos a descansar del vuelo de toda la noche de regreso, tal vez un par de días. Pero no: nos recogieron en el aeropuerto y nos llevaron de inmediato a entrenar. Sería el inicio y la marca del trabajo de Bianchi, la manera de decir que ahora comandaba él: no había tiempo que perder, no había tiempo para descansar. A las 8:00 a. m. estábamos en Casa Amarilla desplazados directamente del aeropuerto y para que no cupiera duda de que la cosa era muy en serio, nos recibió en el campo Julio Santella, el preparador físico quien fue la mano derecha de Bianchi durante varios años. Nos puso a correr en cuanto pisamos la cancha, no había vuelo de ocho horas que valiera, no importaba que nos acabáramos de bajar del avión y no hubiéramos pasado por casa: a lo

que íbamos era a entrenar. Era en serio. Ese día recuerdo que me encalambré.

Solo fue a los dos, tres días que conocimos a nuestro nuevo entrenador. A la cancha llegó Carlos Bianchi. Cualquiera con un poco de noción sobre fútbol en aquella época ya sabía que él era una leyenda viva del fútbol argentino y europeo como jugador y años atrás había empezado a superar sus propias glorias en una faceta como técnico que ya resonaba en el fútbol a nivel mundial. Máximo goleador en tres ocasiones del torneo nacional en Argentina con Vélez, a su vez máximo anotador de la historia de Vélez, también se había coronado máximo goleador en cinco veces consecutivas en su paso por Francia con los equipos que defendió: primero el Stade de Reims y luego el París Saint-Germain. Además, ya había sido consagrado como el jugador argentino más goleador en primera división de la historia con 385 goles, marca que solo sería superada por Messi casi tres décadas después de su retiro. Como si eso no fuera suficiente para él, había logrado con Vélez una racha de glorias que habían superado el nivel de leyenda que ya tenía para el club que lo vio nacer: entre 1993 y 1996 lo había comandado hasta alcanzar tres veces el campeonato nacional, una vez y por primera vez la Copa Interamericana, una vez y por primera vez la Copa Libertadores y finalmente una vez y por primera vez la Copa Intercontinental. Vélez había pasado de ser sexto en el torneo argentino a llegar a la cima del mundo gracias a Bianchi. Mejor dicho, lo había logrado todo y hasta más con Vélez. Y ahora prometía hacer lo mismo con Boca en un reto épico.

Más allá de la leyenda, mi mayor preocupación en ese momento era saber si yo estaba dentro de los planes del entrenador. Aunque había pasado un año retirado de las canchas, Bianchi se trajo consigo a Antonio Barijho, que venía de Huracán; a José Pereda, que venía de Universitario de Deportes en Perú, y a Hugo Ibarra, que venía de Colón. Era normal pensar que entonces, tal vez, Bianchi también quisiera entrar con un cambio en el arco y empezó a correr el rumor de camerino de que muy probablemente trajera en su costal a Chilavert, que acababa de quedar campeón con Vélez nuevamente en el Torneo de Clausura de 1998 y aparecía de nuevo como un fantasma al acecho. Hasta que por fin conocimos al mismísimo Carlos Bianchi en persona: ya tenía la apariencia de serena sabiduría que lo había caracterizado en los últimos años, la cabellera blanca, el traje impecable. Una vez frente a frente, nos llamó a Abbondanzieri y a mí para hablar a solas. A puerta cerrada, y con el dominio de maestro que tenía, nos dijo simplemente: “Quien trabaja, juega. Quien respeta, juega”. Así, con esas cortas y pequeñas frases, nos daba su espaldarazo, nos confirmaba su apoyo. En otras palabras, a Boca no llegaría José Luis Chilavert. Nosotros seríamos sus arqueros. Y teníamos en Bianchi total respaldo. Confiaba en nosotros.

Fue entonces que comencé a entender la importancia de lo que había pasado en aquel primer año con Boca. En el fútbol los resultados importan, eso es clarísimo. Pero, debo decir también, que no deben ser la mayor ni la más inmediata obsesión del jugador. En primera instancia, el futbolista debe ocuparse de que su rendimiento sea producto de la máxima entrega y disciplina que a conciencia pueda dar. Nuevamente, el trabajo con dedicación se convertía en lo único que podía responder por mi desempeño. Claro, había pasado un semestre duro, pero eso no hablaba enteramente por todo lo que era o sería

Óscar Córdoba. No habían sido los mejores resultados, pero no serían los únicos. Lo que realmente debía importar era la dedicación en el rendimiento personal. Desde ahí se debía empezar y, creo, esa conciencia de trabajo individual y grupal, esa forma de entender que si respetas tu propio trabajo seguramente terminará siendo reconocido y dando buenos resultados, sería la mayor enseñanza en lo que vendría para mí al igual que para todos los jugadores de Boca en los siguientes años inolvidables.

Todo estaba dominado por el liderazgo de Bianchi. Cuando me lesionaba o cualquiera del equipo se lesionaba, él era el primero en llegar al departamento médico para recibir a cada uno de los lesionados y antes de irse del entrenamiento volvía a pasar para preguntar cómo iba cada uno. Bianchi estaba hecho de ese tipo de detalles. De sus lemas, el primero que recuerdo y que siempre nos decía era: “La foto del principio, no la foto del final” y con eso se refería a que en realidad uno tiene que tener en cuenta al equipo que hay al principio y no al final de la temporada: sus lesiones, sus rendimientos, sus ausencias y a partir de eso empezar a trabajar. Eso era lo que realmente importaba.

Ya recuperado y confirmado por Bianchi para volver a la titularidad, vinieron tres partidos por el Torneo de Apertura de 1998 que no fueron fáciles para mí. El primero, contra Ferro de visitantes que ganamos 2 a 4. Luego, recibimos en La Bombonera a Gimnasia de Jujuy y ganamos 3 a 2. Finalmente vino el más duro de todos, contra Argentinos Juniors en La Bombonera que terminó 2 a 2. Aquel encuentro sería intenso y empezó con un golazo en mi contra. En el minuto 14 venía “el Polo” Quinteros con la pelota y desde mitad de cancha hizo un pase largo que Jorge respondió con un taco en el área que no sé de dónde sacó y devolvió de nuevo la pelota a la mitad de la cancha donde, sin dejarla tocar el suelo, respondió de nuevo Quinteros con un derechazo que la mandó directo al arco. Yo había salido a recibir la bola que Jorge había devuelto y cuando vi que venía de regreso por el aire regresé corriendo inmediatamente, me lancé hacia la izquierda, pero la pelota era rapidísima y entró por encima de mi mano. El segundo gol del partido sería un cambio de frente de Brizuela a Cartes que centró, Martín Palermo la peinó y apareció de nuevo Quinteros, que anotó con un cabezazo en el minuto 52. La tensión de perder de nuevo estaba a la orden y los dos goles por el empate serían anotaciones de Martín.

Al siguiente día, entrenamiento. Pero, además, la prensa: nuevamente se hablaba de una actuación desastrosa y en especial se me culpaba de tres partidos cada uno con dos anotaciones en contra y por eso se debía justificar mi pronta salida del equipo. Recuerdo en especial una frase que, si no estoy mal, era de *El Gráfico*, que con gran ingenio — como siempre—, para describir aquella situación, decía algo como “Boca es como una calle de Buenos Aires: comienza en Palermo y termina en Córdoba”. Mejor dicho, yo era un desastre en ese momento para la prensa.

Aquel entrenamiento lo había citado estratégicamente Bianchi en La Bombonera y no en Casa Amarilla. A nuestra llegada en las tribunas se veía a los periodistas y a algunos hinchas que venían a observar aquella jornada. Cuando entré en el campo busqué al entrenador para hablar, pero él me dio la espalda y me dijo: “Andate. Después te explico. Andate”. Lo único que pensé fue “juemadre, me echaron”. Como para no

dejar mis temores atrás, en minutos se me acercó Carlos Ischia y me dijo: “Che, Ojcar... Ahora que termine el entrenamiento te vas a la oficina de Carlos (Bianchi) que él quiere hablar con vos”. Nuevamente, pero con más certeza, me dije a mí mismo: “Jueputa, me echaron. Chao, Cordobita”. Una vez terminado el entrenamiento, entré al camerino y acto seguido fui a la oficina de Bianchi tal cual era la orden. Toqué la puerta. “¡Entrá!”, se escuchó la voz desde el otro lado: ya sabía que era yo. Cuando entré allí estaba Bianchi, sereno como siempre. Me dijo: “Che, Óscar, no te atendí en la cancha porque la gente no sabe de qué estamos hablando. Cualquier gesto que realicés la gente lo va a interpretar como que estás alegando. Si me decís ‘buenos días’, el que está a veinte, treinta metros no va a pensar que me estás diciendo ‘buenos días’. Y no vamos a dar de qué hablar a la gente”. Eso fue todo. No me habló de mi desempeño en los últimos partidos. No me habló de mi permanencia en el club. En otras palabras, aunque no estaba dicho, yo continuaba en Boca, al menos por ese momento, muy a pesar de lo que había pasado en el encuentro ante Argentinos Juniors.

Terminada nuestra pequeña reunión, Bianchi se dirigió a la sala de prensa donde atendería a los periodistas que, como después de cada entrenamiento de Boca, esperaban novedades. Apenas entrando, tocó el espaldar de su silla y aún de pie, sin que nadie le preguntara, sin dar pie a interpretaciones, dijo a secas: “¡Tapa Córdoba!”. Entonces estaba confirmado. El próximo partido por el torneo de la liga taparía yo. Bianchi no me dijo nada más. No me dijo “tenés que mejorar esto”, no me dijo “tenés que hacer aquello”. No. Así nos fuimos a la siguiente fecha. Solamente “tapa Córdoba”.

El encuentro sería contra Gimnasia y Esgrima de La Plata en El Bosque el 30 de agosto, siete días después del empate contra Argentinos Juniors. El encuentro terminó 0 a 0, sin mayores novedades. Un nuevo empate. Pero esta vez tapé bien. Era una forma de recuperar la confianza. Al parecer, el equipo también lo sentía, cada uno a su manera. En adelante, vinieron cinco fechas más con victorias ante Huracán (6 a 2), Belgrano (2 a 4), Newell's (2 a 1) y un empate ante Racing en su cancha (1 a 1). Continuamos la racha con Platense (3 a 0), Colón (0 a 3) y Vélez (2 a 0). Vino entonces, en la fecha 12, el superclásico. River nos recibía en El Monumental y Boca ya llevaba ocho fechas invicto en el torneo. El último superclásico lo había tapado Abbondanzieri el 11 de abril, por los días en los que yo me dedicaba a recuperarme de la lesión en la L4-L5.

Fue un partido duro, constante, en el que ambos equipos estaban encima el uno del otro. Hacia el final del primer tiempo, con un marcador vacío, vino la falta del “Chicho” sobre Pablo Aimar y el árbitro pitó penal. El tiro lo cobraría Marcelo Gallardo, que ya era ídolo de su hinchada por esos días. Era el momento justo en el que el partido podía tomar un rumbo a favor de los locales y, además, definir el desempeño que Boca había llevado hasta el momento y también en lo que quedara en el torneo. Frente a frente, él y yo sabíamos que estábamos definiendo lo que vendría. Gallardo se preparó, se oyó el pitazo, corrió hacia el balón, le pegó con derecha hacia el costado, me tiré a la izquierda... y lo tapé. El Monumental, que estaba por estallar anhelando un gol de River, se quedó viendo nuestra celebración. Fue uno de los penaltis más importantes de mi carrera. Era la confirmación de que en Boca estaba y en Boca me quedaba. Era una

especie de abre bocas de lo que vendría y que yo mismo no esperaba fuera tan lejos. Era la confirmación de que Bianchi había hecho bien en darme ese espaldarazo, esa confianza. Fue el momento en el que, podría decir, empecé a convertirme en el arquero que Boca esperaba que fuera: había goles, claro, pero no eran míos. Por ese mismo espaldarazo que Bianchi les dio a los demás jugadores, Boca Juniors empezaba a convertirse en el equipo que la hinchada y la Argentina esperaban que fuera: un fenómeno sin precedentes.

Lo que había empezado dos meses atrás como una estrategia pausada y de observación de Bianchi para darle forma a ese equipo que empezaba a levantarse se convirtió en la rutina de nuestro éxito. El grupo funcionaba como un relojito. Llegábamos el lunes a entrenar y descansábamos el martes. El miércoles, de nuevo, preparación física. Fue en aquellos días que en el camerino se hacía lema recurrente aquella frase de Julio Santella que decía con gusto y no poco sarcasmo: “Sufrimos en semana, pero disfrutamos los domingos”, y todos los jugadores estábamos de acuerdo. La rutina era sagrada, respetarla era respetar a los demás miembros del equipo. Nos hicimos a una confianza que parecía perdida hacía mucho tiempo y con cada fecha nos conocíamos cada vez más a tal punto que podíamos trazarnos la idea de cómo y a cuánto ganar partido tras partido.

Entonces empezaron los resultados.

Así obtuvimos el campeonato de ese semestre en el Torneo de Apertura de 1998, después de seis años de espera en los que Boca no había llegado a la cima, 19 partidos, 13 ganados, seis empatados, cero perdidos; 45 goles a favor y solo 18 en contra. Llegamos a la cima con 45 puntos. Pero para Bianchi una victoria era solo una victoria. “Quien trabaja juega, quien respeta juega”. El perfecto engranaje que había creado debía seguir funcionando. Así fue que, nuevamente, sin tiempo que perder, empezamos entrenando desde el día cero de la pretemporada por el Torneo de Clausura de 1999. Comenzamos de nuevo enfrentándonos a Ferro y volvimos a ganar, esta vez 3 a 0. Sin querer decir que la historia se confirmaba, la historia se confirmaba: seguían las rachas de victorias. Así pasaron otros seis meses y con Boca logramos lo impensable que hasta hoy continúa como una marca vigente que ningún equipo en Argentina ha superado: permanecimos invictos durante 40 partidos consecutivos. Para la fecha 17 del Torneo de Clausura 1999, el 6 de junio ante Independiente en su cancha, perdimos 4 a 0. Por primera vez en casi un año perdíamos un partido. Pero para el momento de salir al campo en ese encuentro ya éramos campeones. Repetimos campeonato nacional y aún faltaban dos fechas por terminar el torneo.

Esa misma disciplina nos llevó a la campaña para la Copa Libertadores en el 2000. Sería, tal vez, uno de los años más intensos en mi carrera deportiva y sin duda lo fue también para Boca. Si el equipo era ambicioso, Bianchi lo era aún más y lo digo en el buen sentido de la palabra: calculaba cuántos torneos venían y, de entrada, calculaba también cuántos títulos alcanzaría. Nos preguntaba: “¿Cuántos torneos vienen?”. Le respondíamos: “Tres”. Él replicaba: “Entonces nos traemos cinco títulos”. Entre nosotros nos preguntábamos cómo, pero teníamos toda la confianza en sus cálculos. Aunque nos

teníamos confianza, mientras en nuestras cabezas no dimensionábamos o todavía estábamos pensando en cómo sería posible ganar el torneo, Bianchi ya había pasado y repasado por esas estrategias y sabía que podía ir por más. No se conformaba con ganar, quería todo el botín. Trabajaba para ver hasta dónde podíamos llegar y qué seguía después.

El año lo empezamos con un partido por Copa Libertadores como visitantes ante Blooming de Bolivia en Santa Cruz de la Sierra, fue un encuentro duro y desastroso, con una cancha completamente embarrada y deteriorada. Perdimos ese primer encuentro 1 a 0. Pero fue el único. Vinieron victorias sucesivas desde que recibimos a Universidad Católica en La Bombonera (2 a 1) hasta terminar los octavos de final ante El Nacional de Ecuador, también de locales (5 a 3), después de empatar 0 a 0 en el partido de ida en Quito.

Entonces vinieron los cuartos de final. Nos enfrentábamos a River, primero en El Monumental, luego en La Bombonera. Sin duda, era lo más duro a lo que nos enfrentábamos en ese momento. Sin ser adelantados, con todas las posibilidades en la mesa, y sin menospreciar a ninguno de los siguientes rivales, entre los jugadores de Boca teníamos presente que en esos encuentros se definía en gran medida el campeón de la Libertadores. Al menos esa era la idea que teníamos Y para empezar, a los 15 minutos del partido de ida que jugamos como visitantes, vino el centro de Díaz en el que alcancé a tocar la pelota cuando intentaba atajarla, pero se me atravesó Saviola, la bola rebotó en el suelo y entró Juan Pablo Ángel para rematar. Luego vino el empate con el golazo de tiro libre de Juan Román Riquelme y así terminamos el primer tiempo. Cuando volvimos dispuestos a todo en la cancha, al minuto 47 vino el gol de Saviola, que tiró un balón potente fuera del área y entró por el ángulo sin que pudiera atajarlo después de tirarme a la izquierda. Así terminó el encuentro y en los restantes 43 minutos intentamos por todas las maneras empatar, pero no pudimos.

Hubo presión y desgaste en los días que antecedieron al segundo encuentro. Pero, a pesar de eso, no nos dejamos llevar por la derrota. Era el estilo de Bianchi. Teníamos que prepararnos para la revancha: la rutina seguía tal como se había planeado y se venía haciendo desde hacía casi dos años. Cuando salimos a la cancha el 24 de mayo estábamos confiados, seguros de nosotros mismos. En aquel encuentro atajé tiros de Zapata y Saviola, River estuvo encima constantemente. Fue un partido complicado, que durante más de la mitad del tiempo estuvo en ceros. Hasta que en el minuto 59 apareció Marcelo Delgado y abrió el marcador a nuestro favor. Teníamos que ganar sí o sí, porque sobre ambos equipos estaba la idea de que ahí se definía todo. Hacia el final del partido parecía que iba a terminar sin nuevas anotaciones, y fue entonces que vino la falta sobre Sebastián Battaglia, cobró penalti Juan Román Riquelme para poner el 2 a 0 en el minuto 84. Aunque ya estaba ganado no era suficiente. Sobre el final del partido hizo su gran aparición Martín Palermo y anotó, en el minuto 90, el gol histórico a cinco segundos del pitazo final que cerró con todas las de la ley aquel encuentro en el que nos impusimos nuevamente.

Pensábamos que lo más duro había pasado. Pero vendrían los encuentros frente al

América de México por semifinales. Aunque el primero en La Bombonera lo habíamos ganado 4 a 1 y parecía un partido dominado, el encuentro en el Azteca fue complicado y podría decir que fue el momento más duro de Boca en toda la temporada. A pesar de haber viajado con una ventaja muy considerable de goles, Bianchi nos había advertido que la única manera de que el América nos hiciera gol sería de pelota quieta. Y, en efecto, esa noche nos hicieron tres goles de pelota quieta. Era como de no creer y todos estábamos consternados al ver que América estaba alcanzándonos y la definición se iría a penaltis. Estaban a punto de sacarnos. Cuando se acercaba el final vino aquel gol salvador, rarísimo, de Walter Samuel, que hoy en día todavía no me explico cómo pasó. Minuto 87, tiro de esquina desde la derecha que cobró Riquelme, vino el centro y desde el otro lado saltó Samuel, metió un cabezazo casi al revés, el balón se fue en bombita por encima de todos y se metió en el ángulo contrario. Créanme, aún veo el gol y no entiendo cómo pasó. Siete minutos después vino el pitazo final y era verdad: éramos finalistas de la Copa Libertadores.

Los encuentros por la final fueron algunos de los partidos de mayor concentración que haya tenido. Palmeiras era un equipo que se había desempeñado con mucha altura y era un rival fuerte. Nos la jugábamos en serio. Y en medio de ese contexto yo tenía una figura especial. Nuevamente estaba en la final de la Libertadores y para aquel momento seguía marcado por el gol de Crespo tras la mala jugada que hice y que le quitó el título al América de Cali ante River. Nuevamente la presión se cernía sobre mí. Boca no se encontraba en esa posición desde hacía veinte años y yo era su arquero con un antecedente reciente que no había sido el mejor. Sin embargo eso no importaba para el equipo ni para Bianchi. “La foto del principio, no la foto del final”. Yo ya era otro Óscar Córdoba y era mi oportunidad de demostrarlo. Recibimos a Palmeiras en La Bombonera y ese día, en un partido duro, terminamos empatados 2 a 2. Los comentarios no se hicieron esperar. Recuerdo en especial que, por esos días, esperando el partido final y definitivo en Brasil, desde Colombia me habían hecho llegar —no me pregunten cómo, no me acuerdo— una emisión de un programa de Martín de Francisco en el que decía algo como “...Y en el arco: Óscar ‘mecagolospartidosimportantes’ Córdoba”. Era como si de nuevo se esperara un error mío.

Llegó el 21 de junio. Al Morumbí no le cabía un alma: casi 70.000 hinchas, la mayoría por supuesto de Palmeiras, sin embargo hasta allá nos acompañaron 4.000 hinchas de Boca. Aunque el equipo estaba tranquilo, se sentía la intensa presión de la tribuna. Desde el principio Boca salió al ataque y un ligero bajonazo se nos vino en el tercer minuto tras el tanto de Palermo que fue anulado por fuera de lugar de Arruabarrena. Fue el inicio de la tensión. Luego vino el tiro de Junior que recibí con las manos, era el primer intento de gol de Palmeiras, en el minuto 13. Más adelante, tres tiros de esquina seguidos cobrados por Alex que saqué de un puño el primero y atajé con las dos manos el tercero. Sobre el minuto 27, el primer susto con ataque de Galeano, que se vino desde mitad de cancha, pasó a Rogeiro, que centró y en el área respondió Ibarra para sacarla, pero rebotó en Galeano y por poco pudo ser gol —uno muy bobo— si no atajaba el balón con las dos manos. Más adelante, cerca del final del primer tiempo, vino

el tiro de Rogeiro con una derecha potente que se me vino de frente y tapé con la mano izquierda. Fue un primer tiempo intenso sin goles. Y así también pasaría la segunda mitad. Era como si el fútbol me diera una revancha, pero para poder salir victorioso, esa revancha tenía que ser completamente sufrida. Y en Boca habíamos aprendido en los últimos dos años que no nos importaba sufrirla. Vinieron entonces los penaltis. Los ojos de todo el continente puestos sobre mí. Antes de empezar, Bianchi se me acercó y, como siempre, su consejo fue corto, breve, contundente: “Ellos tiran siempre a un palo. Cuando llegue la pelota, das un paso y te tirás al palo de acuerdo a lo que estudiamos”. Boca, como seguro lo hacen hoy todos los equipos, hacía un análisis con mucho tiempo de antelación de los rivales que podrían llegar a la final de la copa. Sabíamos cuál era la tendencia en la manera de cobrar los penales de esos cinco equipos. Sin embargo, al momento de tomar la decisión era solo yo el que decidiría qué hacer. Detrás de mi arco se hizo Carlos Ischia y él, tiro tras tiro, me recordaba con susurros para dónde tirarme. De los cuatro tiros que me hicieron, tapé dos. Me anotaron Álex y Rogeiro, le atajé al “Tino” Asprilla, a quien conocía muchos años antes y de quien sabía que en el momento en que se “calentaban las papas” cobraba cruzado y a mi mano derecha. El otro tiro fue de Junior. Solo fue esperar unos pocos minutos, que en realidad parecieron horas de ansiedad, a que Jorge “el Patrón” Bermúdez cobrara su tiro desde el punto penalti y le diéramos a Boca el título de la Copa Libertadores de América.

Habían pasado 22 años desde la última vez que Boca alzaba la Libertadores. Habían pasado cuatro años desde la última vez que estuve tan cerca de lograrlo y esta vez había cumplido, la revancha que el fútbol me había dado fue un camino sufrido hasta el último minuto. Como si no fuera suficiente la embriaguez por la alegría de ser los mejores del continente, en ese partido me declararon el jugador más valioso del torneo y eso era algo que no me esperaba. Mi interés era llegar campeón con el equipo y no aquel reconocimiento personal, cuando te interesa el colectivo lealmente y das todo y más de lo que tienes en lo individual terminas recibiendo este tipo de reconocimientos que te sorprenden porque internamente sabes que solo correspondiste a lo que tú mismo como persona y como profesional debes dar. Cuando recibí el honor, era como llegar a la cima con la que soñaba desde hacía más de diez años. No importaban todas las grandes presiones, todo había valido la pena. Cuando vas por grandes cosas, vas a tener grandes presiones y es cuestión de saber canalizarlas, el éxito no es más que el final de la voluntad de Dios sobre nosotros, es donde de verdad aprovechamos el cuerpo y la mente que nos dio y lo convertimos en nuestra mejor versión. Ahí estaba mi mayor satisfacción: había sido influyente en la pérdida de un equipo cuatro años atrás y la persistencia, el apoyo de las personas que siempre me han rodeado, demostrar mis capacidades y dar cada vez más de mí me permitieron levantarme hasta llegar al lado completamente opuesto. Quizás no la cima, pero sí me llevó a cumplir mis metas inmediatas.

En ese momento, más que nunca, debes demostrar la integridad que te ha forjado y ser íntegro es estar alineado con cada cosa con la que te comprometiste; con Dios, porque él nos dio a cada uno de nosotros unas leyes que, la verdad, son simples de

cumplir y he procurado siempre hacerlo; con mi familia, tanto mis padres, que me inculcaron valores y principios sociales que son claves en mi vida y que creo que hoy aún se me reconoce por el respeto de todas ellas, y mi familia, esposa e hijos, en quienes veo reflejado todo lo que siempre he querido lograr, seres humanos íntegros, respetuosos de la sociedad, pero sobre todo respetuosos de ellos mismos.

De Bianchi aprendimos, de a poco, esa entereza de no dejarnos llevar ni por las victorias ni por las derrotas. Si eres campeón no quiere decir que seas el más, y si pierdes no quiere decir que seas el menos. Los resultados importan, claro, pero el juego sigue. Bianchi siempre nos decía: “Si ganás, al otro día tenés que levantarte a desayunar. Si perdés, al otro día tenés que levantarte a desayunar”. Si parecía que había terminado ahí todo, nos esperaba la Intercontinental de Clubes y con las mismas lecciones, con la misma disciplina, nos preparamos convencidos de que todo es posible si sigues trabajando respetándote a ti, retándote y luchando en equipo por el fin, pudimos vencer al Real Madrid 2 a 1. Bianchi, además, se traía algo entre manos ese día: antes de salir a la cancha nos dijo que esperaríamos a salir hasta el último momento que se nos podía esperar. En la cancha ya estaba el Real Madrid y ahí se quedó esperando a nuestra salida. Parte de la idea de Bianchi consistía en que yo debía salir con el uniforme que no era para que me llamaran la atención y el juez, Óscar Julián Ruiz, me hiciera devolver al camerino para cambiarme. Una vez adentro de nuevo, me demoré tanto como me estaba permitido. La idea era desanimar al Real Madrid por la espera, quemarles la adrenalina con la que habían salido y que se la gastaran esperándonos. Si eso funcionó o no, lo cierto es que para el momento en el que entré a la cancha el Madrid ya había esperado mucho, mientras que nosotros habíamos salido con la furia de un toro. En menos de diez minutos vino el primer gol de Palermo y cuando Boca se montaba tan rápido ya era muy difícil quitárselo de encima.

Contrario a lo que se podría creer, después de ganar la Intercontinental y coronarnos campeones del mundo, hubo una celebración modesta, en la que simplemente cenamos con la comida que regularmente servían en el hotel, destapamos una botella de champaña y luego a dormir todo el mundo. Al siguiente día nos esperaba un viaje de casi 24 horas desde las 2:00 p. m. para volver a casa, descansar lo que se pudiera y enfrentar al otro día a San Lorenzo. A nuestra llegada a Buenos Aires el recibimiento era un espectáculo que se había tomado la ciudad y no habíamos vivido nunca antes. La hinchada nos esperaba como héroes y no había tiempo para descansar.

No puedo decir que Bianchi haya sido el único técnico magistral que haya tenido, el único genio con el que haya coincidido por el fútbol que yo también recorrí, pero sin duda estaré eternamente agradecido con la vida por haberlo tenido a mi lado. Un gran maestro inspirador y un gran administrador, respetuoso de la naturaleza del ser humano y del jugador: demostraba a cada miembro del plantel que apreciaba sus esfuerzos, sacrificios y entregas. Sabía de nosotros más que nosotros mismos y sabía todo lo que podíamos dar después de haberlo dado todo.

Y así fue. Al siguiente día teníamos que levantarnos a pesar de la celebración y así lo hicimos. Teníamos que enfrentarnos a San Lorenzo y así lo hicimos. Agotados hasta la

última gota como estábamos, desgastados, con un año entero de cansancio físico y mental, con las piernas que no podían dar más, enfrentamos a San Lorenzo y ganamos. Y parecía que, sin acabar de llegar a nuestro hogar, empezábamos de nuevo la escalada hacia el siguiente pico que se nos asomaba. En manos de otro nos hubiéramos relajado: “Muchachos, ya ganaron, son los mejores, a descansar”. No era así con Bianchi. Al otro día estábamos corriendo diez kilómetros de más. Bianchi tenía razón. “Si ganás, al siguiente día tenés que levantarte y desayunar”. Y así fue: al siguiente día de haber conquistado el mundo, volvíamos a ganar en casa. Comenzaba de nuevo el camino que nos llevaría a ser una vez más campeones nacionales, una vez más campeones del continente.

Los resultados importan. Pero importa más todo lo que puedes dar de ti mismo para alcanzarlos. La foto del principio no fue la foto del final, como decía el gran “Virrey” Carlos Bianchi.





# 10

## **RÉTATE: LA ZONA DE CONFORT NO EXISTE**

Después de aquel año glorioso de Boca con una campaña trabajada durante más de dos años, el equipo quiso más. Aunque los jugadores llegamos a un punto de agotamiento físico y mental que no habíamos experimentado antes por competir tres torneos importantes en un mismo año y, por momentos, al mismo tiempo, parecía que aquella era una hazaña que solo se hacía una vez. Sin embargo, lanzarse sobre esa misión y ganarla en todos sus aspectos, con un trabajo meticuloso, consciente y disciplinado, hacía borrar toda huella de cansancio que hubiera podido hacernos a un lado. Aunque las piernas no nos daban más en un momento, nuestra voluntad y nuestras ganas nos alentaban para seguir. Además, y como ya lo he dicho profusamente, estábamos liderados por la persona que tenía en su cabeza la claridad para saber cuánto más podíamos dar, aunque nosotros mismos no lo supiéramos por completo en su momento.

Así, una vez más y sin dar un espacio al receso, en Boca continuamos jugando como si nada de lo alcanzado hasta ese momento hubiera pasado, como si de nuevo tuviéramos que levantarnos a la llegada de Bianchi dos años atrás. En cierta forma, tras la victoria también hay un reto que no es fácil de cumplir. Aunque no esté explícitamente dicho, la realidad es que con los triunfos también llegan algunas responsabilidades, por así decirlo: en el fútbol, como en casi cualquier trabajo en el que te desempeñes, cuando has alcanzado un punto que antes parecía imposible, la gente está esperando que sigas demostrando por qué estás ahí, por qué llegaste a donde llegaste. En nuestro caso, que ya habíamos logrado todo lo que un club de fútbol puede lograr, lo único que seguía era lo que parecía evidente y muchas veces anunciado por nuestro DT: continuar jugando y repetir la hazaña o mejor prepararnos para el desayuno del día siguiente.

A nuestro regreso en Buenos Aires tras ganar la Intercontinental ante Real Madrid, salimos a la cancha de nuevo sin ningún tipo de pausa en nuestras rutinas para demostrar a la hinchada y al país lo que ya se había demostrado. El tiempo de descansar no había llegado aún, pero estaba cerca, y juntos simplemente parecíamos una especie de máquina de fútbol. El reto consistía justamente en estar recargados o al menos jugar como si estuviéramos enteros, como si nada. Al principio nos costó un poco. Aunque ganamos ante San Lorenzo por el Torneo de Apertura 2000 en la fecha 17, luego vendrían dos encuentros en los que, contrario a lo visto todo el año, se destacó el agotamiento del equipo y así vino una inesperada derrota ante Chacarita en cancha de Vélez, donde las

piernas y el cansancio acumulado de prácticamente todo un año nos pudieron. Ese día nos ganaron 2 a 1. Ya estaba por culminar el torneo y parecíamos estar fuera del pódium cuando un también inesperado empate de River ante Huracán 1 a 1 nos puso de nuevo en competencia. Al siguiente y último partido contra Estudiantes ganamos 1 a 0 en La Bombonera. Eso bastaba para dejarnos campeones del torneo. Una vez más, campeones de Argentina.

Cerramos 2000 con una racha de Libertadores, Intercontinental y Torneo Nacional en un año intenso que Boca no había vivido antes. Simplemente era como un sueño, pero esta vez era de verdad. Por mi parte, y sin dejarme llevar por lo conseguido y por la sucesión de victorias, me sentía como en una nube. Aquel momento ha sido una de las grandes cimas que he tocado y pude divisar también todo lo que me había llevado hasta ahí. Recordaba —contemplaba— especialmente al Óscar Córdoba de 1990, 1991, un pelado que acababa de portar el uniforme de Millonarios, soñador, entusiasta, que en las jornadas que pasaba esperando por fin la llegada de la salida a la cancha se quedaba después de entrenamiento con Mario Vanemerak apostando penaltis, sobreentrenándose y a la vez soñando con lo que ahora, diez años después, lograba en La Bombonera, en el Morumbí...

Y como si eso no bastara, podíamos empezar de nuevo. Si ya lo habíamos hecho una vez, por qué no hacerlo dos. En otras palabras, si a la primera vez habíamos demostrado de lo que éramos capaces, a la segunda era una forma de demostrar que no era fortuito. Entrábamos de nuevo a la Libertadores y una vez más estábamos entrenando como un perfecto engranaje desde el día cero, y el camino nos llevaría de nuevo a enfrentarnos a Palmeiras, esta vez en semifinales, y como para que no cupieran dudas, otra vez por penaltis, y de nuevo debía demostrar por qué era el arquero de Boca. Era como una especie de revancha del Palmeiras en la que de nuevo los ojos del continente estaban en mí y era completamente influyente en el camino de Boca hacia un bicampeonato nunca antes logrado por equipo argentino alguno. Una vez más estaba en el arco y vinieron los tiros. Tapé disparos de Álex y de Francisco Javier Arce.

Para ese momento, a pesar de las alegrías y los años dorados que acabábamos de pasar y que podíamos seguir dando, las cosas empezaron a cambiar en Boca. Algunos compañeros como Palermo, Arruabarrena y Walter Samuel ya no estaban en el equipo y era el comienzo de la desintegración de aquel plantel dorado. En general, todos migraban a otros lugares. El equipo estaba dando de nuevo su mejor rendimiento y quedaba demostrado en los encuentros ante el Junior en Barranquilla, Vasco da Gama en Río y hasta el empate con Palmeiras más adelante nos meterían en problemas. Por otro lado, en el Torneo de Clausura y en la Libertadores como locales no se obtenían los mismos desempeños, aunque seguíamos al frente. Era una situación extraña, en la que dábamos los mismos resultados, aunque de manera diferente.

Por ejemplo, los días previos al encuentro con Palmeiras se hicieron conocidas las declaraciones de Orlando Salvestrini, directivo y por entonces tesorero del club, que sugería que para este tipo de partidos los Boca (los jugadores) necesitaban un psicólogo. Comenzaba una nueva tensión interna en el equipo que, al menos aquella vez, pudo

dominarse sin que causara los estragos que años atrás había dejado entre el 95 y el 97. Cuando ganamos ante Palmeiras, en el camerino los muchachos empezaron a sacar camisetas blancas, me pasaron un marcador y, como tengo buena caligrafía, empezaron a pedirme que escribiera frases como “Salvestrini, andate al psicólogo” y cosas por el estilo. La celebración, más que una victoria ante el rival, era una manera de demostrarle al directivo que Boca estaba en pie y seguiría dando la talla en los siguientes partidos. Cantábamos “Boca va a ser campeón / Salvestrini la puta que te parió” y coros por el estilo y todo quedó registrado en las noticias. Parecía el principio del fin. Ante la prensa, Jorge y “Chicho” hablaron sobre sus posiciones y dejaban claro, sin escándalos, la incomodidad que sentían con aquellas actitudes, y aunque no llegó a ser grave, el equipo cada vez cambiaba más.

Para cerrar 2001 habíamos ganado nuevamente la Libertadores, habíamos vuelto a la Intercontinental, pero aquella vez no la ganamos y creo que el Bayern de Múnich nos derrotó especialmente por una desventaja numérica, tras la expulsión de Marcelo Delgado en el primer minuto del segundo tiempo. En el Torneo Nacional llegamos al tercer lugar en el de Clausura y repetimos el tercer lugar en el de Apertura. Y, sea por una cosa o por la otra, para el cierre del año ya ni siquiera Bianchi estaba en los planes del equipo y había anunciado que dejaba Boca. Era como si el equipo mismo me estuviera diciendo que ya el ciclo había terminado para mí. Que debía dar un siguiente paso. Yo no me resistía, pero esperé hasta el final del año para ver qué rumbo tomaba el club, y después de todas esas experiencias sentía que también quería irme. Además, los compañeros que se habían ido habían llegado a buenos lugares: Walter Samuel llevaba más de un año en la Roma y Palermo y “el Vasco” hacían lo propio con el Villarreal en España, solo por mencionar algunos casos.

Así fue que ya estaba decidido que quería irme. Tras la partida de Bianchi y el enorme homenaje que la hinchada y el equipo le hicieron, concluyó una era. Vino un descanso merecido y regresé al país para pasar vacaciones de fin de año con mi familia en las islas de San Andrés. A mi regreso para la pretemporada manifesté mi deseo de dar el siguiente paso. En esos días había llegado a Boca una oferta del Tottenham para ficharme en su equipo. Me entusiasmé con el fax que habían mandado en el que especificaban todo el trámite que había que hacer y la oferta y corrí a darle la noticia a Macri. Él me respondió: “¡Pero vos valés cinco millones de dólares!”. Yo respondí: “Yo no valgo toda esa plata, ya tengo 32 años...” e intenté convencerlo de darme al Tottenham. Pero la negociación se cayó porque el equipo no estuvo satisfecho con el dinero que ofrecían los ingleses. Aunque no puedo decir que lamenté que se haya escapado esa oportunidad, sí estaba incómodo porque no me dejaron ir a un equipo tan grande. Macri siempre me había dicho que le gustaría que yo atajara en el Manchester, en la Juventus, pero eso no había pasado y lo más cercano a eso fue una negociación frustrada. En parte por el disgusto que pasaba en esos momentos, sencillamente estaba reacio y dije “a la próxima oferta me voy”. Y dicho y hecho: una semana después llegó a Boca la oferta del Perugia de Italia.

Simplemente dije “me voy o me voy”, como un niño chiquito. Dos días después

llegué a Italia. Una vez en Perugia todo pintaba mal. Era una situación bastante difícil: el equipo no se destacaba y además estaba por descender, tenía solo 22 puntos y era penúltimo en la tabla. Lo peor es que yo no sabía nada de eso. Y para rematar, luego de hacerme un par de exámenes físicos, el presidente del Perugia, Luciano Gaucci, resultó ser un hombre difícil y no muy legal en su manera de actuar: de abre bocas salió con que no sostendrían la oferta inicial que habían hecho. Como no había firmado nada, simplemente dije: “Bueno, pues no firmo y me devuelvo”. Así iba a ser y nadie protestó. Ese fin de semana, justamente antes de irnos, el Perugia se enfrentaba en Roma a Lazio y en ese partido le clavaron 5 goles a 0. Después de eso, y para darnos una última vuelta por el centro de la ciudad, le dije a mi representante, Alejandro Massa, que volviéramos a un restaurante en el que habíamos cenado días atrás. Y, cosas de la vida, ahí estaba Alessandro Gaucci, hijo del dueño del Perugia y gerente del equipo. Se acercó a nuestra mesa y habló con Alejandro en un italiano que claramente yo no entendía. Cuando terminaron de hablar, Alejandro me tradujo: “Óscar, dice que quiere ofrecerte disculpas por haberte hecho venir hasta Perugia y que todo hubiera terminado en un malentendido. Y además quieren hacerte un detalle. Que por qué no caminas al club”. Cuando miré a Alessandro después de la traducción, me dijo: “¿Vamos?”.

No sabía qué hacer. Miré a mi representante y le pedí que le explicara que, palabras más o palabras menos, no le guardo rencor a la gente y menos les iba guardar rencor a ellos, pero que sí pensaba que la oferta y la negociación debió haberse hecho por la vía correcta: yendo a Buenos Aires y una vez todo confirmado yo viajara a Italia, como debía ser, a la altura de un jugador de Boca. Alejandro explicó y, después de entender, insistió: “¿Vamos?”. Alejandro me miró y dije: “Bueno, vamos”. De nuevo, estábamos encaminados hacia las oficinas de Perugia. Cuando llegamos a la oficina del presidente, desde afuera escuchábamos los gritos de Gaucci papá. En medio de la retahíla de italiano desenfrenado alcancé a escuchar que concluyó diciendo: “*¡Pezzo di merda di colombiano!*”. En medio de mi ignorancia, le pregunté a mi representante: “Alejandro, ¿qué es lo que está diciendo ese señor?”, y él me confirmó mi sospecha: “Dijo: hagan pasar al pedazo ese de mierda de colombiano”. Antes de cualquier cosa, lo tomé como una de tantas blasfemias que todo el tiempo están escupiendo los italianos. Entonces pasamos a la oficina, como lo había ordenado. Adentro estaban Gaucci padre y sus dos hijos. Cortante, dijo: “¿Cuánto es que quiere entonces este colombiano?”. Alejandro no dudó y lanzó una cifra mayor a la que yo pedía por cuatro meses. Gaucci padre abrió un cajón, sacó un fajo de billetes, los puso en la mesa y echo una frase corta. Alejandro tradujo: “Dice que te da la mitad ya. Y si descienes, no te paga el resto”. Mi única pregunta: “¿Fuera de premios?”. El hombre confirmó: “Fuera de premios”. No habiendo más que decir, firmé.

Al siguiente domingo, me estrenaba en el Perugia. Era el primer arquero colombiano en jugar en Italia y llegaba por préstamo. Sabía que era una apuesta grande y, sin duda, me la estaba jugando. Aunque ya sabía en qué equipo estaba y bajo qué condiciones, en mi premisa nunca estuvo contemplada la posibilidad de descender. Mi debut fue en el Renato Curri de Perugia ante el Verona. Aquel día ganamos 3 a 1. Era un buen inicio. A

la siguiente fecha empatamos ante el Udinese 0 a 0 y luego vendría otro empate 1 a 1 frente al Milán. Y así siguió la temporada: 18 partidos (de los cuales jugué 15), siete ganados, tres empatados y cinco perdidos. Perugia terminó con 46 puntos y ascendió a la octava posición en aquella temporada.

Estaba cumpliendo con mi misión, pero en definitiva estar ahí era raro, diferente. Algo que me impactó fue ver que a mis hijas les estaba costando un poco la adaptación. En las mañanas llevaba al colegio a mi hija menor, Vanessa, y cuando la dejaba en la puerta siempre me decía: “Papá, no quiero entrar al colegio, no entiendo nada”. Esto me daba duro, ya que mis hijas en Buenos Aires eran unas reinas. Haciendo memoria, cuando yo llegaba en Buenos Aires a almorzar siempre me encontraba con que Vanessa y Tatiana habían invitado a otros cinco niños a almorzar. Ellas al descanso se paraban a la mitad de la clase y decían: “¿Quién quiere ir a almorzar con el arquero de Boca?”, y obviamente le salían muchos comensales. Es más, por momentos sospechaba que vendían las entradas. Es broma.

Pero en Italia no era así. Eran simplemente un par de sudacas que ni sabían italiano y que si les decían algo despectivo ni siquiera se podrían dar por enteradas; pasaron unas semanas y el tema me daba vueltas en la cabeza. Me preguntaba si además de haber llegado a este equipo en las condiciones que estábamos había cometido un error al mover a mi familia y ponerlas a sufrir con el idioma y la falta de figuración entre la gente de la ciudad. Así pasaron los primeros días, hasta que tres semanas más adelante, cuando fui a recoger a Vanessa en el colegio, noté que ya no salía llorando y le di un abrazo. Le dije que me alegraba verla más tranquila con el colegio, y ella respondió: “Papá, papá, *mi piace molto la mia scuola, ho nuovi amici e voglio stare qui*”, luego supe que decía “me gusta mucho mi colegio, tengo nuevos amigos y me quiero quedar acá”. Esa lección que me daba mi hija de adaptación me llevó a asumir mi parte del reto de manera más fuerte y comprometida. Siempre lo hacía así, pero ahora con la tranquilidad de que ellas estaban adaptándose me quitaba el peso de encima de pensar que pudiera estar perturbando su niñez.

Recuerdo, por ejemplo que en la carrera por el ascenso, tiempo después cuando ya nos veíamos cada vez más cerca de la clasificación para la Intertoto, Claudio Paris “Rulo” y Nicolás Córdova, mis compañeros latinoamericanos, que ya llevaban un par de años en el Perugia, me explicaron que en un momento los compañeros locales estaban preocupados por la clasificación, no por la posibilidad de no lograrla sino todo lo contrario: por la posibilidad de clasificar y, en consecuencia, perder tiempo de vacaciones en el verano. Yo no entendía. Ellos me explicaban que esa lógica dictaba que, en caso de clasificar a la Intertoto, por ejemplo, eventualmente seríamos eliminados por algún equipo grande y así no valdría la pena clasificar: mejor no clasificar y no perder algunos días del verano que clasificar para que de todos modos fuéramos eliminados. Incluso así explicado mi única reacción fue el asombro. Entendía. Pero no entendía. En mi vida futbolística siempre había existido la idea, que creía existía y era premisa en cualquier parte del mundo donde se jugara fútbol, que siempre había que buscar un avance. Y ahora yo estaba allí buscando un cupo para el equipo a una copa

internacional, mientras esa no era la prioridad de todos. Apenas entendía que había pasado de estar en un lugar donde el objetivo siempre era la victoria a un lugar donde el objetivo era simplemente no descender. Eso era lo que estábamos haciendo: simplemente no descender. La única explicación que me daban mis amigos era “aquí es así”.

Una vez concluido el último encuentro de la liga italiana que tuvimos, que fue contra Fiorentina y en el que ganamos 2 a 0, vino una nueva llamada del señor presidente del club, Luciano Gaucci. No recuerdo lo que pensé, pero yo estaba más que seguro de que se había hecho un buen trabajo. Para ese momento, previo al verano de 2002, con Perugia logramos subir en la tabla y, aún más importante, cumplimos nuestro cometido de levantar al equipo y salvarlo del borde del descenso. También, y como ganancia, el equipo se preparaba para jugar la Intertoto, justo lo que yo también buscaba para poder llegar a un torneo internacional del fútbol europeo y, ahí, disputar la posibilidad de un cupo a la UEFA. Entonces el llamado del presidente no era algo que me tuviera prevenido. Cuando llegué a su oficina, sin más, se repetía la escena de seis meses atrás. Gaucci abrió un cajón, sacó de nuevo un paquete de euros y simplemente dijo: “Aquí está tu pago. Gracias. Y tienes un viaje por el Mediterráneo con tu familia”. Era la forma en que me decía que ya no era parte del Perugia. Que ya no me necesitaba. Era la primera vez en mi vida que me echaban por hacer bien mi trabajo. Era la forma en que me metían un gol que nunca antes me habían metido y la manera en que me daba cuenta de la mala jugada que había hecho: me daba cuenta de que seis meses atrás, reacio a irme a Tandil a concentrarme con Boca, fui demasiado orgulloso y me ranché obstinado en que tenía que irme y así lo hice sin que hubiera poder humano de convencerme de lo contrario. Fui terco: llegué incluso a perder plata porque hasta desistí de un dinero que para el momento me debía Boca con tal de irme. Sin embargo había decidido jugármela y así fue.

Ya una vez sacado del Perugia y no habiendo más que hacer, tomé los pasajes y con el verano encima me fui con mi familia al Mediterráneo. Después de aquel viaje regresé a Colombia. Aunque me faltaba un año de contrato con Boca, no podía volver a la cancha porque en ese momento ya estaba posicionado “el Pato” Abbondanzieri en el arco del equipo y lo hacía muy bien. Además, yo ya había pisado el fútbol europeo al fin y al cabo y quería seguir probándome ahí. Entonces, mientras llegaba la oferta adecuada, estuve con mi familia en Cali. Conservaba la esperanza, aunque sin trasnocharme, de una llamada de algún equipo grande. Y no se hizo esperar, pero llegó realmente de un lugar muy, muy lejano que en mi vida se me había ocurrido. Días después de mi llegada a Cali mi agente me confirmó que lo habían contactado del Besiktas de Turquía. En mi vida había pensado en el fútbol turco, pero la conexión de aquel contacto no era difícil de adivinar. Para el torneo 2002-2003 Mircea Lucescu pasaba de ser entrenador del Galatasaray después de dos años muy destacados a entrenar al rival de patio: Besiktas. Y para conformar su equipo había recibido muy buenas referencias mías (gracias, Faryd). Mi agente me preguntó qué tal me parecía la idea. Sinceramente no sabía nada de Turquía. Así que llamé a Faryd Mondragón y le pregunté acerca de la ciudad y del equipo. Él me respondió: “Óscar, Estambul es espectacular”. Busqué en internet, me

enteré de todo lo que nunca había sabido sobre Turquía y su historia y a la siguiente llamada de mi agente le dije “¡hagámosle!”.

Pasó una semana de negociación con llamadas, conversaciones y documentos enviados por fax a las 2:00 a. m. mientras en Turquía apenas comenzaba la tarde. Se caía y se levantaba una y otra vez hasta que se concretó: Boca aceptó enviarme en préstamo a Besiktas. Una vez más, le anunciaba a mi esposa: “Amor, hagamos maletas”. La siguiente aventura que nos esperaba era Turquía. Una semana más tarde llegué a Estambul y no sería menor mi sorpresa al encontrar a todo el país en una fiesta total: se acercaban los últimos partidos del Mundial de Corea-Japón 2002 y, aunque no sé si la gente lo recuerda —cada vez me doy cuenta de que son pocos los que se acuerdan— la selección de Turquía estaba teniendo un gran desempeño. Después de 40 años de no haber estado en un mundial de fútbol, Turquía había logrado llegar a un lugar impensable: a semifinales y enfrentarse a Brasil. Aunque no ganó, el 20 de junio se enfrentó a Corea del Sur por el tercer lugar y venció 3 a 2. Aquel día yo ya estaba en Estambul y veía cómo ese país respiraba fútbol puro en una celebración descomunal. Sin duda, con aquel recibimiento, confirmaba que había ido a un buen lugar.

Después de una concentración en Suiza durante julio, en la que disputamos partidos amistosos con diferentes clubes europeos para hacer nuestra pretemporada, hice mi debut en la Superliga de Turquía con Besiktas poco después, el 10 de agosto de 2002, en el estadio Atatürk de Bursa, en un encuentro frente al Bursaspor. Esa noche terminamos 2 a 2. Era el inicio de un año que sería muy bueno. En aquella temporada Besiktas cumplió 100 años de vida y para celebrarlos por todo lo alto jugamos la Europa League y llegamos a cuartos de final, un punto al que nunca había llegado antes el equipo. Para cerrar con broche de oro, en mayo de 2003 nos coronamos campeones de la Superliga con 85 puntos, título esperado por el equipo durante 48 años en que no llegaba a la cima. Por esos días mis papás habían viajado a Estambul y me vieron campeón. A mis 33 años volvía a ganar un campeonato nacional por tercera vez.

Si un año y medio atrás había sido obstinado, por esos días en los que tocábamos la cima del fútbol turco yo me había vuelto más consciente de quién era. Estaba empezando a dar la curva de los 33 años que, para la vida de un futbolista, es el momento en que el tiempo empieza a correr en cuenta regresiva. En otras palabras, ya no era un pelado de 26, 27 años y sabía que mantenerme vigente y en el terreno ya era una gran ganancia, pero encima de todo, poder llegar a un nivel de rendimiento competitivo tal que pudiera coronarme de nuevo campeón... Eso era algo que sin duda debía agradecerle a mi fichaje en Besiktas. Eso que le debía a mi paso por Besiktas se llama maduración: darte cuenta de quién eres y saber priorizar con cabeza fría lo que es más conveniente para ti y para los tuyos. Es darte cuenta de todas las cosas buenas que tienes y valorarlas.

Por ejemplo, después de ganar en Turquía, vino la Copa Confederaciones, que se jugaría en Lyon, Francia. Mi buen desempeño con Besiktas me permitió ser llamado de nuevo a la Selección Colombia para estar en una competencia internacional importante. En aquella ocasión Colombia empezó enfrentándose a Francia en un partido en el que tapé muy bien, pero que perdimos 1 a 0. Luego goleamos a Nueva Zelanda 3 a 0,

terminamos la primera fase venciendo a Japón 1 a 0 y así clasificamos a la siguiente ronda, en la que nos enfrentamos a Camerún y pasó aquel amargo episodio en el que Marc-Vivien Foé se desplomó en medio de la cancha y minutos después murió. Aquel partido lo ganaría Camerún 1 a 0 y a nosotros nos llevaría a competir por el tercer lugar ante Turquía, que era el país invitado en aquella ocasión. Después de todo eso, para ese momento llegó inesperadamente una nueva oferta: el Arsenal. Arsène Wenger, técnico francés que ya llevaba seis años comandando al equipo inglés, había visto mi desempeño en la Confederaciones desde el principio y me quería en su nómina. Era una de las cosas que había esperado desde hacía un buen tiempo: el llamado de un equipo europeo grande. En cuanto terminó el certamen, en el que llegamos al cuarto lugar, viajé a Buenos Aires y allí empezó la renegociación de mi contrato. Arsenal estaba a la espera de si Boca negociaba con Besiktas, que tenía la primera opción de ofertar, sin dar mayor espera negoció con Boca a un día del cierre y finalmente me compraron. Una vez más, la posibilidad de un equipo europeo grande se iba. Pero aquella vez lo tomé diferente.

Acepté. Había madurado y era eso lo que me permitía apreciar también todas las cosas buenas que me ofrecía Besiktas. Desde aquel momento entendí que esa era mi gran posibilidad de seguir jugando en Europa, con un buen contrato y, especialmente, con la posibilidad de ser valorado como un jugador importante a una edad en la que el fútbol ya comienza a hacer a un lado a sus deportistas. Con el equipo había probado las mieles de participar en las ligas europeas y sin duda eso era lo que quería. Tener oportunidades como, por ejemplo, aquel encuentro contra el Chelsea por la Champions y ganarle 2 a 0 en Londres el primero de octubre de 2003. Era una manera de saber que, aun con poco tiempo para concluir mi carrera deportiva, podía llegar al final con un buen desempeño.

El fútbol turco, por decirlo de alguna manera, me permitió disfrutar de todo lo que ofrecía Estambul, la vida. Fueron años de una constante tranquilidad, plenitud y sí, por qué no decirlo con su propio nombre: felicidad. Siempre había algo para hacer fuera de la cancha y podía disfrutar sin problemas de la compañía de los míos y de mis amigos. No quiero decir que en otros lugares no, simplemente que allá nunca reñía tu vida fuera de la cancha con tu desempeño en los partidos. En las calles la gente me trataba como a un ídolo, pero sabiendo que también tenía una vida. Para los turcos era normal ver por ejemplo que, aunque rivales, podía salir a almorzar o cenar con Faryd sin que eso comprometiera los equipos que defendíamos, cosa que era casi impensable en Argentina. Había además un nivel regular entre los cuatro equipos dominantes del país y sabía que podía salir sin problema a disfrutar con mi familia en la noche de un martes, de un miércoles, de un jueves y al siguiente día estar entrenando sin inconvenientes o compitiendo y saliendo victorioso con el equipo. Era una forma de saber que empezaba a disfrutar de un equilibrio entre lo que más me gustaba hacer y también tener el tiempo para compartirlo con los míos.

En otras palabras, había madurado y me estaba dando cuenta de eso. Hoy les puedo decir con total conocimiento de causa que se salgan de su zona de confort. Hacerlo les va a dar la oportunidad de hacer historia, de dejar un legado para ustedes mismos, para su familia, para esas barras y esos corazones que los alientan y, sobre todo, al final ustedes

mismos se demuestran todas las cosas que son capaces de hacer. Esas cosas las premia la vida de tal manera que podrán salir a la ventana y gritar a pulmón herido “¡¡¡Lo logré, lo hice y ahí les dejo mi historia!!!”.



CAPÍTULO 11

**LAS RELACIONES  
SON TODO EN LA VIDA**

# 11

## LAS RELACIONES SON TODO EN LA VIDA

Al Antalyaspor llegué por motivos muy diferentes a todos los que me habían movido en ocasiones anteriores. No fue por un viaje, no fue por un sueño, no fue por una sed de victoria ni de revancha. Esta vez lo hacía por mi familia. Decidí terminar mi trabajo con el Besiktas tal como estaba estipulado en el contrato. Luego de ser comprado en 2003 tras salir campeón, vinieron tres años más en el club. Fueron años tranquilos que, como ya conté, me permitieron seguir vigente, en forma, participar de un torneo importante y competitivo, estar en el fútbol internacional europeo y, además, disfrutar mucho tiempo con los míos. En 2004 llegó al equipo Vicente del Bosque, quien venía de entrenar al Real Madrid. Fue, tal vez, el año más complicado porque ahí me lesioné y me rompí la fascia, un tendón debajo del pie. Para ajustar, aquel año el estadio de Besiktas estaba en remodelación y, por cosas de la vida, los directivos del equipo hicieron una extraña negociación y decidieron jugar todos los partidos de visitante. Y, encima, no ganábamos y estaba lesionado. Al segundo semestre, Vicente del Bosque salió del equipo en el tercer partido y ahí entró en su reemplazo Riza Calimbay, un entrenador que en sus años de jugador había hecho prácticamente toda su carrera con Besiktas hasta convertirse en un símbolo del equipo y ahora era llamado para tomar sus riendas. Con él fortalecimos después de recuperarme por completo y pudimos levantar al equipo hasta poder clasificar de nuevo a la Europa League, que yo jugaba por tercera vez. Sin embargo, eso no bastó y, para octubre, el equipo hizo su tercer cambio de técnico en menos de un año, ahí llegó Jean Tigana y la nómina empezó a renovarse. Yo ya era un arquero de 36 años. Fue entonces que pensé, por primera vez, en el retiro. Una vez terminado mi contrato con Besiktas, era dueño de mis derechos. Prácticamente estaba libre.

Sin embargo, desde el Mediterráneo turco llegó una oferta nueva: me querían en el Antalyaspor. Mi plan era, en realidad, devolverme a Colombia. Antalyaspor era un equipo que recién acababa de ascender. Pude haber hecho las maletas y regresar para un descanso en mi país. Pero aquel era el último año escolar de mi hija mayor, Tatiana, y yo no tenía más ofertas en ningún otro lugar. Entonces, una vez más, dije ¿por qué no? A nadie le molestaba un año más en Turquía... Pero, en realidad, lo más importante era lo que esa oportunidad me permitía apreciar: aunque siempre he procurado el bienestar de mi familia a toda costa, siempre habían sido mi esposa y mis hijas quienes cambiaban sus planes para apoyar los míos. Esta vez quería hacerlo por mi hija. Y por eso empecé con el Antalyaspor. Era la posibilidad de permitirle a ella terminar su colegio tranquila, a mi esposa de estar en Estambul sin tener que dejar la ciudad de repente, y yo iba y venía

cada semana a visitarlas. Así lo exigí al club y así estaba especificado en mi contrato: que podía pasar tres días a la semana con mi familia en Estambul y así lo aceptaron. Antalya es una ciudad a orillas del Mediterráneo, costera y turística, y el calor es a otro nivel. Los solazos de Antalya no eran lo mejor para los entrenamientos. Pero el equipo era organizado y considerado. Fue un año tranquilo, en el que el principal objetivo era mantenerse en su nueva categoría. Por un lado, en el torneo de ese año el arco del Antalyaspor fue bien defendido y llegó a ser la cuarta valla menos vencida, pero desafortunadamente no hacíamos goles. Si bien no nos hacían goles, tampoco los anotábamos. Y si no haces goles, no sumas puntos, no avanzas en la tabla de posiciones. No se siente bien decirlo así nomás, pero esa vez no cumplimos: Antalyaspor volvió a descender al final del año.

Para entonces mi hija mayor, Tatiana, ya había terminado su bachillerato. Nuevamente yo quedaba libre. Era el momento ideal en el que pensábamos que podríamos volver a Colombia, cuando apareció una nueva oferta que llegó de un equipo llamado el Estambul Basaksehir, que era un equipo pequeño de la ciudad. Había la posibilidad de quedarnos un año más. Pero pocos días después, para junio de 2007 me llamaron del Deportivo Cali: el equipo acababa de vender a David González al Rizespor de Turquía, estaba por estrenar su propio estadio y, lo más importante, había quedado tercero en el torneo del primer semestre y en el segundo tenía el reto de buscar la clasificación para la Copa Libertadores 2008. Paralelo a eso, surgió un contacto, un leve interés para jugar en el Steaua de Bucarest, de Rumania, aunque no había nada concreto.

Cuando estuve en esa nueva encrucijada, nuevamente lo único que importaba para definir la decisión de lo que vendría era mi familia. Su felicidad es y siempre ha sido, en toda medida, mi propia felicidad. Según lo que ellas sintieran, daríamos mi siguiente paso. Ese poder lo tienen ganado por naturaleza y no es para menos. Aunque me he demorado en contarlo, no por decirlo apenas a estas alturas del libro es un tema menor. Todo lo contrario. Si has seguido atentamente esta lectura, te darás cuenta de que todo el camino a la felicidad tiene sentido cuando la compartes. Por eso, una de las mayores conclusiones de alcanzar la felicidad anhelada es que cobra un mayor valor gracias a las relaciones que tienes. Al fin y al cabo son lo más importante de la vida. Sin negar que se puede ser feliz solo, es innegable también que muchas de las cosas que haces para llegar a tu felicidad y en la mayoría de veces que has sentido verdadera y plena alegría, siempre estás rodeado de los tuyos: sean tus padres, tus hermanos, tu pareja, tus hijos, tus amigos, siempre somos más felices cuando en nuestros triunfos, obstáculos y derrotas contamos con la incondicionalidad de los que son importantes en nuestras vidas: los que amas y te aman, los que quieres y te quieren, los que aprecias y te aprecian, los que admiras y te admiran. Por eso, con el paso del tiempo, la felicidad va usando cada vez más como filtro las cosas que les convengan a los tuyos para garantizar su felicidad, porque de paso también estarás siendo feliz.

Mi felicidad siempre ha estado y siempre estará allí donde mi familia sea o fuere feliz. Durante mucho tiempo ellos me demostraron eso hacia mí: con cada oportunidad que me salía, no dudaban en hacer maletas y dejar atrás vidas que ya habían construido

de alguna manera para poder seguir a su padre. En este punto, la madurez que me había dado la vida me hacía ver las cosas de esa manera. Toda la vida he sabido que mi familia es lo primero. Sin mi esposa y mis hijos prácticamente tantos logros, tantas entregas, carecerían de sentido. Si me preguntaran cuál es para mí el mayor ejemplo de lealtad, sin duda debo hablar de mi familia como un todo antes que cualquier equipo de fútbol. Desde acompañarme a la cancha hasta cambiar en gran medida sus propias vidas en torno a la mía, siempre han estado ahí cada vez que vuelvo a casa victorioso o derrotado. Si yo había llegado a donde había llegado sin duda se debía a la entrega, comprensión, paciencia e infinito amor que siempre me han manifestado.

En una de sus lecturas, Tony Robbins dice: “La calidad de tu vida es la calidad de tus relaciones”. Cuando leí esa frase por primera vez, de verdad me hizo reflexionar por la manera en que se acercaba a mi vida y me interpelaba. Creo que siempre he sido afortunado con las relaciones que he logrado formar. Debo confesar que no soy el más “amiguero” del mundo; más bien soy una persona rodeada por muchísima gente, pero que para dar el paso de considerar a alguien como mi amigo es porque en mi fuero interno le concedo un título especial, selecto, con gran estatura. Las relaciones están hechas de detalles, de muestras de afecto, amor, aprecio, respeto y eso, en otras palabras, es para mí ser un amigo. No importa cuánto tiempo hayan compartido. Cuando encuentras eso en alguien, ya sea que lo conozcas hace un mes o toda la vida, mi consejo en este momento es que lo tomes sin dudar. Como por ejemplo aquella ocasión en que recién llegado a Boca, sin ni siquiera habernos saludado, Maradona me ofreció su apoyo, el de su esposa y el de su empresario para poder ubicarme y ubicar a mi familia pronto en el entorno de Buenos Aires. O la vez que, sin pedírselo, René Higuita me dio la oportunidad de debutar en el arco movido por esas inagotables ganas tuyas de querer hacer sentir acogidos a los demás. O la vez que, en la concentración para el Mundial Juvenil de Arabia Saudita, Jorge me notó preocupado y se me acercó porque quería ayudarme, pero en realidad estaba ante ese hermoso y extraño temor que produce recibir la noticia de que serás padre por primera vez y su reacción no fue sino un desborde de alegría que pocas veces había recibido fuera de las canchas y que selló nuestra amistad para siempre. O como todas y cada una de las demás veces que mi esposa no dudó un solo segundo para hacer maletas, cerrar la casa, tomar a las niñas y seguirme sin miedos y sin rodeos en cada una de las aventuras venideras. De eso se trata tenerse el uno al otro. Por eso, las buenas relaciones son para atesorarlas. No importa lo que haya en juego. Si sé eso es porque mi esposa y mis hijos me demostraron desde el principio de mi carrera y a lo largo de ella qué es ser incondicional. Por eso no puedo escribir un libro sin manifestarles explícitamente lo eternamente agradecido que estoy con la vida por tenerlos en mi lado como la mayor de las bendiciones. A Mónica, Tatiana, Vanessa, Adrián, que son los grandes amores de mi vida... ¡Gracias!

Con todo esto, también quiero invitarte a que hagas una de las cosas más sencillas que te garantizan toneladas de felicidad: a los que quieres, a los tuyos de verdad verdad, diles y demuéstales constantemente lo feliz que es tu vida gracias a ellos. Nunca dejes pasar esa oportunidad.

Viendo que ya nada nos ataba a Turquía, donde también fuimos felices, nos aventuramos a volver a Colombia. La familia lo quería. Sentía que era una manera casi poética de cerrar mi carrera deportiva: terminar en el equipo donde desde sus divisiones inferiores empecé en mi juventud. Era una forma de afianzarme con la hinchada. El torneo empezó el 22 de julio de ese año. Por alguna razón, no me preguntes, sentía que había muchas expectativas y una suerte de sueños y aspiraciones que eran afines entre la gente y yo. Para ser claro, lo que quiero decir es que de alguna manera sentía que mi regreso se veía como una forma de confirmación del arquero del que durante tanto tiempo el país recibió buenas noticias del extranjero. Después de pasar por el fútbol profesional internacional y haber llevado a la cima a equipos como Boca y Besiktas, de geografías, culturas, cualidades y tradiciones tan diferentes, en contextos igualmente de dura competencia, le impregnaban un aura de gran responsabilidad y ejemplo al desempeño que estuviera a punto de mostrar en el fútbol profesional de mi país después de más de diez años en los que no había vuelto. Sentía que la gente me veía como una especie de figura trascendental para el torneo y sobre todo para mi equipo: que no solo sería el arquero, también el armador, también el estratega, también el que anotara el gol. Eso sentía y esa fue la responsabilidad con la que retorné al fútbol de mi país. Estaba dispuesto a ser todo eso para sacar al equipo adelante.

Sin embargo las cosas no se dieron así. En la primera fecha jugamos frente al Deportes Quindío en Armenia y empatamos 1 a 1. El torneo seguiría desarrollándose sin mucha fortuna para el Deportivo Cali. Fecha tras fecha los resultados no eran alentadores. Empatamos 4 a 4 contra el Pasto como visitantes. Perdimos contra Tolima 2 a 1 en Ibagué. Perdimos 2 a 1 contra el Junior en Barranquilla. Empatamos 1 a 1 con Nacional en Cali, luego 0 a 0 contra el América y 1 a 1 frente al Bucaramanga. Luego perdimos 1 a 0 contra el América, empatamos 1 a 1 con el Chicó... y así sucesivamente. De las 17 fechas solo ganamos tres sin gran diferencia de goles. Al final del año habíamos terminado en el puesto 12 en la tabla de posiciones y, para rematar, en la reclasificación por la Copa Libertadores terminamos cuartos: nos la perdimos también.

Fue una mala racha. Pero no hubiera pasado nada de no ser porque en el siguiente semestre, en el Torneo de Apertura de 2008, no hubo grandes mejorías. O, mejor dicho, se avanzó, pero no parecía ser suficiente. Ganamos ocho partidos, empatamos ocho, perdimos ocho. Sin que las esperanzas estuvieran muertas, me había obsesionado un poco con ser líder en el equipo. No supe diferenciar, separar o limitarme a tapar sin involucrarme o empeñarme con tantas energías en función del equipo como un todo, pretendiendo obstinadamente la mejoría de mis compañeros. En aquel momento, tenía que ser mejor yo también y en principio. Tapaba más pensando en, por ejemplo, cómo mis compañeros podían hacer mejor un centro y no en cómo podían cubrir mejor una posición para que no nos sorprendieran en un contragolpe por estar mal agarrados. El equipo era disímil e inconstante, no por el rendimiento de los jugadores, sino porque iban y venían del club rápidamente, especialmente por ventas, y no permanecían un tiempo suficiente para interiorizar completamente las estrategias que a largo plazo nos llevaran a un avance significativo.

Sin embargo, eso tampoco significaba una tragedia. Ya sabía yo que uno no puede dejarse llevar por victorias y derrotas, y de temporadas desastrosas ya tenía experiencias que habían sido de un calibre y una trascendencia mucho mayor. Pero a diferencia de todo lo anteriormente vivido, esta vez había un componente mayor de intolerancia hacia el equipo. Había un ambiente de frustración generalizada y eso, al parecer, empujó o removió sentidamente a una parte de la hinchada: las barras bravas. Es un fenómeno en casi todo el mundo y no era la primera vez que jugaba en un equipo en el que tuviera algunas muy fuertes. Pero al final del Torneo de Apertura 2008 pasó lo que nunca se me hubiera ocurrido —y que nunca había presenciado— en toda mi carrera.

Era la cuarta fecha por cuadrangulares de semifinales, el 21 de junio de 2008. Recibíamos en Cali al Deportes Quindío. El partido estuvo reñido durante todo el primer tiempo hasta que en el minuto 42 pitaron penalti, cobró Iván Velásquez y anotó gol. Era un penalti más. Pero al minuto 44, Luis Valencia anotó un segundo gol. En menos de dos minutos y antes de que fuéramos al receso, el Deportes Quindío se había subido en el marcador. Hubiera sido otro partido más de no ser porque, en el segundo tiempo, un hincha del Deportivo Cali se metió a la cancha, pasó por detrás de mí y se dirigió a dos compañeros en un intento de atacarlos. Me acerqué al árbitro y le dije: “Juez: ojo, que las condiciones no están dadas para jugar”. Lo consultaron con los directivos y la orden fue sencilla: el partido se tenía que jugar. Continuamos. Minutos después, en un saque de banda, empecé a oír muy latente el murmullo de la gente en la tribuna. Era anormal: escuchar un murmullo por un saque de banda. Me di vuelta y vi cómo detrás de mí venía corriendo un hincha de la tribuna norte. Venía por mí, venía dispuesto a pegarme armado con unas baquetas. Un hincha de mi propio equipo había invadido la cancha para atacarme. Era algo que nunca me había pasado en casi veinte años en las canchas. El terreno estaba despejado para su arremetida y, no habiendo ninguna otra protección, me paré firme, preparé el puño y esperé. El hincha nunca se detuvo. Cuando estaba a pocos pasos de mí un policía lo agarró.

El partido se jugó como era la orden y en efecto terminamos 0 a 2. Pero después del pitazo final yo no era, en parte, el mismo que había entrado 90 minutos antes. Salí triste. No había pasado por un momento en fútbol tan cercano a lo indignante, a lo decepcionante. Una vez terminado el torneo, cuatro fechas después, anuncié mi salida del equipo. Era la segunda vez que pensaba en el retiro. Sin embargo, las cosas buenas no se hicieron esperar. A pesar de aquel evento desafortunado, desde mi regreso a Colombia siempre sentí una cercanía de la gente en general que me transmitía de muchas maneras su respeto y admiración. En general, el público colombiano me apreciaba y yo lo sabía. En las calles la gente quería hablarme, manifestarme el cariño que de alguna manera me tenía. Esa era una de las cosas más gratificantes de haber vuelto, sentir el calor humano que me expresaba la gente de mi país, y eso también era más que motivacional y alentador para seguir jugando. No importaba un altercado pasajero. Eso no opacaba lo agradecido y confortante que me hacía sentir el público en general.

Acá debo detenerme porque realmente considero que después de casi veinte años de fútbol que estaba por cumplir en ese momento, una de las cosas que he tenido muy claras

es que es muy importante el aprecio de la gente: cuando vas por la calle y te reconocen aunque no te conozcan en realidad y te saluden como si fueras uno de su familia, que quieran un abrazo tuyo, es porque ha sido clave para mí mantener la cercanía con las personas a las que un día hice sentir algo especial. Ganar amigos no es nada fácil, pero cuando conoces a alguien y empieza ese baile de la persuasión entre las personas y logras conectar con el público, es quizás lo más maravilloso del ser humano. Aclarado esto, continúo mi relato.

Por eso, cuando días después vino la llamada de Óscar Héctor Quintabani y me propuso ser parte de su nómina en Millonarios, dije que sí. Para el comienzo del segundo semestre de 2008 ya estaba en Bogotá, de nuevo. A mi llegada al club me encontré con un equipo acogedor. Había buena vibra entre los compañeros y muchos me manifestaron su admiración, sentían interés por lo que les decía y había en general un respeto entre todos. Entre la hinchada parecía haber opiniones divididas. Mientras muchos alentaban mi aparición en la cancha, había otros que simplemente no habían superado aquel 7 a 3 frente a Santa Fe en 1992. Como se lo había dicho en ese momento, hace tanto tiempo, a Guillermo Gómez, el único que quedaría con ese karma sería yo. Y así fue: 15 años después aún parecía trascendental ese partido para algunos hinchas, especialmente para la barra Blue Rain.

A eso se le suma que el problema que tenía en el disco L4-L5 desde que estaba en Boca comenzó a cobrarme factura meses atrás. Tras mi llegada a Millonarios, el estrés constante que llevaba en el último año empezó a recrudecerse. Fue entonces que en un entrenamiento durante la pretemporada hice un ejercicio en el que me tocaba cargar a Hurtado, el central ecuatoriano, y cuando empecé a correr llevándolo encima me patinó la espalda, sentí como un leve roce. Sin embargo estaba muy fuerte y no consideré que fuera probablemente grave. Dos días después vino un encuentro Millonarios-América por la Copa Cafam. A los cinco, seis minutos de juego el balón vino, picó y en ese momento me levanté un poco del piso para poner los pies en la tierra y cuando aterricé sentí que la columna me hizo “chk chk chk chk”, en ese momento sentí algo muy similar a como si las piernas se me desconectarán. Le pasé el balón a Hurtado y le grité “¡bótala!”. Hurtado botó la pelota y en ese momento entró el médico a la cancha. Cuando estuvo a mi lado y comenzó a revisarme me dijo: “¿Quieres que pida la camilla?”. Había sido una jugada en la que estaba solo. No hubo contacto ni siquiera. No habían pasado ni diez minutos de partido. Dije: “Yo no salgo de aquí en camilla ni por el putas”. Me levanté como pude y empecé a salir de la cancha caminando, torcido, pero caminando. Y a mi paso, desde la tribuna llena a reventar de hinchas de mi equipo, me gritaban “¡retírate, viejo marica, retírate!”. Eso me dolió más que la misma lesión. Entré en el camerino, la doctora del equipo me sentó, me inyectó y me pasó al *jacuzzi*. Luego me tomó de la mano y me dijo: “Óscar, te inyectaron una dosis como para dormir un caballo”. Ella se quedó conmigo en medio del camerino medio vacío. Llegó el receso, mis compañeros entraron y todos fueron directamente a ver cómo estaba, me preguntaron qué había pasado, cómo me sentía... yo les respondí: “Todo bien, muchachos. Vamos a ganar, vamos a ganar”. Entraron de nuevo a la cancha, arrancó el

segundo tiempo. Salí del *jacuzzi*, me sequé, me puse la ropa y me fui cuando aún se jugaba el partido. Esa noche me dije “aquí termina mi carrera, no jodo más”. Después del partido recibí la llamada del “Chiqui” García.

—Osquitar, ¿qué pasó?

—Profe, yo acá me retiro. No jodo más. Esto se está poniendo duro: recupero la espalda, se resiente, me recupero la espalda, se desgarrar... es un juego de lesiones.

—Hombre, no... no te preocupes... Tómate unos días de descanso y vienes.

—No, profe, yo acá me retiro.

Hablaba en serio. La decisión estaba tomada. A los días, después de unas jornadas de descanso, fui a la cancha a visitar al equipo. “El Chiqui” se me acercó, me preguntó cómo continuaba y le respondí que estaba firme en mi decisión. Él me respondió: “Vaya, trote”. Me negué. Me dijo: “Venga, trote” y empezó a trotar conmigo alrededor de la cancha. Cuando terminamos me dijo: “Vuelva mañana”. Volví a decirle que no. Pero al otro día volví y el profe volvió a trotar conmigo y le dimos vueltas a la cancha juntos. Y al siguiente día, y al siguiente y así sucesivamente me llevó un día tras otro “el Chiqui” hasta que una semana después y sin darme cuenta ya estaba de nuevo tapando. Todo un estratega “el Chiqui”. Su confianza y creencia en mí me volvieron a demostrar que podía seguir jugando y vino una racha de partidos en los que estaba tapando realmente bien de nuevo. Por esos días volvieron las temporadas de eliminatorias por el Mundial de Sudáfrica y en aquel momento Agustín Julio estaba lesionado por un desgarre. Así, después de casi seis años de haberme hecho a un lado de la selección, me llamaron de nuevo. Eran los últimos partidos: primero frente a Chile y luego frente a Paraguay. Perdimos el primero, ganamos el segundo y al final no nos dio: esa vez, nuevamente, quedábamos por fuera del mundial.

Después de ese último e inesperado paso por el arco de la selección volví al juego con Millonarios y continué con la buena racha que había surgido a partir de aquel espaldarazo sutil, sabio y no pedido del “Chiqui” García. Vino entonces un partido contra el Deportivo Pereira en su cancha. En una jugada agarré la pelota, la pasé a Pedro Camilo Franco, que metió un pase por la mitad y fue interceptado por Gustavo Victoria, quien me conocía muy bien. Y conociéndome muy bien, le pegó desde mitad de la cancha y cuando venía la pelota me giré y en ese momento me desgarré. Era una bola que iba a ser gol, pero la logré agarrar debajo del palo y la boté al saque de banda. Luego pedí el cambio y me fui. Simplemente me fui. Volvió José Fernando Cuadrado al arco, tapó los partidos restantes y yo no volví. Fue mi cierre con Millonarios. Fue mi retiro definitivo de las canchas.

Ya no habría más fútbol. Pero al final, al llegar a casa, la felicidad aún existía. Al abrir la puerta estaban mi esposa y mis hijas esperándome con los brazos abiertos, como siempre lo habían estado. Y por esos días, un nuevo motivo se sumaba para llegar más que pronto a casa: esperábamos la llegada de nuestro tercer hijo: Adrián.

Sobran las razones por las que te digo que las relaciones son lo más importante en la vida. La felicidad siempre está donde te sientes en familia.





# 12

## SÉ AUTÉNTICO

La cuarta era la vencida. Después de estar que me iba, que me iba y que me iba, finalmente me fui cuando menos creía. Aunque no de la manera que siempre había pensado, sí terminé tapando bien. El semestre acabó con Millonarios de noveno en la tabla de posiciones, no renové contrato y así quedaba automáticamente libre. Y como bien decía Bianchi, al igual que cuando ganas o cuando pierdes, al siguiente día de retirarte tienes que levantarte y desayunar. Sí debo reconocer que al principio sentí resistencia, como una especie de inercia. Después de más de veinte años jugando fútbol en equipos profesionales uno no simplemente dice chao y listo: todo como si nada. No. Tuve que lidiar un poco con la fuerza de la costumbre. Tuve que aprender, por ejemplo, que no era necesario enclaustrarme el fin de semana y que el domingo podía dormir hasta tarde, pasar todo el día sin hacer nada porque simplemente no había que ir a trabajar, por así decirlo. Por supuesto, extrañaba la cancha —y claro, todavía, a veces, la extraño—. Pero como lo mío nunca ha sido quedarme a lamentarme, decidí que tenía que tomar medidas inmediatas para poder ser un futbolista retirado y tranquilo.

Como estrategia, dejé el gimnasio y la preparación física constante por unos meses, a pesar de que en mi casa toda la familia es muy deportiva, a veces Mónica, mi esposa, me invitaba al gimnasio y yo me negaba a entrar en esa rutina. Sabía que si seguía haciendo un fortalecimiento, consciente o inconscientemente iba a crecer en mí la esperanza de ser llamado de nuevo a jugar en algún equipo, como si me resistiera a salir ya de mi vida en el fútbol. Pero en aquel momento ya tenía que empezar a dedicarme a otras cosas. El plan consistía en que si alguien llamaba para proponer que jugara, yo tenía la excusa perfecta para no hacerlo porque no estaba en forma ni había entrenado lo suficiente como para volver a la cancha. Creo que fue una decisión sabia porque, además, finalmente nunca llamó nadie del fútbol. No suelo ser dramático, pero hubiera sido muy frustrante haber seguido una preparación física para no ser convocado y quedarme esperando con los guantes puestos. Siempre es bueno ser sensato y con la primera persona con la que uno debe sincerarse es con uno mismo.

Mi ciclo en la cancha ya se había cumplido y yo debía aceptarlo. Así entendí en definitiva que, aunque suene extraño, mi objetivo en ese momento de la vida ya no era tapar. Pero, más que aceptarlo, debía vivirlo y gozarlo. En el retiro también había cosas que podía disfrutar.

Es común y muy entendible que entre los futbolistas retirados muchos eligen tomar sus cosas, sus ahorros, vuelven a sus ciudades o pueblos natales y allí se quedan para

pasar una vida tranquila y sin contratiempos. Pero como yo no soy capaz de quedarme quieto, eso no era lo que me motivaba. No me veía y nunca me he visto —al menos hasta ahora— en un entorno pasivo. Eso no está mal, y hay mucha gente que lo disfruta. Pero como he dicho desde un principio, no es de esa felicidad de la que he venido a hablar. Aun fuera de la cancha y después de haber culminado una carrera futbolística en la que logré prácticamente todo lo que soñaba, y en la que por supuesto fui muy feliz, empecé a entender que la felicidad también es una búsqueda constante. No acababa con mi retiro. Todo lo contrario: se renovaba.

Y renovarse implicaba muchas cosas que no esperaba. Por ejemplo, es también muy frecuente que entre los futbolistas retirados haya una inclinación por seguir ligados al fútbol como entrenadores o como directivos. El primero lo descarté porque nunca me ha llamado la atención y el segundo, como muchos recuerdan, fue un intento que se materializó con el Atlético Bucaramanga, pero deserté en poco tiempo porque simplemente no siento que sea algo en lo que me sienta satisfecho. Tener en tus manos el destino de un pelado o de un jugador que, como tantos, tiene un sueño alimentado por el fútbol, pero eres tú quien debe decidir en parte su destino bajo la lógica del dinero, es algo que simplemente no me entusiasma, más teniendo en cuenta mi propia historia. Así quedó descartada por completa la posibilidad de estar en ese lado del fútbol.

Eso es lo que vendría a enseñarme mi retiro: que ya fuera del fútbol había cosas que me llamaban y que, siento, ayudan a construir mi felicidad y debía también ir a su encuentro. Que todo lo que me había dado el deporte también me permitía conocer mundos, dinámicas, realidades y personas únicas que estaban más allá de la burbuja en la que casi siempre y durante tanto tiempo —a vecestoda la vida— vivimos los futbolistas. Para un tipo curioso como yo, era como encontrarme ante una infinidad de posibilidades que aún sigo explorando. Fue así como empecé a hacer cosas que, de alguna manera, iba descubriendo y que hoy hacen parte de mi día a día esencial.

La llamada que esperaba que algún día se pudiera dar llegó finalmente poco tiempo después, pero al otro lado de la línea no estaba un hombre del fútbol sino de la publicidad. Recuerdo que me dijo: “Óscar, tú podrías ser una marca, tienes buena imagen, tu historia es muy sana, eres familiar, llevas en este momento casi treinta años de casado y todo eso puede ser llamativo para todo tipo de público”. Escuché atentamente esto y, la verdad, aunque había tenido experiencias publicitarias en mi carrera, manejarlo como un nuevo modo de vida era diferente, pero igual me pareció atractivo. Además, ha quedado claro que me gustan los retos y esa vez dije nuevamente “¿por qué no?”. Entonces arranqué una nueva etapa de mi vida con un nuevo socio que con el tiempo se convertiría en un gran amigo. Con Christian Prada empecé a entrar en facetas que nunca se me habían atravesado por la cabeza que podría hacer.

Para empezar, un operador de televisión paga me contactó para acompañar a su equipo en el cubrimiento del Mundial de Sudáfrica. Era la primera vez que iba a un mundial, pero a vivirlo desde el otro lado y, como pocas veces antes, fue un mes en el que solo comía, bebía y respiraba fútbol. Vi que eso me gustaba y caí en cuenta de que ya me llamaba la atención de tiempo atrás, cuando me invitaban a programas de debate

fútbolístico en Buenos Aires. Ahora tenía el tiempo para hacerlo y, además, a los productores les parecía que me desenvolvía bien y empecé mi paso por los medios de comunicación, que me ha llevado a una etapa en la que cada día aprendo mucho, no solo del fútbol sino de todo lo que produce en la vida de la gente. Al poco tiempo, mi publicista —y ahora socio— me llamó y me dijo: “Óscar, tenemos la posibilidad de trabajar con Proexport para que seas embajador oficial del Mundial Juvenil”. Nuevamente me le medí porque, aunque nunca se me hubiera ocurrido, sonaba a algo muy importante: ser la imagen de uno de los eventos deportivos más importantes de ese año en Colombia era algo que definitivamente me encantaría hacer. Eso sí, desde el principio me advirtió que no era un contrato como a los que estábamos acostumbrados en el fútbol en los que nos pagaban y no nos dábamos cuenta de todo lo que tenía que pasar para que llegara el dinero y, además, requería mucho movimiento: debíamos ir a Brasil, Perú, Ecuador y Argentina a invitar a las empresas de turismo y prensa para que hablaran sobre las ventajas de venir a Colombia y, obviamente, aprovechar para disfrutar del Mundial Sub-20.

A mí la aventura me pareció que podría ser diferente y confié en que la ejecución del contrato con mi publicista iba a ser divertida. Y en realidad lo fue, muchísimo más de lo que podrían imaginarse. Ahora era Óscar Córdoba, embajador oficial del Mundial Sub-20: un hombre que iba por el continente sumando voluntades para su país. La aventura comenzaría con que ese primer contrato agarró a mi nuevo socio en un bajón económico. Él me lo hizo saber honestamente, me explicó cuál era la situación y yo le dije: “Bueno, vamos a hacerlo de todos modos: todo este viaje. Agarrá mi tarjeta de crédito y destrozala: comprá tiquetes aéreos, reservá hoteles, todo lo necesario y nos vamos”. Y sí: nos fuimos. El primer destino fue Quito, donde unos amigos nos apoyaron en la consecución de una cancha de fútbol-tenis, un tapete verde de 4x4 metros con una malla tipo tenis en la mitad, en la que yo enfrentaría a la prensa e invitados al tiempo que les contábamos acerca de las ventajas de venir a Colombia. La cancha salió tan bonita y tan fácil aparentemente de armar que con mi socio dijimos “llevémosla a Brasil” y así fue que nos la llevamos y de repente descubrimos la mejor manera de ahorrarnos la producción en cada país, y obvio esa platica servía. Ahora resultaba que sabía de producción de eventos. Estaba entendiendo muchas cosas de este nuevo negocio y me quería adaptar a ello: no sabes cómo lo disfrute. Ni yo mismo lo esperaba.

Salimos a São Paulo muy tarde en la noche, la agencia ecuatoriana nos apoyó envolviendo la cancha lo mejor posible y una vez aterrizamos nos fuimos a descansar al hotel. Más tarde se me antojó salir a hacer ejercicio y le propuse a mi socio que por qué no salíamos a correr a las 7:00 p. m. y luego regresábamos a armar la canchas para nuestro evento de promoción. Él, publicista como es, me dijo que estaba loco, que cómo se me ocurría. Dos morenos de 1,85 corriendo juntos por las calles de São Paulo en la noche no era algo muy frecuente y parecía más bien sospechoso. Y, además, la gente no debía verme armando la cancha. Yo era la imagen de la campaña, no el instalador. No importó lo que me dijo. Quería hacer eso, era algo que no acostumbraba a hacer. Él cedió y, efectivamente, salimos a correr de noche por la ciudad ante las miradas de la

gente, que creía que más que un par de deportista éramos dos ladrones en fuga. Y a nuestro regreso al hotel nos pusimos a instalar la cancha a medianoche. Puede sonar a algo muy elemental, pero realmente estaba disfrutando todo eso: era una manera de trabajo desconocida para mí que me resultaba muy grata. Pasé a ser entonces Óscar Córdoba, el instalador de *stands* promocionales y martillo, tornillos y taladro en mano me sentía feliz. Era como estar en una concentración, pero más divertida. Una vez terminada nuestra instalación, mi socio y yo nos formamos como la Selección Colombia y nos enfrentamos a la Selección Brasil, que estaba conformada por los meseros y vigilantes del hotel. Y adivinen: perdimos. Sin embargo puedo decir que fue una derrota satisfactoria: no podía creer lo mucho que disfrutaba de algo tan sencillo. Y cada vez lo gozaba más.

Luego de mi debut como embajador de marca-productor de eventos-instalador de *stands* al que me había llevado mi gira del Mundial Sub-20, descubrí que me gustaban los negocios. Me di cuenta de que hacer inversiones y emprender no solo era una necesidad, también era algo que me parecía muy entretenido. La dinámica de hacer una nueva empresa me parecía emocionante, sentarme frente a alguien para venderle una idea o convencerlo de que los productos que le ofrecía eran buenos me ha resultado un ejercicio interesante y en el que creo que no paras de aprender. Ahora ya lo manejo mejor. En una y otra cosa me he ido empapando de temas que en mi vida imaginé que llegaran a interesarme, desde las importaciones, pasando por el transporte de mercancía y el mundo de las clínicas de cirugía estética, hasta en la industria de la belleza, porque incluso terminé metido en el montaje de una peluquería que no duró mucho, pero que ahora recordamos y nos reímos porque no era de cuatro pisos y veinte puestos como las que ve uno por ahí: tenía máximo dos puestos, pero bonita sí nos quedó: que no entraba nadie era otro problema. Poco después me convertí en imagen de un aliado con el que hasta hoy conservamos relación: el Banco BBVA. Después vinieron otras marcas de varias categorías. No sé si soy buen o mal negociante, pero sin duda es algo que disfruto a diario.

También —como si todo lo anterior no bastara— descubrí el golf. Nunca se me hubiera ocurrido antes coger un palo de golf, pero hoy en día puedo pasarme horas en el campo viendo cómo jugar el siguiente hoyo o analizando en televisión los golpes de los profesionales; hoy en día me parece que es de los deportes más difíciles que se puedan practicar.

En familia, las cosas no podrían ser más satisfactorias. Por un lado, pasar tanto tiempo como quiera con mi esposa. Tatiana, nuestra hija mayor, continuó con la vida itinerante que desde pequeña tuvo siguiéndonos adonde el fútbol nos llevara, y ahora va de un lugar a otro viendo el mundo en todo su esplendor por su propia cuenta, con unas ganas voraces de comérselo. Vanessa me dio una grata e inesperada sorpresa cuando a los 16 años decidió dejar de practicar voleibol para dedicarse a ¿adivinen qué?: el fútbol. Y para nuestra mayor sorpresa, como arquera. Pueden decir que hija de tigre sale pintada y todo lo que quieran. Pero hoy en día, además de la hija que me dio con su inocencia ese ejemplo de adaptación que me abrió los ojos en Perugia, cuando yo era un portero

nuevo en Italia con tantos retos en la cabeza y ella una niña latina nueva en un colegio italiano con sus propios retos, ahora tengo en casa a una colega con la que puedo pasar horas hablando del arco. Y Adriancho, que nunca me vio tapar, es el niño que en casa nos ha devuelto esa grata y siempre sorprendente experiencia de lo que es ser papás y que ahora disfruto con toda plenitud.

El retiro ha sido una experiencia gratificante también, como lo puedes notar. Por todo lo anterior, no puedo decir que haya pasado por esa tusa que normalmente pasan los jubilados o los retirados. Simplemente nunca tuve el tiempo y, además, no sentía que mi felicidad terminara ahí. Era y es mi vida la que sigue y por eso tomo cada nueva faceta como una forma nueva en la que la felicidad puede manifestarse, pero soy yo el único que puede encontrarle o darle esa forma. Mientras más auténtico y honesto seas contigo mismo, más formas puedes darle a la felicidad.

Lo que me demostró que eso tenía un sentido fue otra de las cosas que más me ha gustado descubrir en estos años y que ahora noto con mayor atención: la gente. Aunque siempre he sentido el aprecio que los colombianos me han tenido, además de los hinchas en Argentina y en Turquía, una vez fuera de las canchas las manifestaciones de admiración han sido cada vez mayores y sentidas. Obviamente cuando me encuentro a alguien de 35 años que le dice a su hijo de ocho, nueve años “mira, saluda a Óscar Córdoba. Yo lo veía jugar cuando tenía tu edad”, me hace pensar “estamos viejos”. Pero en realidad lo pienso en broma. Siento que ahora, al no portar la camiseta de un club, la gente siente más confianza en mí cuando me encuentra en la calle y ve más a la persona que es Óscar Córdoba que al jugador de uno u otro equipo. Sus palabras de afecto, siempre sinceras, me han hecho notar algo que realmente me llena de orgullo: que, de alguna forma, puedo inspirar a otros. Comencé compartiendo mi experiencia sobre las diferentes cosas que el fútbol y la vida me han dejado como enseñanzas y en esa práctica—que también he descubierto que me gusta— todo me ha llevado a indagar de una u otra manera sobre el mismo tema, no solo por los comentarios de la gente, también por lo que otros ya habían pensado antes que yo y así llegué a comprender esa emoción tan importante en la vida de todos, imprescindible para nuestra existencia, que a veces no le prestamos atención pero que constantemente nos mueve en cada segundo y en cada acción: la felicidad.

Así es como después de toda una vida en la cancha, una vida en la que el fútbol me dio tanto y más, de mi retiro también he aprendido que debes hacer lo que más te gusta y lo que más te hace feliz y eso no necesariamente está ligado a lo que más conoces o a lo que siempre has hecho. Tampoco está condicionado absolutamente por tu edad, por tus antecedentes. He aprendido que, sin importar esas cosas, estará abierta la posibilidad de salir a buscar mi felicidad y todas las formas que vaya tomando siempre y cuando tenga las herramientas y los conocimientos. De ahí que junto a mi publicista nos sentamos a reflexionar sobre todo lo que estaba descubriendo con esta nueva vida fuera de las canchas y vimos que debíamos y podíamos, de alguna manera, devolverles a las personas un poco de lo que aprendí en mi carrera que ellas siempre apoyaron: con una conferencia, una intervención, una charla. Si yo podía inspirar a la gente a ser feliz, ¿por

qué no hacer llegar mi mensaje y mi experiencia más allá de lo que saben de mí? Ha sido la más constante y gratificante de todas mis recientes aventuras: me metí a hacer prácticas con un actor muy reconocido para aprender a respirar, a manejar el tono de voz, a caminar por el escenario y conocer todo lo que fuera necesario para hablarle con propiedad al público sobre mi experiencia de vida, que continúa dándome enseñanzas todos los días. Escribimos la historia, conseguimos los videos de todas aquellas jornadas que aquí he narrado para soportar las charlas y hace diez años decidimos hacerla, y probablemente eso mismo nos llevó a escribir hoy este libro.

Quise saber realmente en qué consistía la idea de ser feliz y me di cuenta de que en mi vida siempre me había acompañado la constante aspiración de ser alegre, de buscar, encontrar, ganar mi felicidad. Y que, sorprendentemente, muy pocas veces te hablan sobre este tema de trascendencia mayúscula, aunque esté implícito en el sentido de la vida misma, y por eso no siempre es o resulta ser como nos lo han contado. Es como si pasáramos por la vida buscando todo tipo de cosas sin notar que realmente lo que más nos motiva a vivir es justamente ser felices. Entre todas esas cosas, pensé que mi vida en sí misma podía ser un ejemplo para ayudarles a otros a entender aquello que puede conformar o construir una felicidad. Tu felicidad, tan auténtica, tan única y tan tuya que hace que cada día de tu vida cobre sentido y además puedas tener la conciencia de darte cuenta para disfrutarlo, apreciarlo y compartirlo.

Cada día me despierto pensando qué haré, qué nuevo reto, aventura o conocimiento vendrá con cada nuevo día y solo tener eso presente hace que me levante feliz de la cama cada mañana. Y así, una mañana me desperté pensando que todos esos días y todos esos ejemplos que la vida, la cancha, el fútbol y mi familia me habían dado podían llegar a muchas personas. Esa es la razón de ser de este texto. Las experiencias de un arquero que toda su vida ha buscado algo muy sencillo: ser un tipo feliz. Ahora que lo entiendo, quiero compartirlo. Cualquier enseñanza que de aquí salga para la vida de quien tenga este libro en las manos —para tu vida— será sin duda una de mis mejores atajadas.



PAIDÓS

## **España**

Barcelona

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Tel. + 34 93 496 70 01

Fax + 34 93 217 77 48

Mail: [comunicacioneditorialplaneta@planeta.es](mailto:comunicacioneditorialplaneta@planeta.es)

[www.planeta.es](http://www.planeta.es)

## **Madrid**

Josefa Valcárcel, 42

28027 Madrid

Tel. + 34 91 423 03 03

Fax + 34 91 423 03 25

Mail: [comunicacioneditorialplaneta@planeta.es](mailto:comunicacioneditorialplaneta@planeta.es)

[www.planeta.es](http://www.planeta.es)

## **Argentina**

Av. Independencia, 1682

C1100 Buenos Aires (Argentina)

Tel. (5411) 4124 91 00

Fax (5411) 4124 91 90

Mail: [info@ar.planetadelibros.com](mailto:info@ar.planetadelibros.com)

[www.planetadelibros.com.ar](http://www.planetadelibros.com.ar)

## **Brasil**

R. Padre João Manuel, 100, 21o andar – Edifício Horsa II

São Paulo – 01411-000 (Brasil)

Tel. (5511) 3087 88 88

Mail: [atendimento@editoraplaneta.com.br](mailto:atendimento@editoraplaneta.com.br)

[www.planetadelivros.com.br](http://www.planetadelivros.com.br)

## **Chile**

Av. Andrés Bello 2115, piso 8

Providencia, Santiago (Chile)

Tel. (562) 2652 29 10

Mail: [info@planeta.cl](mailto:info@planeta.cl)

[www.planetadelibros.cl](http://www.planetadelibros.cl)

### **Colombia**

Calle 73 N.º 7-60, pisos 8 al 11  
Bogotá, D.C. (Colombia)  
Tel. (571) 607 99 97  
Fax (571) 607 99 76  
Mail: [info@planetadelibros.com.co](mailto:info@planetadelibros.com.co)  
[www.planetadelibros.com.co](http://www.planetadelibros.com.co)

### **Ecuador**

Whymper, N27-166, y Francisco de Orellana Quito (Ecuador)  
Tel. (5932) 290 89 99  
Fax (5932) 250 72 34  
Mail: [planeta@access.net.ec](mailto:planeta@access.net.ec)  
[www.planetadelibros.com.ec](http://www.planetadelibros.com.ec)

### **México**

Masaryk 111, piso 2.º Colonia Polanco V  
Sección Delegación Miguel Hidalgo 11560  
México, D.F. (México)  
Tel. (52) 55 3000 62 00  
Fax (52) 55 5002 91 54  
Mail: [info@planetadelibros.com.mx](mailto:info@planetadelibros.com.mx)  
[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

### **Perú**

Edificio Prisma Business Tower  
Av. Juan de Aliaga 425 of 704  
Magdalena del Mar, Lima (Perú)  
Tel. (511) 440 98 98  
Mail: [info@eplaneta.com.pe](mailto:info@eplaneta.com.pe)  
[www.planetadelibros.com.pe](http://www.planetadelibros.com.pe)

### **Portugal**

Planeta Manuscrito  
Rua do Loreto 16, 1ºD  
1200-242 Lisboa  
Tel. + 351 213 408 520,  
Fax + 351 213 408 526  
Mail: [info@planeta.pt](mailto:info@planeta.pt)  
[www.planeta.pt](http://www.planeta.pt)

## **Uruguay**

Cuareim 1647

11.100 Montevideo (Uruguay)

Tel. (54) 11 2902 25 50,

Fax (54) 11 2901 40 26

Mail: [info@planeta.com.uy](mailto:info@planeta.com.uy)

[www.planetadelibros.com.uy](http://www.planetadelibros.com.uy)

## **Venezuela**

Final Av. Libertador con calle Alameda,

Edificio Exa, piso 3, of. 302

El Rosal Chacao, Caracas (Venezuela)

Tel. (58212) 526 63 00

Mail: [info@planetadelibros.com.ve](mailto:info@planetadelibros.com.ve)

[www.planetadelibros.com.ve](http://www.planetadelibros.com.ve)

Grupo  Planeta Paidós es un sello editorial del Grupo Planeta [www.planeta.es](http://www.planeta.es)

## ÓSCAR CÓRDOBA

(Cali, 1970). En sus más de veinte años de carrera jugó en equipos locales como Nacional, Cali, Quindío, Millonarios, Once Caldas y América, e internacionales como Boca Juniors, de Argentina; Perugia, de Italia; y Besiktas, de Turquía. Estuvo en la Selección Colombia que le ganó 5-0 a Argentina en Buenos Aires y atajó un penal decisivo para que Boca Juniors ganara la Copa Libertadores en 2001. En el mejor momento de su carrera fue considerado el segundo mejor arquero del mundo por la Federación Internacional de Historia y Estadística de Fútbol (IFFHS, por sus siglas en inglés). En la actualidad es coach estratégico y motivacional, conferencista de liderazgo, comentarista de Fox Sports y embajador del programa de responsabilidad corporativa del BBVA.

 @DCORDOBABBVA

## OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

LIDERAZGO PARA EQUIPOS:

lecciones futbolísticas

MARCELO ROFFÉ

INQUEBRANTABLE

Tu guía para encontrar la libertad financiera

TONY ROBBINS

CUÁNDO

La ciencia de encontrar el momento preciso

DANIEL H. PINK

GUÍA PARA NO ESTAR PELADO

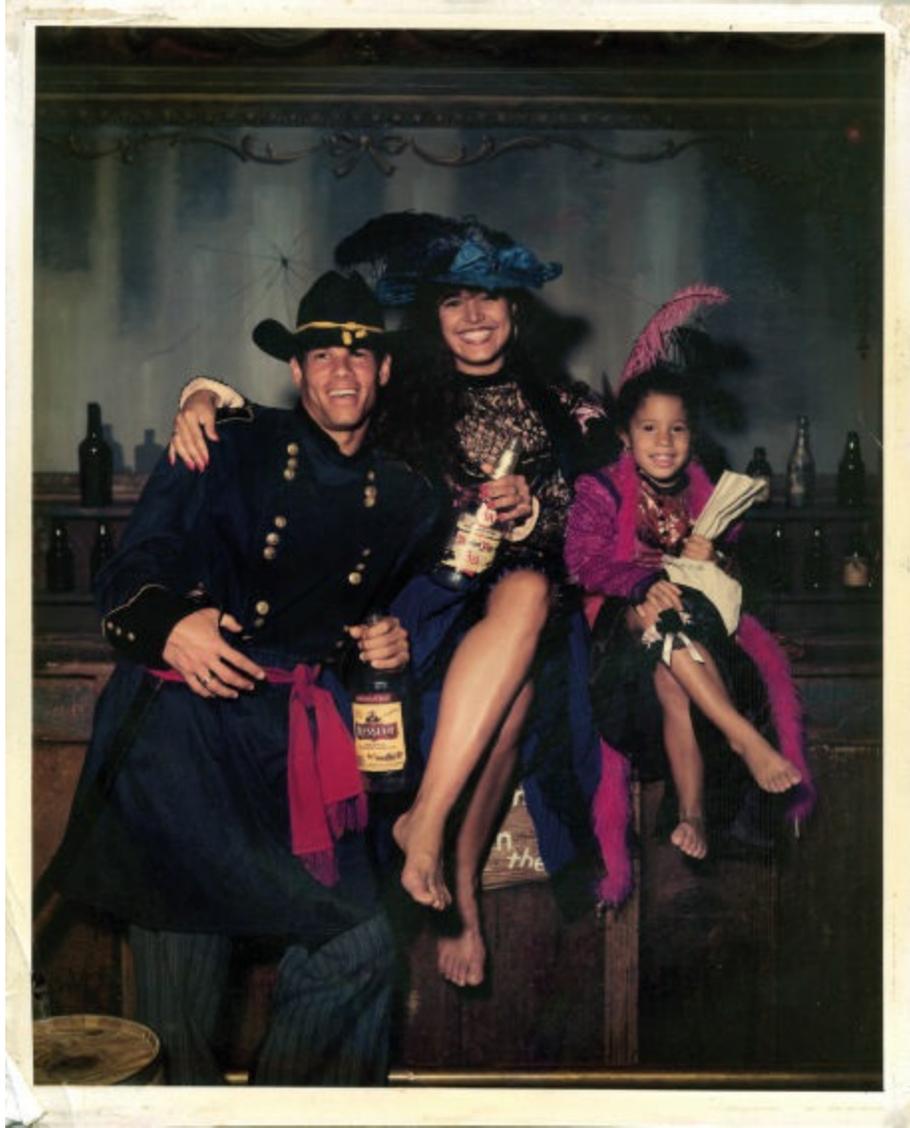
JUAN CAMILO VEGA BARBOSA

MAPAS MENTALES

TONY BUZAN

TRABAJOS DE MIERDA





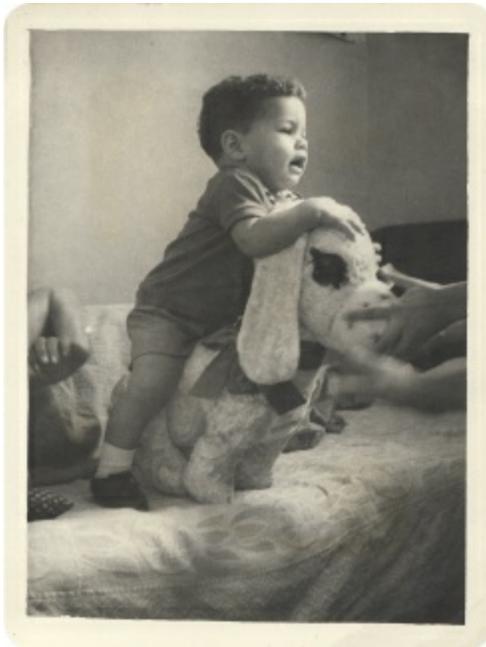
Óscar con su esposa, Mónica Arteaga, y una de sus hijas, Tatiana.



El futbolista en brazos de su abuelo, Arturo Arce, en 1971.



Con Nico, el pastor alemán de la familia Córdoba.



Jugando con un perro de felpa.



Los deportes y la actividad física atrajeron siempre al futuro futbolista. De niño compitió en cuanta carrera de natación hicieron en su Cali natal.



Óscar también jugó béisbol.



Con la Selección Valle que ganó el campeonato juvenil en 1985.



Óscar quería ser delantero, pero cuando tuvo la oportunidad de participar en una prueba para integrar un equipo infantil dijo que era arquero, confiado en que podría volar y saltar como lo hacía jugando voleibol.



Amigos y colegas que se formaron en la escuela Carlos Sarmiento Lora. De izquierda a derecha: Miguel Calero (q. e. p. d.), Faryd Mondragón y Óscar Córdoba.



Con Tatiana, su hija mayor.



El arquero terminó su carrera internacional en Turquía, donde jugó con el Besiktas y el Antalyaspor.



El guardameta y Gerardo Bedoya en una acción de uno de los partidos de la Copa Confederaciones, que se jugó en Francia en 2003.



A los 20 años llegó a tapar al Deportes Quindío.



Durante sus veinte años de carrera siempre buscó ser mejor en lo que hacía. Por eso, entrenó a fondo para sacar muy bien con el pie y con la mano.



Ibrahim Üzülmez y Rüstü Reşber, jugadores de Turquía, saludan a Óscar tras un encuentro de la Copa Confederaciones.



La Federación Internacional de Historia y Estadística de Fútbol (IFFHS, por sus siglas en inglés) escogió a Córdoba en 2001 como el segundo mejor portero del mundo detrás del alemán Oliver Kahn.



El arquero debutó con el Besiktas el 10 de agosto de 2002.



En 2003, Córdoba celebró con sus compañeros del Besiktas la conquista de la Superliga.



La Selección Colombia que dirigió Luis Augusto García.



Tapando en el Besiktas de Turquía.



Entrenando con el Deportivo Cali, el equipo en el que Óscar Córdoba comenzó su carrera profesional.

## ÓSCAR CÓRDOBA

El puesto de arquero es uno de los más exigentes del fútbol, pues demanda mayor responsabilidad, concentración, confianza, templanza ante la adversidad y don de liderazgo. Córdoba tuvo todos estos atributos y el talento para llegar a ser considerado uno de los mejores del continente y del mundo. Le hicieron más de 500 goles en su carrera, pero fueron muchísimos más los que atajó y lo convirtieron en una figura mundial. En este libro comparte 12 lecciones que le permitieron alcanzar la cima y triunfar. Van desde su niñez, cuando en una jugada audaz decidió convertirse en portero para no perder la oportunidad de cumplir su sueño de ser futbolista, hasta su retiro por la puerta grande después de haber sido arquero de la Selección Colombia, ganado una Copa América, una Copa Intercontinental de Clubes y dos copas Libertadores. En la actualidad es *coach* estratégico, motivacional y conferencista de liderazgo.



# Índice

Página del título	2
Copyright	3
Índice	7
Capítulo 1: Sueños y metas	8
Capítulo 2: No negocies tus valores y principios	18
Capítulo 3: No existe el fracaso, solo el aprendizaje	24
Capítulo 4: Enfócate y reenfócate	35
Capítulo 5: Todo es posible: rodéate bien	45
Capítulo 6: Sé más grande que tú mismo y créetelo	54
Capítulo 7: Asume, controla, aprende, rodéate y trabaja	64
Capítulo 8: Insiste en hacer lo que te apasiona	71
Capítulo 9: No te obsesiones con el resultado, sino con tu rendimiento	79
Capítulo 10: Rétate: la zona de confort no existe	95
Capítulo 11: Las relaciones son todo en la vida	106
Capítulo 12: Sé auténtico	115
Contraportada	144